En Invierno me Despido



por J. E. Hernandez

En invierno me despido

J. E. Hernández

En Invierno Me Despido

J. E. Hernández

Arte de portada por Iris Cintrón (@sirimme)

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivos o muertos, es una coincidencia.

Copyright © 2020 J. E. Hernández

Todos los derechos son reservados, incluido el derecho a reproducir este libro o partes del mismo en cualquier forma.

El escaneo, la carga y la distribución de este libro sin permiso constituye un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea permiso para usar material del libro (que no sea para fines de revisión), comuníquese con el autor. Gracias por su apoyo a los derechos de autor.

Visite al autor en:
facebook.com/J.E.Hernandez112/
twitter.com/JoeHdez112
instagram.com/autor.incognito1/
wattpad.com/user/JEHernandez112

Agradecimientos

Esto es para aquellos que estuvieron allí en cada paso del camino. Para Nicole, quien me motivó a escribir y arreglar cada pequeño detalle. Para Harold y Michael, que aguantaron mis constantes impulsos de ideas. Para Val, mi editora, quien hizo que la historia cobrara vida. Para mi familia y amigos, que siempre apoyan mis ideas. Gracias.

Contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

Las palabras que nunca dije

Epílogo: Palabras del autor

I

'Con lo que las personas consideran sentimientos de confusión, los dejo y empiezo de nuevo con la esperanza de encontrar algo que me ayude a encontrarme a mí mismo'.

La estación de Shibuya se sentía repleta cuando el sonido chirriante de zapatos mojados resonaba por todas partes. Aster se incorporó entre la multitud, golpeando involuntariamente a la gente cerca de él. Era sofocante, la forma en que su cuerpo comenzaba a sentirse más pequeño. Su respiración, a su vez, se hizo más cálida. El sonido constante de las ruedas de su equipaje rodando detrás de él lo desesperaba. Ese sonido vacío e intermitente se había convertido en una carga después de tanto tiempo.

Ese mismo sonido sirvió como un recordatorio distante de que los sentimientos confusos del pasado eran demasiado difíciles de escapar. Era como salir de una jaula para entrar en una nueva.

Fuera de la estación, vio la lluvia fría de la cual no podía esconderse. De todas las cosas que empacó, un paraguas no era una de ellas.

—No me sorprende —se burló. No tuvo más remedio que caminar bajo la suave caricia de la llovizna ese miércoles por la mañana.

La lluvia caía sobre el cemento, los charcos salpicaban y el leve silbido de la brisa fría era armónico. La melancolía llenó sus oídos mientras los sonidos tocaban una melodía, armonizando con lentas notas de legato. Comenzó a correr y comenzaron las notas a tocar más rápido. Su corazón no entendía esa leve presión que se hacía más fuerte con cada paso.

Las calles estaban llenas de gente, pero sin sonido. Sólo las miradas se encontraron con el hombre que corría bajo la lluvia sin remordimientos ni felicidad. Una ciudad tan ocupada podría ser sorprendentemente tranquila, a diferencia de donde había estado antes. Ese pensamiento hizo que un ceño fruncido encontrara su rostro, inmediatamente apoderándose de su mente debilitada.

—Vayamos a casa primero —susurró, luchando contra sus recuerdos con la poca fuerza que le quedaba.

Finalmente, llegó al callejón que estaba buscando, después de perderse varias veces primero. Era un callejón estrecho con puertas que subían a los respectivos departamentos. No poseía ninguna belleza, pero a Aster no le importaba. En tan poco tiempo, fue el mejor lugar que pudo encontrar.

Miró su teléfono y comprobó qué apartamento era. El número 9-C apenas se veía bajo las gotas de lluvia que caían sobre su pantalla.

Buscó hasta que vio una puerta blanca con el número de apartamento correspondiente. Las llaves estaban dentro de su mochila empapada y la puerta era sorprendentemente pesada.

En el interior, una escalera conducía a otra puerta blanca. Las paredes se estrechaban a medida que subía las escaleras, haciendo que el segundo piso pareciera más lejano de lo que realmente era. Un pasillo sin fin que conducía a ninguna parte.

El aire se adelgazó a su alrededor mientras aceleraba el paso. Llegando finalmente a la puerta

inalcanzable, irrumpió, abriendo la puerta con más fuerza de la necesaria. El aire fresco recién encontrado mientras alcanzaba su aliento actuó como alivio.

Las paredes de color blanco hueso del sencillo apartamento lo miraban, completamente desnudas. La pared de la derecha tenía una ventana por donde entraba la luz natural que se reflejaba constantemente en el televisor de al lado. Frente al televisor había un sofá y una mesa desordenada con tazas de ramen vacías y papeles manchados de café. Una sala de estar básica. La sencillez fue tranquilizadora.

En el otro lado, la cocina impecable solo tenía un par de platos sucios en el fregadero. La mesa de la cena parecía nueva como si nunca se hubiera usado. Encima había una nota escrita a mano en otro papel manchado de café.

Saludos, Eurass-san,

> *Es genial que finalmente te mudes. Sé que el lugar no es mucho, pero espero que disfrutes tu estadía. Lamento no poder estar allí para darte la bienvenida, pero el jefe de cocina nos pidió que fuéramos antes para trabajar en algunos aperitivos nuevos. Soy el ayudante de cocina de un restaurante aquí en Shibuya. Sería genial si pudieras visitar algún día. Tu habitación está al final del pasillo, segunda puerta a la derecha. Tienes una mejor vista, pero yo tengo la habitación más grande. Ja ja. De todos modos, siéntete como en casa y recuerda quitarte los zapatos una vez entres al apartamento. Sé que los estadounidenses no suelen hacer eso. Con suerte, saldré antes de que vayas a trabajar esta noche. ¡De esa manera puedes comenzar tu vida en Tokio con una deliciosa cena tradicional! Si no, te veré a la mañana siguiente. ¡Cuídate!*
>
> *-Mori Tadashi*
>
> *PD: Vi el piano que los de la mudanza pusieron en tu habitación. Si lo deseas, puedes buscar un lugar en la sala de estar y colocarlo allí. Sería bueno agregar un poco de música a mi vida. Ja ja.*

De hecho, Aster se había olvidado de quitarse los zapatos. Había dejado marcas de zapatos por todo el suelo de madera. Estaba agradecido de estar solo ya que su primera impresión no fue desacreditada.

Después de quitarse los zapatos y limpiar el piso manchado, tomó su equipaje y se dirigió a su habitación. Una habitación bastante pequeña, con una cama pequeña, una mesita de noche y su piano al lado. Lo que Tadashi había dicho era cierto. La vista desde la ventana era realmente hermosa. Podía ver la bulliciosa ciudad desde el segundo piso. A la derecha, en el otro extremo, el ferrocarril estaba justo detrás del cruce de Shibuya. Los edificios se hicieron gradualmente más grandes mientras más lejos miraba. En el lado izquierdo, entre las grietas de los edificios, vislumbraba lo que parecía ser el Parque Yoyogi desvaneciéndose en la niebla de la mañana.

Al poner su equipaje en el armario, notó el espejo contra la puerta. Círculos ennegrecidos rodeaban sus ojos por las noches de insomnio, y sus clavículas se pronunciaban por haberse perdido tantas comidas últimamente. Sus labios ardían de lamerlos ansiosamente. Sus ojos carecían de emoción en su rostro pálido y cetrino. Se lanzó a sí mismo una mirada sin vida, como

si el mayor deseo de sus ojos fuera arrancado de ellos.

Ya no podía soportar su presencia, así que se fijó en su piano. Se sentó en el banco y deslizó las manos sobre la madera rojiza del piano vertical. Al mirar las teclas, supo exactamente dónde colocar sus dedos, exactamente cómo armonizar con la lluvia que salpicaba su ventana.

Sin embargo, no tenía ganas de tocar. Y entonces, se preguntó, *¿cómo se supone que toque esta noche?*

II

El tren se detuvo en la estación de Ebisu. Las calles estaban menos concurridas que en la mañana con gente caminando de regreso a sus casas después del trabajo. Otros caminaban hacia bares y restaurantes en el centro de la zona.

La brisa nocturna caía bajo las luces pesadas del barrio y sus calles llamativas. Se escuchaba charlatanería entre la gente que las cruzaba.

Aster se alejó del sector más brillante del vecindario. Las calles se estaban volviendo más estrechas a medida que menos personas caminaban por el área más hogareña. Aunque se sentía dudoso del camino, su GPS le indicaba que este era el camino correcto.

Después de caminar dos cuadras más, finalmente vio el letrero oscuro del bar salón, *El Escondite de la Arpía*, justo debajo de las vías del tren.

Era un establecimiento humilde, comparado a los clubes locales brillantes y de alto estatus en el centro del distrito. Las luces tenues amarillas acentuaban el color rústico de las paredes, manteniendo el enfoque en la barra colocada en el lado derecho del salón rectangular. Aster pasó los asientos acojinados y llegó a la barra. Su madera estaba intacta.

El cantinero, que estaba apoyado en la pared del fondo, lo miró fijamente, esperando una comisión.

—Eh —dijo Aster, apoyándose en la barra—. Estoy buscando a Ogawa-san. Soy el nuevo pianista.

El camarero se puso de pie rápidamente. —Eurass-san —dijo con alegría—. Te hemos estado esperando. Tener a un pianista aquí tan renombrado es realmente un sueño para Ogawa-san. Mi nombre es Nakano Kenji, pero puedes llamarme Kenji. Es un placer conocerte.

—El placer es mío, Kenji-san.

—Oh, por favor, no hay necesidad de honoríficos. Ahora, espera aquí mientras busco a Ogawa-san. ¿Quieres beber algo mientras esperas?

—Estoy bien. Gracias —dijo Aster, sentándose en el taburete. Mientras esperaba, aprovechó y le echó un vistazo al resto del salón. Notó que al extremo había un piano de cola. Era negro y relucía hermosamente bajo los tonos suaves y amarillos de la luz. Frente al piano, había muchas mesas con sillas y sillones que daban al pequeño escenario. Era acogedor con una sensación de nostalgia.

—Eurass-san —dijo un hombre con una voz profunda y relajante—. Es un placer conocerle finalmente en persona. Soy Ogawa Hideo.

—Ogawa-san —dijo Aster, aclarándose la garganta—. Es un placer conocerte. Tienes un hermoso establecimiento aquí. Espero poder demostrar que soy digno de ello.

—Eres más que digno. Fue una gran sorpresa que aceptara un empleo en un bar salón tan humilde con lo reconocido que es usted.

—Será un placer tocar aquí. Ahora, tengo que preguntar. ¿Qué es lo que quiere que toque? Los correos electrónicos no fueron tan específicos.

—Directo al grano… me gusta. Pero no, no tengo preferencia. Prefiero dejarle esa decisión a usted. Toque lo que sienta. Es por ese principio que se pueden descubrir las emociones de un artista. Y así, escuchar no solo una pieza asombrosa sino también una honesta. Eso es lo que quiero de usted, Eurass-san. Honestidad. Ahora, sé que está ansioso por comenzar, pero me gustaría señalar algunas cosas. En primer lugar, puede tocar todo el tiempo que quiera y tomar tantos descansos como necesite. No deseo interferir con su proceso. En segundo lugar, la mayoría de los clientes aquí son regulares, pero hemos estado tratando de que venga más gente, por lo que hoy anunciamos su debut. Esperamos que el alcance de Kenji haya sido suficiente para que la gente venga, pero no espere demasiado. Por último, está permitido fumar en el salón, así que espero que no sea un inconveniente para usted.

—No tengo problemas con eso —dijo Aster—. Gracias por la oportunidad. Pero, si no le importa, me gustaría empezar de inmediato.

—Claro —dijo Ogawa—. ¿Le gustaría algo de beber? ¿Algún *umeshu* quizás?

—Agua, si es posible. Gracias.

—¿Escuchaste eso, Kenji? Tráele agua al hombre.

—Bien, ahora mismo, Hideo-san —dijo Kenji con una cara nerviosa y avergonzada.

—Es Ogawa-san para ti —dijo Ogawa con voz exigente mientras Kenji se alejaba—. Kenji es un buen chico. Es muy eficiente y diligente con sus responsabilidades, pero se avergüenza un poco con nuestros clientes mientras se acostumbra a ellos. —Ogawa se rio en voz baja, viendo como Kenji vertía torpemente el agua a un vaso.

Aster forzó una sonrisa mientras subía al pequeño escenario. La luz tenue apuntaba directamente a él y al piano reluciente. El teclado y el cuerpo del piano estaban impecables, sin señales de polvo o manchas. Estaba muy bien conservado. Y Aster apreciaba eso.

—A-aquí tienes, Eurass-san —dijo Kenji—. Y una mesa pequeña para que la coloques.

—Puedes llamarme Aster. Gracias.

Con una pequeña reverencia, Kenji se fue. Todo lo que quedaba era sentarse y tocar.

El martillo de las teclas se sintió lo suficientemente apretado, ya que el sonido que salía reflejaba la presión ejercida sobre ellas. Aster estiró los dedos, tocando teclas arbitrarias mientras su mente y el sonido de cada tecla, la sensación del martillo y la leve vibración que sentía a través de su cuerpo se fusionaban en uno.

No siento nada, pensó. *Convertir este sentimiento en música. ¿Cómo puedo hacer eso?* Pero era solo él y el piano.

Por un momento, se olvidó de su entorno. Solo percibía la luz que, en sus ojos, se volvía más brillante. No veía el piano, pero sentía cada centímetro de él. No veía que la multitud comenzaba a llenar el salón, pero los sentía. Sentía el deseo que ellos tenían de relacionarse con cada acorde y nota tocada; con cada emoción que sentía; experimentar, a lo largo de cada nota que tocaba, un destello de él que pudiera llenar sus corazones. ¿Pero qué sería darles una parte de él, si Aster no se conocía a sí mismo? Pero el salón estaba repleto a la espera de eso. Las sillas estaban todas casi llenas.

Empezó a tocar.

Las notas simples de cuatro tiempos en cada compás marcaban el tono. El público sintió curiosidad. Tocó notas más agudas con los mismos dos acordes. La melodía era lenta y básica, pero la tocaba de una manera que podía viajar como cuerpos etéreos por el salón. Sin embargo, no había emoción en ellos. Solo una batalla dentro de su mente donde trataba de profundizar más. Sentir. Comprender. Pero no podía.

Entrecerró las cejas. Le frustraba no tener una emoción que transmitir. Esto le hizo presionar las teclas con más fuerza, comenzando una melodía que era *forte*. Una presión repentina en su pecho estrelló como un rayo y las notas reflejaron la tormenta sin rumbo.

La lluvia comenzó a ahogarlo. Los fuertes vientos en su mente lo estaban nublando. En algún lugar tenía que haber emoción. Emociones que simplemente no podía entender.

Los acordes se volvieron más complejos. *Accelerando* cuando la melodía del *legato* cambió a un compás de seis. Aunque los acordes siguieron siendo los mismos, las notas aumentaron de tono durante el *arpegio*, evocando lo que sentía, pero no sabía.

Tristeza.

La lluvia se hizo más densa, ya que los vientos soplaron más rápido y más fuerte. Pero la melodía bajó de volumen hasta que el tintineo de vasos de cristal era más fuerte. Solo el sonido débil de las notas de octava resonaba en el salón. Fue allí donde reconoció que había algo más. Cuando los vientos, la lluvia y los truenos chocaron una vez más.

Soledad.

Pero él no lo sabía.

Y cuando la melodía *staccato* comenzó a sonar, sus ojos derramaron una lágrima sin entenderlo.

La audiencia estaba asombrada por la forma en que tocaba. Ese sonido tan melancólico fue impartido a ellos. Sin embargo, nadie notó las lágrimas que derramó mientras se enfrentó al público momentáneamente.

Solo una.

Ella acababa de entrar al salón cuando sus miradas se encontraron brevemente. Los ojos marrones de aspecto cristalino de Aster contra sus ojos oliva. Ojos amables que de alguna manera entendían las lágrimas que corrían por sus pómulos prominentes.

Un gran temblor se apoderó de ella mientras lágrimas comenzaron a correr por su rostro de alabastro. Reservó sus sollozos presionando su mano temblorosa en sus labios. Parecía estar reprimiendo sus sentimientos más escondidos mientras presionaba su pecho.

Temerosa de desconcertar su concentración, su rostro enrojecido miró hacia abajo cuando lo notó a él y a su aflicción. Pero poco sabía ella que era demasiado tarde.

Ahora solo su rostro tan amable residía en su mente. La tormenta en el interior se estaba desvaneciendo como si el tiempo pasara más rápido. Había perdido la concentración y estaba perdiendo el control de las emociones que habían impulsado la pieza improvisada. Confundiendo notas rápidamente, salvó la pieza con acordes sincronizados.

Estaba indefenso.

Fue por ella, pensó. *¿Por qué llora?*

La luz tenue lo despertó. El piano y sus teclas lo sacaron de él. Notó que sus manos habían tocado solas mientras estaba abrumado en sus pensamientos. La melodía estaba sonando correctamente, pero con un tono completamente diferente.

Volvió a mirar a la multitud susurradora en busca de esos ojos oliva, pero se dio cuenta que se habían desvanecido como el verde de las hojas durante el otoño.

La audiencia quedó asombrada por tan perfecta transición. Kenji, de todas las personas, fue el más asombrado, distrayéndose de su deber como barman. Pero el propio Ogawa no pudo haberlo notado, porque su enfoque estaba dirigido a Aster, quien hizo que pareciera tan simple.

No había necesidad de presentaciones. Ni necesidad de aplausos y vítores. No había forma de detenerlo ahora.

Por primera vez, había encontrado un sentimiento.

No definido por palabras en papel. Pero, gracias a esos ojos que entendieron, lo había descubierto por sí mismo. No era felicidad, ni tristeza, ni soledad. Era una emoción compleja que unía todo lo que había sentido. Lo que lo había empujado hacia el piso, más bajo de lo que nunca había estado, ahora lo entendía.

Y finalmente, supo dónde estaba parado.

III

—Buenos días —dijo Tadashi, cortando cebollas en la encimera de la cocina.

El olor a arroz al vapor, sopa de miso hirviendo a fuego lento y notas de un aroma a hongos y *daikon* llenaba la cocina. Con un movimiento rápido y sereno, Tadashi liberó las cebollas recién cortadas en el picador y las tiró en la olla. Revolviendo lentamente, liberó el penetrante perfume de las semillas de soja fermentadas.

—Buenos días —dijo Aster, mientras apretaba sus ojos cansados. No había regresado a casa hasta muy tarde en la noche, pero por alguna razón, su mente lo había dejado descansar.

Tadashi miró hacia atrás para encontrarse con sus ojos, notando la expresión tan letárgica que tenían en ellos. No fue simplemente por despertar, o por dormir hasta tan tarde en la mañana, los ojos de Aster estaban cansados mucho antes de eso. Tadashi no se atrevió a preguntar.

—Que bueno poder conocerte finalmente en persona, Aster-kun —dijo, inclinándose levemente hacia Aster.

Aster se dio cuenta de la falta de modales que había mostrado. Cómo le había dado un saludo matutino sin esfuerzo y había ignorado por completo la presencia de Tadashi antes de sentarse en el sofá.

—Mori-san —dijo Aster, descansando su rostro entre sus manos—. Me alegra conocerte. Por favor, perdona mis modales tan groseros.

—Llámame Tadashi. Viviremos juntos a partir de ahora, por lo que no es necesario tanta formalidad. No te preocupes. Sé que todavía necesitas tiempo para acostumbrarte a la vida aquí. Ya casi termino de preparar el desayuno. ¿Por qué no vienes y te sientas a la mesa? Estaré sirviendo pronto.

Aster siguió sus mandatos, sentándose en la cómoda silla de madera frente a Tadashi. No podía ignorar el maravilloso olor que provenía de la cocina. El sonido del pescado salteado y el olor cítrico que emanaba lo invadieron con indicios de nostalgia de un pasado que ya no podía recordar.

—Huele bien —dijo Aster, forzando una conversación.

—Espero que sí —respondió Tadashi—. No quisiera que tu primera comida en Japón dejara una mala impresión.

—No es la primera —dijo Aster.

—¡Oh! Veo que sabes cómo hacer bromas —se rio Tadashi—. Entonces nos llevaremos bien. Toma, empieza con esto.

En realidad, Aster no lo había dicho en forma de broma.

Tadashi llevó a la mesa un tazón de sopa de miso y lo colocó gentilmente frente a Aster. La sopa estaba extremadamente caliente, pero el asombroso sabor hizo que Aster pronto se olvidara del calentón. Tocaba tantas áreas. Salado pero equilibrado con una sensación dulce. Suave, pero ligeramente picante al mismo tiempo. Aster nunca había probado un plato tan increíble. Pensó que no sería posible que nada más tuviera un sabor tan maravilloso. Pero una vez que llegaron el

arroz al vapor y el pescado a la parrilla, se demostró que estaba equivocado. El pescado estaba cocido a la perfección, chamuscado exquisitamente. El sabor cítrico no le quitó al sabor salado que tenía, y cuando lo comía con el arroz de sabor neutral, la comida viajaba por su boca como lo haría el algodón por interminables campos montañosos.

Aster estaba impresionado, nunca había experimentado una comida casera tan satisfactoria. Solo alguien apasionado por la cocina podría lograrlo. Observó la pura pasión que Tadashi mostraba mientras servía, limpiaba y preparaba su cocina. El amor que puso en cada parte del proceso. Era su arte, y se aseguraba de que siempre estuviera a la altura de sus expectativas: nunca mirando hacia atrás ni lamentando los errores; nunca ansioso o asustado de fracasar.

Tadashi lo miró, y Aster notó que su delantal negro leía *sous-chef* porque estaba orgulloso de ello. Lo vio en su rostro bien afeitado, en su sonrisa producida por las expresiones de satisfacción que mostraba Aster. Mechones de cabello negro caían de la tela en su cabeza. Los signos de un hombre decidido trabajando en su arte.

Pasó el día y no hicieron mucho más que hablar. Aster se enteró de que Tadashi todavía tenía veintidós años, sólo dos años más joven que él. Había trabajado en su oficio desde muy joven ya que su madre apenas podía cocinar sin sentido del gusto. Fue producto de la exposición a sustancias químicas en su trabajo.

Había vivido en Tokio algunos años ya, mudándose de Fujinomiya después de la muerte repentina de su madre. No hubo tristeza cuando contó su historia; lo había dejado atrás, como le hubiera gustado a su madre. Todo lo que sentía había sido puesto en su pasión, alimentando su motivación con todo lo que podía aprender. Era su forma de perseverar.

Aster finalmente entendió que bajo esa sonrisa habían días interminables de sufrimiento y frustración. Días en los que los pensamientos de rendirse tenían que haber sido infinitos. Pero la perseverancia lo llevó allí. Sí, había algo que aprender de él, por lo que estaba agradecido por el lugar donde vivía.

—Toda mi vida —dijo Aster—. Me han dicho lo que soy. Pero saber lo que soy no ayuda mucho. Por eso escapé, o eso pensé. Escapé de la vida que no me dejó seguir adelante. Pero no era lo que me rodeaba lo que me mantenía donde estaba. Parece que he sido yo todo el tiempo... creo. Anoche lo descubrí. No sé cómo explicarlo, pero por primera vez entendí que era tener alguna emoción. No sé qué fue. Llevo tocando el piano desde que tengo uso de razón. Sin embargo, no fue hasta anoche que me di cuenta de lo bajo que estaba. Hacía que me doliera el pecho, pero al mismo tiempo... no sé... fue satisfactorio. Fue un sentimiento pasajero, y cuando me di cuenta, estaba confundido una vez más. Pero, por un segundo, supe lo que estaba pasando. —Bajó la cabeza. Lo siento, presiento que estoy hablando demás.

—No te preocupes —dijo Tadashi—. Creo que todos tenemos un equipaje que nadie más puede ver excepto nosotros. Lo llevamos con nosotros toda la vida. A veces dejando algo atrás y otras veces cargando más. Hay un concepto aquí en Japón que llamamos *Ikigai*. Cuento largo corto, significa una razón de ser. Aceptación del valor de la vida y las cosas que hacen que valga la pena. Anoche, creo que comenzaste tu camino. Nunca es demasiado tarde ni demasiado temprano. Nunca es forzado y solo espontáneo. Y comienza haciendo lo que mejor uno sabe hacer. Continúa, Aster. Un avance como este solo se da unas pocas veces durante la vida.

—Gracias —dijo Aster—. Lo tendré en mente.

La habitación quedó en silencio.

—Tienes trabajo ahora, ¿verdad?

—Ah, sí, lo siento. Tengo que irme. —Aster se puso de pie con rápidas intenciones.

—Está bien. Buena suerte en el trabajo. Oye, por cierto. ¿Trabajas el sábado?

—No.

—Entonces, ¿qué tal si vas al Festival de los Cerezos conmigo? Es una vista hermosa. Puedes venir a conocer a algunos de mis amigos y conocer la ciudad.

—Lo pensaré —dijo Aster, agarrando su abrigo negro.

—En realidad no. No es una invitación. Es más una demanda. Una forma de devolver el mes en que te dejo saltarte el alquiler.

—Bien, bien. Hasta luego —dijo Aster. Sus mejillas ardieron levemente cuando salió del apartamento.

***

El camino hasta el salón fue el mismo que la noche anterior. Esta vez, no se dio cuenta de la gente que caminaba ni de sus conversaciones. Su mente estaba llena de un pensamiento constante.

¿Volvería a verla esta noche?

—Probablemente no —susurró, bajo la iluminación tenue que tenían las calles secundarias de Ebisu.

Pero ella no se escapaba de su mente.

Su cabello, negro con matices cenicientos, y la forma en que se rizaba lentamente en las puntas mientras descansaba suavemente sobre sus hombros como la niebla que descansa en la mañana, estaban marcados en su mente. Recordó la forma en que ella frunció las cejas mientras se formaban ligeras arrugas cuando sus ojos lloraban como un río desde la cima de una montaña. Su postura reservada, cuando juntó sus manos frente a sus muslos mientras su mirada bajaba con las mejillas sonrojadas, hacía parecer que escondía su secreto más preciado.

No dejaba de preguntarse qué la hizo llorar. ¿Fue la pieza que nunca podría volver a reproducir, o quizás un recuerdo profundo que descubrió sin querer? Deseó tener la oportunidad de preguntarle. Deseó que su respuesta lo ayudara con sus propios problemas.

Esta noche tocó por horas. No descansó, ni siquiera una vez, con la esperanza de encontrar sus mejillas enrojecidas una vez más. Con la esperanza, pero con miedo de que ella lo hiciera sentir una vez más.

Mucha gente se sentó y miró. Todos estaban asombrados por su interpretación, pero ninguno era quien esperaba. Ninguno le trajo la armonía de emociones que había sentido la noche anterior.

El día siguiente fue igual. Tocando piezas e improvisaciones, esperaba para vislumbrarla. De vez en cuando, miraba a la pequeña multitud, pero ella nunca estaba. Sabía que las posibilidades de encontrarla de nuevo eran casi nulas.

Pero solo si pudiera.

IV

Caminaron hasta el parque Chidorigafuchi, donde las flores de cerezo viajaban a lo largo de lo que parecía ser un foso sin fin. Las sakuras, bellamente vestían con luces amarillentas que ayudaban a presenciar la forma en que bailaban cuando el viento cantaba sobre el tranquilo río. La puesta del sol ya había pasado y solo la brillante luna era testigo de la noche tan cautivadora.

El sendero estaba ocupado ya que muchas personas disfrutaban de la vista. Los niños, murmurando sus palabras animadas mientras eran perseguidos por sus familias. Gritaban de júbilo cuando finalmente los agarraban por la espalda y los mecían de un lado a otro. Los ancianos caminaban por los puentes, sosteniendo fotografías cerca de su pecho mientras otros recordaban sus días de juventud, donde las noches no eran más que un momento dichoso y los días una prueba ardua.

Aster trató de sentir la belleza en el aroma agridulce que complacía al parque. El sonido acompasado que hacían las cercas de bambú que se arrastraban a lo largo de la plaza mientras deslizaba sus manos sobre ellas, haciendo una música que parecía ser un tono turquesa.

No llenó su corazón. Nada lo llenaba. Pero no podía negar que era una de las vistas más hermosas que jamás había visto.

—¿Cómo te gusta el paisaje? —preguntó Tadashi, mirando su teléfono.

—Muy bonita —dijo Aster—. Pero parece bastante congestionada, ¿no crees?

—Es lo que esperarías de un festival, Aster. Ahora trata de divertirte. Mis amigos deberían estar… ¡Oh! ¡Hola, chicos! Aquí.

En la distancia, entre una multitud de lo que parecía una clase de secundaria, tres personas corrieron hacia Tadashi.

Su caminar torpe y sus sonrisas felices los hacían parecer un grupo extravagante. Uno de ellos era sorprendentemente alto. Casi alcanzaba las flores de cerezo cuando pasaba por debajo de ellas. La chica tenía la sonrisa más brillante, pero pareció ponerse tímida en el momento en que notó que Tadashi no andaba solo. Y el último, caminando detrás de ellos, se esforzó mucho en no mostrar ninguna emoción por el hermoso paisaje.

—Ey —dijo el tipo alto, que se veía mucho más joven una vez que se acercó—. ¿Cómo van las cosas, Tadashi?

—Las cosas van muy bien —respondió Tadashi—. Acabamos de llegar. Me gustaría presentarles a mi nuevo compañero de piso, Eurass Aster. Aster, este es Kobayashi Ryo. Los dos de atrás son Nakano Shingo y Fujita Hina.

—Es un placer conocerlos a todos —dijo Aster, rascándose la cabeza, sin saber exactamente cómo moverse o reaccionar.

—Es un placer conocerte, Eurass-san —dijo Ryo.

—Hola —dijo Hina, con una cara rojiza, jugueteando con sus manos mientras miraba hacia abajo.

—Gusto en conocerte —dijo Shingo, todavía tratando de no mostrar ninguna emoción.

La noche se volvió más ruidosa con carcajadas y palmadas repentinas en la espalda de Aster. De alguna manera, esas palmadas, hacían que se estremeciera cada vez más. Todos eran amables con él y él lo entendía. Sin embargo, creía que todas las sonrisas eran forzadas, por el bien de Tadashi y por el suyo.

Caminaron por la calle, pasando por muchas tiendas. Algunos vendían artesanías y otros alimentos. A Aster le hubiera gustado detenerse en algunos de ellos, pero, poco después, solo los seguía a donde iban. Sus conversaciones se convirtieron en una canción pasajera que tenía poca importancia para él. De la misma manera que un tenedor es para un *ikayaki*.

Antes de salir del apartamento, se aseguró de prepararse. De ser más amigable y entablar conversaciones. Pero parecía que lo había olvidado una vez que el grupo se animó. Aparentemente, sólo había dicho unas pocas palabras y se había forzado a reír siempre que había una razón para hacerlo.

Tadashi se había dado cuenta hace mucho tiempo, pero debatió en su mente para ver como iba a manejarlo. Se sintió mal por obligarlo a salir cuando Aster no estaba listo. Pero en ese momento, en su mente, era el mejor plan de acción.

—Vamos a comer takoyaki —dijo Tadashi, alegremente—. Apuesto a que Aster los disfrutará.

—Sí —dijo Ryo, palmeando la espalda de Aster—. Son un manjar, ¿sabes? He estado presionando al jefe de cocina del restaurante para que los incluya en el menú, pero mis esfuerzos han sido inútiles.

—¿Cuántas veces te he dicho que simplemente no va con la cocina italiana, Ryo? —dijo Tadashi—. Deberías olvidarlo antes de que te despidan.

—Pero la gente definitivamente lo disfrutará como un antipasto.

—Quieres decir que *tú* lo disfrutarás —dijo Shingo.

—Oh —dijo Aster, con una mirada tímida—. ¿Trabajas con Tadashi, Kobayashi-san?

—¡Pues claro! —respondió—. Todos trabajamos con Tadashi. Soy mesero, Shingo es camarero y Hina-chan trabaja en la cocina.

—Conocemos a Tadashi-kun desde que se mudó a Tokio —dijo Hina, merodeando su mirada alrededor del parque.

—Aquí estamos —dijo Tadashi—. Sí, cinco pedidos de takoyaki, por favor.

Bajo la carpa blanca, el olor del océano invadió sus narices. La sopa dashi, combinada con el olor seco de la harina de trigo horneada dio indicios de paseos por la playa en un día ventoso, donde el olor a algas, pescado y agua salada está siempre presente.

—Cómelos mientras aún estén calientes si quieres el sabor de la sopa dashi —dijo el vendedor de comida, que seguía secándose la frente húmeda con una toalla pequeña.

La harina de trigo mezclada con huevos y sopa dashi formaban bolas de masa redondas que se rellenaban con pulpo cortado en cubitos. Una vez que Aster los mordió, el sabor salado del pulpo y la masa crujiente se derritieron en su boca. La salsa de soja, mezclada con pimientos verdes y algas picadas, no quitó el espléndido sabor de la sopa dashi, que desprendía un aroma agradable con cada bocado que tomaba. No era suficiente. Cada bocado era más sabroso que el anterior. No es de extrañar que Ryu presionara al restaurante para que lo incluyera en el menú.

—¿Cómo está eso, Aster? —preguntó Tadashi, saboreando su propio takoyaki.

—Bien —dijo Aster, murmurando con la boca llena.

—¿Ahora lo entiendes? —preguntó Ryo—. ¿Por qué es un manjar?

Aster solo pudo cabecear mientras el desconcertante sabor abrumaba sus pensamientos. Pero

poco después, los seis takoyaki de su plato se habían ido. Todo lo que podía disfrutar ahora era el sabor pasajero que se quedó en su boca.

—Deberíamos regresar al río para encontrar un buen lugar para los fuegos artificiales —dijo Ryo, tomando la delantera con su caminata neurótica.

Caminaron de regreso al sendero junto al río calmado y encontraron un lugar central cerca de la plaza. Una vez allí, Tadashi y sus amigos esperaron ansiosos el espectáculo de fuegos artificiales, apoyándose en las barandillas de metal a la orilla del río, mirando cómo la gente caminaba feliz por el sendero.

Una pareja joven trató de encontrar un buen lugar para ver el espectáculo. Se pararon junto a Aster y el grupo. El hombre estaba visiblemente nervioso, con la esperanza de que fuera una noche memorable que la mujer nunca olvidaría. Pero la forma en que ella sonreía y la forma en que sus ojos se iluminaban cada vez que lo miraba hacía que pareciera que ya lo estaba.

Para Aster, la noche era fascinante pero vacía. Le preocupaba constantemente que la vista no pudiera aliviar la presión en su pecho. Que la forma en que la luna brillante se reflejaba en las ondas del río ni siquiera podían traer una sonrisa a su cara. Su suspiro profundo reflejó su frustración. Lo que más deseaba era verdaderamente disfrutar de la vista hermosa.

—Eh —dijo Hina, cubriendo sus manos con las mangas de su chaqueta de lana—. No parece que te estés divirtiendo.

Aster la miró y sus mejillas sonrojadas, y la forma en que su pollina oscura caía frente a sus ojos como si mirara desde detrás de una cortina. Sus labios fruncidos le hicieron saber lo difícil que fue para ella haber dicho incluso eso. Quizás ella se sintió intimidada por su falta de expresión.

—¿Es tan obvio? —dijo Aster, apoyándose en la barandilla mientras miraba más allá del río. Veía como la gente pedaleaba en pequeñas embarcaciones con sus seres queridos—. Perdóname. Es simplemente difícil para mí.

—Hm, supongo que es como lo difícil que me resulta conocer gente nueva. Aparte de estos muchachos, realmente no hablo con nadie más .

—Supongo que sí.

Por un minuto, ninguno de los dos dijo una palabra. Aster luchó con su mente para forzar una conversación, o incluso una sonrisa. Pero todo era demasiado difícil para él.

—¿Puedo preguntar? —Dijo Hina—. ¿Por qué viniste aquí?

—Tadashi me presionó un poco para que viniera —dijo Aster—. Dijo que sería bueno empezar a conocer la ciudad.

—No no, quiero decir, ¿por qué te mudaste a Tokio?

—Oh —dijo, sin saber exactamente cómo responder a su pregunta. Debatió entre mentirle o responderle con sinceridad—. Bueno, es difícil explicar ya que no hay una razón en particular, pero si tuviera que explicarlo de alguna manera, sería que no me quedaba nada en Estados Unidos. Vez, la gente no tiende a entenderme, así que simplemente asumen que soy engreído o irrespetuoso. Pero realmente no estoy tratando de serlo .

—Sí —dijo Hina, apoyándose en la barandilla junto a Aster mientras su cabello ocultaba su rostro—. Sé como eso se siente. Tiendo a no responderle a las personas cuando me llaman o me preguntan algo porque me pongo tan ansiosa que cuando tengo el valor de responder, ya es demasiado tarde. Por eso, la gente piensa que tengo un complejo de superioridad cuando en realidad estoy luchando constantemente con mi mente para no estar tan nerviosa. Pero Tadashi-kun nunca te malinterpretará. Nunca lo hizo conmigo. Puede parecer que está en su propio

mundo, pero es muy consciente de los sentimientos de la gente. Si no fuera por él... no creo que jamás hubiera hecho amigos.

—Sí. Es un buen tipo, pero no creo que haya ningún remedio para mí .

—¿Cómo así? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza.

—Por más que lo intento, ni siquiera entiendo lo que siento o lo que sienten otras personas, de hecho. Nunca veré la belleza de conocer gente.

—¿Qué tal la belleza en las cosas que te rodean?

—Veo por qué la gente puede encontrarlo hermoso, sin embargo, para mí, todo parece pigmentaciones mate de un cuadro antiguo. Los paisajes parecen desvanecidos en mi cabeza .

—Restaura la pintura.

Aster pausó. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, siempre que una pintura se ve descolorida o los colores comienzan a apagarse, uno la restaura pintándola con pintura nueva, óleo o cualquier técnica que se haya usado. Todo lo que necesitas hacer es restaurar la perspectiva de las cosas que ves. En lugar de intentar ver la monotonía, mira los colores.

Interrumpiéndola, un fuerte golpe exhibió una hermosa vista justo al lado de la luna llena. Los fuegos artificiales rojos, formados por rociados redondos de luz, iluminaron el río oscurecido mientras el humo detrás de ellos nublaba el cielo como una niebla densa sobre los senderos de las montañas.

El rugido constante sumergió el cielo nocturno en colores abundantes. Rojos, azules, amarillos y blancos adornaban las sakuras abajo con sus luces brillantes, creando una canción que de alguna manera era inconmensurable por ritmos o tempos.

La multitud se hizo más grande a medida que empezaron a contemplar la impresionante vista que había hechizado ese sábado por la noche. Las parejas se sonrieron por la belleza, queriendo que el momento durara una eternidad. Las familias abrazaban a sus hijos, deseando que sus sonrisas nunca se desvanecieran. Y los ancianos trataban de mantener cerca los últimos momentos que podían pasar con sus seres queridos, mientras anhelaban abrazar a los que ya no estaban con ellos.

—¿No es hermoso? —preguntó Hina mientras sus ojos se iluminaban. Se reflejaban los colores brillantes a través de sus ojos marrones.

Los ojos de Aster intentaron percibir los colores, pero la monotonía siempre permanecía.

—¿Cómo te hace sentir, Eurass-san?

—N-no lo sé.

—Bueno —dijo Hina, presionando suavemente su pecho—. Siento una ligera presión en mi pecho que me hace sonreír sin importar cuánto trate de contenerme. Es el mismo tipo de sensación que tienes cuando después de años sin comer tu comida favorita, finalmente puedes comerla. No puedes evitar sonreír, ¿verdad?

—Sí, eso es cierto —dijo, ocultando el hecho de que nunca ha tenido una comida favorita o la sensación de no poder contener una sonrisa. Sus únicas emociones podrían resumirse en ese miércoles por la noche. Cuando el piano sonaba más fuerte y su corazón latía intensamente.

Hina vio el encanto incomprendido en esos ojos que miraban más allá del cielo tratando de agarrar cualquier cosa para tener la oportunidad de hacer a su corazón sentir. Esos ojos oscuros, donde la gente veía el vacío, ella veía la lucha. Sus manos bañadas por el sol agarraron la barandilla suavemente como si estuvieran hechas para el arte de la cerámica. Y su rostro, ligeramente cubierto por su gabardina negra, mostraba la ternura de un hombre de música. Y

entonces, ella deseaba abrazarlo, sin siquiera saberlo o pensar en ello. Estaba asombrada por el misterio del hombre que era el único que podía entenderla. Solo el pensamiento constante de querer ese abrazo permaneció en su mente.

Ella apretó su agarre en la barandilla, tratando de escapar de ese pensamiento mientras apretaba sus labios. Todo lo que quería era sentir sus brazos alrededor de ella y estar rodeada por su aroma a manzanilla. Pero estaba consciente de que no sabía nada de él.

Solo tomó una mirada de sus ojos brillantes, y pronto se olvidó de que eran ojos extraños. Su corazón se detuvo cuando estaba fascinada por su mirada genuina. Los ojos que luchaban mostraban bondad y ternura muy profundamente dentro de ellos. Y en ese momento, supo que quería deshacerse de ese dolor. Dolor que se había acumulado y nunca se había liberado.

Sus ojos se abrieron, encontrando lo que parecía una cierta dicha. ¿Alegría, sorpresa o anticipación? Era difícil de saber. La única certeza era la emoción en ellos. Como si encontraran lo que habían estado buscando todo el tiempo. Como si la luna se hubiera encontrado con el sol en el borde del mundo, acabando finalmente con la eterna búsqueda de la paz.

Hina estaba cautivada por sus ojos, atraída como un imán al metal. Su mente le dijo las muchas razones por las que estaba mal, pero su corazón solo recurrió al impulso. Incluso, mientras sus amigos contemplaban los fuegos artificiales a su lado, ella se inclinó más y más y más cerca hasta que estuvieron a un paso el uno del otro. Con manos temblorosas, su corazón casi se le sale del pecho. Hasta que se dio cuenta de que esos ojos felices miraban hacia otro lado. La emoción en ellos no era por ella, sino por otra. Algo que había encendido un fuego en los ojos que solo veían caer cenizas. La mirada de Hina se tambaleó cuando Aster pasó a su lado. Apretó los puños y lamentó el impulso que se había apoderado de ella.

Aster no podía controlar sus movimientos descuidados mientras caminaba entre la densa multitud. No estaba preocupado por su ansiedad. Lentamente, desapareció de la vista de Hina... todo porque había visto indicios de matices cenicientos en un cabello negro y sin lugar a duda ojos color oliva.

Sabía que era ella, y una vez que lo enfrentó, el impulso se apoderó de él.

Su sonrisa brillaba como el sol cuando saluda a la luna todas las mañanas, justo antes de que la luna se vaya sin despedirse.

La ternura y la pureza de esa sonrisa nunca escaparía de su mente. Presionaba su pecho hueco, dando paso al impulso de sonreír él mismo. Ahora, su único deseo era que ella pudiera regalarle la sonrisa que le dio a los fuegos artificiales cuando echó la frente hacia atrás, dejando que su cabello bailara al ritmo de la canción que cantaban.

Cuando llegó al final de la plaza, miró desesperadamente de lado a lado y entre las masas. Pero, como sombra que se encuentra con la luz, se había desvanecido, dejando una vez más un tesoro escondido dentro del corazón de Aster.

V

Las aguas son de un azul luminoso en la noche oscura.

Un mundo de fantasía donde las luciérnagas trazan un camino sobre el mar.

Un océano donde podría esconderse una ciudad.

Una ciudad bajo el mar infinito que va más allá del horizonte ennegrecido. Donde las interminables estructuras revelan luces pastel, no de ellas, sino de aguas bioluminiscentes.

Una ciudad tan tranquila, donde los días y las noches son todos iguales. Donde el agua no salpica como si se liberara una bebida carbonatada. Donde todos los sonidos se podrían atenuar bajo la fuerte presión de la profundidad y cualquier dolor se podría curar con las aguas termales. Donde una sonrisa podría surgir solo por la oleada repentina.

Incertidumbre.

Donde esa palabra nunca importaría. No hay nada más que cuestionar. Todo se sabe en la ciudad sumergida que nunca cambia.

Amor.

Donde esa palabra nunca importaría. Porque el amor se encuentra en toda la ciudad. En el anfiteatro que nunca cesa su majestuoso sonido, donde el metal debajo de las sillas rojas nunca se oxida. En el conservatorio, donde el cielo, aunque borroso, siempre se ve grandioso; siempre iluminado con estrellas que estallan una vez se rememoran.

El mundo sobre el agua no importa. Solo importa la paz. Porque la paz es todo lo que la ciudad no puede dar.

Aunque libre de disturbios y tranquilidad eterna, la paz es todo lo que la ciudad no puede dar.

Porque la paz es aceptación.

La paz es una maravilla.

La paz es individual.

Es difícil encontrar la paz en la ciudad sumergida. La paz y la soledad no confraternizan. Pero... al final, la ciudad infinita bajo el agua nunca existió más allá de sus sueños.

Pasaron dos meses y la temporada lluviosa en Tokio había comenzado.

Los días se convirtieron en una rutina constante y las noches un espectáculo de sentimientos reciclados. Se sentía como cuando una casa se ensucia, luego la suciedad se limpia en un ciclo interminable de tareas domésticas. De la misma manera que un perezoso busca alimentarse durante días que parecen ser de una hora, solo para repetirlo al día siguiente. Nada había mejorado ni empeorado.

—No hay forma de caer más bajo —se decía constantemente.

Hubo una semana en la que se había sentido diferente. Días en los que la presión sobre su pecho era constante, como si la sangre bombeara a una presión aún mayor que la de un hipertenso. En esos días, se sentía esperanzado después de ver tanta belleza en una simple sonrisa. La misma belleza que presenció mientras sus lágrimas caían por su rostro. Esos días en

los que se despertaba ansioso esperando su turno en el bar, con valentía acumulada para preguntar acerca de ella. En esos días, solo recibía respuestas superficiales: 'Ella ha venido antes, pero rara la vez'. 'Su nombre se me escapa'. 'No sé de quién estás hablando'.

Habían pasado dos meses y, con ellos, toda esperanza partió.

Pero sus nuevos amigos se habían convertido en una parte constante de su vida. Aquellos que habían sido solo amigos de Tadashi ahora también eran suyos. Poco a poco, Aster había aprendido sobre ellos y ellos sobre él. Las peculiaridades y reacciones inexpresivas de Aster. Los descuidos y respuestas apasionadas de ellos.

La risa era algo común. Ryo era una persona particularmente divertida. Nadie podría aguantar la risa con sus chistes y gestos. Siempre tenía una historia que contar. Era una persona cuyos días giraban en torno a interacciones ridículas. El destino le había otorgado una vida de anécdotas interesantes.

—¿Cómo has estado últimamente? —preguntó Ogawa, limpiando la barra.

—¿Algún problema con mi trabajo? —preguntó Aster.

Ogawa se rio. —Parece ser que siempre respondes preguntas con otras preguntas. No, no hay ningún problema. Solo quería preguntarte como has estado. Mudarse al otro lado del mundo tiene que ser impactante.

—No lo ha sido, de verdad. Estoy bien. —Sus ojos estaban apagados y vacíos, mirando hacia la madera uniforme que tenía la barra. Su visión alcanzaba ver un vacío interminable de azules y negros entrelazándose en el centro de su bebida. Su expresión hacía su mentira una difícil de creer.

—Eurass-san —dijo Ogawa mientras se apoyaba tranquilamente en la barra—. Te pedí que fueras siempre honesto con tus interpretaciones. Y así nunca quitarle su esencia, sin importar que la pieza sea de otro o tuya. Ahora, como admirador de tu trabajo, debo pedirte que también seas honesto contigo mismo.

Pasó un minuto y luego otro. Pero Aster no pudo encontrar las palabras para expresar lo que sentía.

—Supongo que debería empezar pidiendo disculpas. Mis interpretaciones no han sido honestas. Simplemente he estado reciclando sentimientos que una vez tuve —dijo Aster—. Todos los días, mi mente está en una batalla constante de 'qué puede hacerme sentir peor'. No extraño mi vida de antes. Me mudé aquí para cambiar y escapar de mi realidad. Pero parece que me ha seguido hasta aquí. No puedo entenderlo. Yo no me entiendo. Se ha vuelto difícil entender cualquier cosa. No sé cómo ignorar todo esto.

—No puedes escapar de las cosas que sientes, Aster —dijo Ogawa—. La verdad es que no hay paraíso al cual puedas escapar. Tu mente y corazón son tuyos, y eres tú quien debe dar el primer paso para comprenderlos. La vida es dura. Y, a veces, nos acerca más al límite de lo que nunca hemos estado, empujándonos a tomar decisiones irracionales. Pero todo eso es parte del camino para convertirnos en quienes realmente somos. Por favor, ¿le prestarías atención a mi historia?

El asentimiento vago de Aster le dio la afirmación. Era una historia que se le había confiado a algunos.

La vida de un joven Ogawa, que desde el principio nunca había tenido grandes ambiciones. Nunca vio la necesidad de ir a la universidad o de hacerse de renombre. Lo que Ogawa realmente quería era encontrar una esposa y vivir una vida normal con un trabajo normal. Pero después de

la guerra, encontrar trabajo era muy difícil.

Vivía día a día, haciendo trabajos, recogiendo latas, o cualquier cosa que pudiera ponerle comida en su mesa. No tenía dónde vivir, ya que su madre había muerto de una enfermedad cuando él era muy pequeño y su padre no podía cuidarlo.

Sentía que no tenía a dónde ir. Cuando sentía que había caído más bajo de lo que nunca había caído, los yakuza se convirtieron en la familia que tanto deseaba. Lo moldearon en lo que él creía que era ser un hombre real. Poco después, esa misma convicción se puso a prueba.

Una mujer que visitaba con frecuencia a Ogawa para drogas dejó de hacerlo sin señal alguna. Ellos habían desarrollado una buena amistad a lo largo de los años. Incluso, Ogawa le había dicho que dejara de consumir drogas, pero ella siempre eludía sus comentarios. La mujer había comprado tanta droga que su deuda se había vuelto inmensa. Al desaparecer con una deuda tan grande, se le pidió a Ogawa que la visitara. La forma en que Ogawa lo explicó fue: cuando los yakuza visitan a alguien, es la última vez que lo ves.

Ogawa estaba indeciso, pero finalmente siguió sus órdenes y fue a visitarla. Una vez en su casa, lo que vio puso en duda todo lo que había aprendido con su nueva familia. Su amiga había estado viviendo en condiciones peligrosas, incluso, algunos las llamarían inhumanas. La casa estaba derruida. El piso de madera tenía las tablas podridas. Con tan solo poner presión en ellas, se rompían. Las encimeras y las mesas estaban llenas de cera de velas, prueba de que no tenía electricidad. Sin luz, la probabilidad de que tuviera agua era casi nula.

Ogawa la encontró agachada en un rincón de lo que se suponía que era una cocina, con un niño lloroso y desnutrido. Ella lo abrazaba con fuerza alrededor de sus brazos frágiles mientras lloraba lágrimas que se secaban al salir. Su grito ronco por llorar por tantas horas conmovió el corazón de Ogawa como nunca lo había hecho. En realidad, Ogawa había perdido interés por cualquiera fuera de su familia yakuza. Su padre había ido a verlo una o dos veces, pero incluso entonces, nunca lo atendió. Sin embargo, el grito de su única amiga fuera de aquellos a quienes llamaba familia había torcido toda creencia en su mente.

Ogawa se interrumpió y tomó un trago cuando su voz comenzó a temblar y cortarse. Lo removió y volvió a llenar la bebida de Aster.

—Sabía lo que tenía que hacer —continuó Ogawa. Entró en duda cuando ella le dijo que su marido abusivo la obligaba a conseguirle drogas con el poco dinero que ganaba mientras él amenazaba con matar a su hijo. Ella solo pidió que dejara ir a su hijo.

Pero ¿qué sería de un niño sin su madre? Ogawa ya lo había visto de primera mano. Y entonces dudó nuevamente, pero cuando llegó el momento de elegir, la eligió a ella. La tomó del brazo y echó a correr. Se escondieron de los yakuza hasta que la persecución cesó.

Afortunadamente, su reputación no se vio empañada. Había sido un *shategashira* ejemplar. Por eso, cuando regresó con el dinero que ella le debía a la familia, y más por su libertad, lo aceptaron con gracia. En realidad, ni una sola persona en esa familia de yakuza podría haber comprado su libertad como lo hizo Ogawa, pero cuando el jefe de la familia se convierte en casi un hermano, siempre quedará un punto débil.

Ogawa terminó su historia, pero no sin algunos consejos para Aster. Dijo: —Trabajé duro para redimirme de todas las cosas que había hecho en el pasado. Hasta el día de hoy, trabajo duro para hacer las paces y cargo con las quemaduras de mi pasado todos los días. Pero trabajar duro, hacer algo al respecto y poner todo mi esfuerzo en ello, hace que la vida sea un poco mejor, ¿sabes? No estoy diciendo que la vida que llevas ha sido la misma que la mía. Quizás esas quemaduras que llevas son diferentes a las mías, pero todo llega a la misma conclusión, a la

misma lección: que hay que trabajar duro para ser mejor, por nosotros mismos y por los que viven a nuestro alrededor. Si quieres cumplir la promesa que nos hacemos a nosotros mismos de descubrir quiénes somos realmente en la vida, eso es lo que debes hacer.

Esas palabras realmente habían sido un estímulo para Aster, cuya sangre corría más rápido por su cuerpo. Los pelos de su piel se disparaban en un estallido de determinación. —Gracias, Ogawa-san. Me esforzaré.

—Eso es todo lo que pido —dijo Ogawa, mirando alrededor del salón vacío.

La temporada de lluvias había convertido el salón en un desierto. No había necesidad de tocar más. Aster ya había complacido los oídos de Ogawa y Kenji con canciones de jazz como *Moanin'* y *In a Sentimental Mood*. De vez en cuando disfrutaban de la flacidez de la síncopa en las canciones de jazz.

—Ve y tómate el día libre. La lluvia mantendrá el salón vacío. Sal a caminar, piensa un poco, cualquier cosa.

—No, está bien, puedo tocar más.

—No, insisto. Ve.

—Bueno, gracias entonces, Ogawa-san.

—De nada —dijo Ogawa mientras lo empujaba ligeramente fuera del salón hacia la lluvia torrencial. Pero antes de irse, la mente de Aster se llenaba de curiosidad. Debatió si preguntarle o no. Si Ogawa no se lo había mencionado, entonces podría significar que no quería divulgar esa información, al igual que no dijo mucho sobre su padre. Ogawa era un hombre muy reservado y nunca hablaba de sí mismo con nadie. Producto de todos los años que vivió en secreto. Sin embargo, por puro impulso, Aster gritó su pregunta mientras comenzaba a distanciarse.

—¿Qué pasó con la mujer y el niño que ayudaste?

La sonrisa profunda de Ogawa era el ojo de una tormenta agitada. Esa sonrisa le demostró a Aster que no importa la vida que haya vivido, siempre hay una posibilidad de redención.

—Ella es mi esposa y él es mi hijo —gritó en respuesta, viendo como Aster desaparecía dentro de su propia tormenta.

***

Las calles secundarias estaban casi vacías debido a la lluvia torrencial esa noche. Aster caminaba bajo su paraguas negro, consciente solamente de la acera unos pocos pies frente a él. Las rejas negras lo alejaban de las calles estrechas, donde los charcos reflejaban la iluminación que provenía de los postes de luz y los carros. De vez en cuando, escuchaba salpicaduras y luego un *tic tic* continuo de las cadenas de las bicicletas que pasaban.

El crepitar de la lluvia se hizo más frecuente, a medida que los vientos ayudaban a las gotas de lluvia a esquivar el paraguas. La lluvia luchaba por seguir el ritmo del corazón de Aster, el cual nunca podría reflejar la tormenta en su interior, una tormenta que se hacía más grande cuanto más se aferraba a los árboles. Con esa motivación que había encontrado, su mente divagaba sobre qué podía hacer para salir de su caparazón.

A lo lejos, a la vuelta de la esquina, vio el resplandor de las luces de la ciudad esperándolo, tratando de agarrarlo y llevarlo hacia la interminable vida nocturna, donde la gente se da el gusto para olvidar y se olvidan para darse el gusto. Pero él se sentía más cómodo moviéndose por las callejuelas, donde estaba solo y nadie podía verle la cara. A los dos meses ya sabía cómo llegar a la estación a través de ellas. Debido a esto, casi nunca levantaba la vista del suelo y solo miraba

las salpicaduras que hacía con cada paso.

Aster estaba perdido en sus pensamientos. Daba un paso con la pierna derecha y luego con la izquierda, luego nuevamente con la pierna derecha y la izquierda, hasta que ya no pudo más. Muy tarde, vio a una mujer agachada bajo su paraguas. Se estaba volviendo a poner el zapato. Por los gruñidos que hacía, parecía como si el tacón de su zapato se hubiera roto. Su impulso distraído empujó a Aster hacia adelante, y tropezó con ella, cayendo de cara sobre el cemento húmedo.

El lado izquierdo de su rostro se entumeció en un instante. El dolor latía como lo haría su sangre. Notó el sabor de la suciedad en el interior de su boca y tardó unos segundos en reaccionar. Su visión estaba borrosa, no por la caída, sino por la lluvia que seguía cayendo en su rostro.

—Lo siento mucho, señor —dijo la mujer, cojeando rápidamente con su zapato sin tacón hacia él. Comprobando si tenía alguna herida, le pasó la mano por la mejilla izquierda. Lentamente, pasó el pulgar por los leves rasguños y trató de limpiar la suciedad, como si esperara una reacción de él. Pero parecía que estaba demasiado entumecido para reaccionar, o tal vez todavía estaba sacudido—. ¿Estás bien? ¿Puedes moverte?

—Estoy bien. No te preocupes —dijo, presionando sus ojos para arreglar su visión borrosa. Ahora todo lo que podía ver era el rostro de la mujer que, a causa del poste de luz, estaba cubierta por una sombra. Su cabello oscuro caía hacia abajo como si la estuviera protegiendo de la luz.

—¿Está seguro? Parece ser que caíste de cara. —Se rio, pero se esforzó para contenerse—. Lo siento. Eso no es gracioso.

—Está bien. Es mi culpa por no prestar atención. —Empezó a ponerse de pie. Agarró su paraguas ahora torcido y pasó su mano rápidamente por su abrigo.

—No, es porque mi estúpido tacón se rompió. Son viejos. Sabía que llegaría el día ...

Una vez que dejó de intentar secar su ropa, se enfrentó a la mujer a la que secretamente deseaba agradecer por despertarlo de su mente maldita, aunque lo había hecho dolorosamente. Pero una vez que levantó la cabeza, vio que sobre la blusa levemente crema y el collar de orejas de perro descansaba cabello negro con matices cenicientos. Vio que bajo el paraguas transparente que sostenía en su hombro, su joven rostro de alabastro contenía ojos oliváceos. Y su sonrisa cuando se rio fue tan profunda y pura como la que él vio debajo de los árboles de cerezo y los fuegos artificiales.

—¿Me dejarías desinfectar eso? Mi casa está a la vuelta de la esquina. No querrás que esos rasguños se infecten.

—Oh, no tienes que preocuparte por eso —dijo, en contra de su propia voluntad.

—Por favor, insisto.

Su rostro aún evidenciaba su conmoción al encontrarla frente a él. Trató de disimularlo con el dolor que tenía, pero solamente pudo recurrir a un simple asentimiento.

La siguió a la vuelta de la esquina, incapaz de pronunciar una sola palabra. Se detuvieron a unas seis casas a la derecha. Una casa ordinaria, con una valla de metal blanca. El resto de las casas alrededor también se veían iguales. Si no es contando las casas, nunca se sabría cuál era la suya. Subieron los escalones hasta su porche, donde ella señaló una silla, diciéndole que esperara mientras recogía lo que necesitaba.

Como un soldado entrenado, siguió sus instrucciones, esperando bajo las luces del porche cubiertas por mosquitos que se consentían con la luz blanca y reluciente. Las cigarras cantaban

su melodía reverberante, en busca del calor dentro de la tarde fría.

Después de unos minutos, la mujer salió con unas sandalias verdes, de esas que debe haber tenido desde su juventud. En sus manos, sostenía un cuenco con lo que parecía ser agua fría, y una toalla. Debajo de su brazo había algún tipo de crema.

Le indicó que pusiera su silla mirando hacia la de ella, donde su sombra no impidiera que la luz lo acariciara. Se disculpó por no tener ropa adicional que él pudiera ponerse. Aunque su camisa no sufrió ningún daño debido a su abrigo, sus pantalones estaban algo mojados. Con la mano, agarró la toalla empapada y exprimió lentamente el exceso de agua en el recipiente. El agua burbujeó cuando golpeó su contraparte, nuevamente tomando la forma del cuenco.

La mujer se inclinó más cerca. Lo suficientemente cerca como para que pudiera escuchar el corazón de Aster golpeando en su pecho mientras trataba de encontrar los medios para escapar de su cuerpo. Pero parecía estar demasiado concentrada en su tarea. Al parecer, esta no era la primera vez que lo hacía. Pasó la toalla fría sobre sus heridas, dibujando un círculo y poco a poco trazando hacia afuera, presionando lo suficiente para limpiar el área, pero no lo suficiente como para causarle dolor.

Los ojos de Aster no pudieron encontrar un lugar para esconderse. Luchaba por mirarla, pero estaba demasiado nervioso para hacerlo. No estaba preparado para este encuentro. Ella se inclinó más cerca para no perturbar la luz que brillaba en sus arañazos.

Fue allí donde cayó bajo su hechizo.

Sus ojos que miraban desesperadamente hacia otro lado centraron su visión, los constantes latidos en su pecho cayeron en una profunda calma, y los miles de pensamientos en su mente formaron una línea y pasaron uno por uno. Su aroma delicado había causado esto. Había hecho que él mirara su clavícula elegantemente definida, percatándose de como se elevaba lentamente mientras ella controlaba su respiración. Su aliento exhalaba un aroma reconfortante que lo transportaba a una playa que nunca había visto, donde el viento acariciaba sus brazos y piernas con partículas de arena y el sonido de las olas batiendo le daban una sensación de armonía.

La lluvia fuerte amainó, y ahora solo los restos del paso de una tormenta atravesaban el cielo. Al mismo tiempo, el sonido de los coches desvanecidos pasaba por la calle mojada frente a su casa con más frecuencia.

Terminó de limpiarle la herida decepcionante de su cara, y le secó la cara antes de comenzar a ponerse la crema. Aster se estremeció en el momento en que la crema tocó su rostro. El ardor constante fue suficiente para ayudarlo a definir la forma y la longitud de cada uno de los rasguños en su rostro, que, sinceramente, no eran muchos.

—Lo sé —dijo con calidez y suavidad—. Duele, pero curará los rasguños de inmediato.

Quería preguntarle cómo sabía eso y cuántas veces lo había hecho antes de poder hacerlo de forma tan mecánica. Pero su mente solo podía permitirle asentir.

—Todo listo —dijo, aplaudiendo una vez, felicitándose a sí misma.

Aster se puso de pie inmediatamente, luchando por encontrar las palabras para agradecerle. Su mente, alejada del aroma evocador, comenzó a divagar con un millón de pensamientos otra vez. Y todo lo que quería preguntar desde el momento en que la vio por primera vez inundó su mente. Pero no encontró forma de preguntarle. Probablemente ella ni siquiera lo recordaba. Y así, por primera vez, meneó su cabeza y expulsó un millón de pensamientos con un fuerte temblor. Finalmente preguntó lo que realmente quería saber.

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

Lo que a él le pareció lo más difícil, para ella era una pregunta común y corriente. Inclinó la

cabeza ligeramente y una sonrisa se produjo en sus labios. Sus ojos se estrecharon como si sus labios tuvieran hilos que apretaban sus ojos cada vez que sonreía. Notó que los ojos que, en la oscuridad, siempre parecían aceitunados, eran más claros bajo la luz, inclinándose más hacia un verde con motas amarillas.

—Por supuesto —dijo—. Mi nombre es Hajime Azumi. Encantada de conocerte.

—Soy Eurass Aster. Gracias por hacer esto, de verdad. Aunque no era necesario. Creo que la gente aquí es más amable de lo que pensaba.

Produjo una risa, rascándose la cabeza mientras su mirada comenzó a divagar. Se estaba pateando a sí mismo por no actuar con naturalidad cuando le hablaba. Estaba confundido por el remolino en su estómago y los constantes latidos en su pecho.

—De todos modos, lamento mucho haberte empujado cuando tropecé.

—Oh. No hay necesidad de pedir perdón, Eurass-san. Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Solo te queda un lado bueno. ¿O quizás puedas igualarlo cayendo del otro lado? De esa manera, parece que normalmente tienes las mejillas hinchadas.

Volvió a reírse, tratando de ocultar el suave resoplido que hacía su nariz cuando trataba de contener la risa. Estaba un poco avergonzada por eso, pero su rostro no se sonrojó lo suficiente como para notarlo.

Estuvieron en silencio por lo que pareció ser una hora, escuchando el canto de las cigarras. Los pájaros batían sus alas cuando llegaban a sus hogares después de un largo día de trabajo. Sus ojos se evitaban en un juego de '¿quién será el primero en encontrar al otro?'

—Bueno, debería irme. Antes de que vuelva a llover fuerte. Gracias de nuevo, Hajime-san.

Agarró su paraguas torcido y colocó el eje doblado de una manera que lo protegería de la lluvia ligera. Sin esperar una respuesta, comenzó a caminar. Su corazón y su mente aún no se habían adaptado a los eventos actuales. Todavía estaba sincronizado a los eventos de hace una hora cuando la vida al menos no estaba llena de sorpresas.

Comenzó a bajar los escalones, salpicando agua que le humedecía la parte inferior de los pantalones. Pero había algo que estaba olvidando. Su mente comenzó a despertar de su letargo para tratar de encontrarlo lo más rápido posible, pero como un niño aprendiendo a gatear, fue demasiado lento. Afortunadamente, su incapacidad fue recompensada.

—Oye —dijo en voz baja, como si esperara que él no la escuchara. Pero cuando se dio la vuelta, supo que no había vuelta atrás.

—¿Te gustaría tomar un té? —ella preguntó.

VI

Una vez más, el cielo dejó caer sus lágrimas en una lluvia de histeria y angustia, dejando las calles vacías, como un baldío donde solo viajaban los más valientes o los más desesperados. Dentro de una cafetería, justo en la esquina de la calle comercial, la gente vivía sin darse cuenta del exterior. Era como si los vientos no soplaran y la lluvia no cayera. Sin embargo, esto no era cierto. Los raudales de la lluvia eran constante en las ventanas, provocando tempos que caían bajo el sonido de los granos de café gratinándose, liberando un aroma amaderado y ahumado, confundiendo el ritmo del tintineo de los cristales cuando se volvían a colocar los jarros de café en los estantes detrás de las máquinas de café expreso.

La pequeña cafetería no parecía tan pequeña, aunque todas las mesas estuvieran llenas. Esto porque su techo dejaba al descubierto su esqueleto mientras iluminaba la tienda con luces fluorescentes. Solo los cuernos de un alce y una pizarra con garabatos decoraban las paredes color arena.

—Esta es una de mis cafeterías favoritas —dijo Azumi, guardando su paraguas junto a la entrada—. Las hierbas para el té siempre son frescas. Ah, y no me hagas hablar de su café. También es exquisitamente bueno.

En el rincón más alejado de la tienda, vieron como una pareja se levantaba de una mesa junto a la ventana que crujía con la lluvia. Azumi no tardó en conseguir la mesa, y con solo una mirada al barista detrás del mostrador, pidió té para ambos.

Se sentaron uno frente al otro. A Aster le costaba mirarla a los ojos y empezó a buscar refugio en las pequeñas grietas de la mesa marrón y crema.

—Jum —dijo—. Sabes, los extranjeros tienden a no callarse cuando visitan a Japón. Especialmente los que hablan tan bien japonés como tú.

Lo miró directamente, intimidando sus ojos con su mirada amistosa. Aster solo pudo enderezarse, evitando rápidamente el acecho.

—Lo siento —dijo—. Nunca he sido de hablar mucho.

—Oh, está más que bien. Pareces del tipo que habla por otros métodos. Como a través de tus ojos o tus tics.

—Lo dudo. Siempre me han descrito con una cara aburrida o seria.

—¿No sería eso todavía una expresión? Una forma de mostrar lo que hay dentro, en cuyo caso, sería aburrido o serio.

—Supongo que sí.

El barista le trajo a cada uno una taza de té, despertando sus narices con un olor cálido y seco. Los toques de té verde los cubría con una brisa cálida.

El barista le sonrió a Azumi y la saludó—. Hace un tiempo que no nos visitas —dijo.

—Eso no es cierto —respondió, de una manera amistosa, pero juntando las cejas mientras movía la nariz—. Estuve aquí hace dos días. Simplemente no estabas trabajando.

—Sí, sí, claro. Asegúrate de pagar el té antes de irte esta vez.

—¡Eso fue solo un accidente!

Se fue, pero no sin dejar a Azumi con las mejillas hinchadas y la cara nerviosa. Parecía que no le gustaba que la interrogaran.

Una vez se enfrentó a Aster, su expresión había cambiado por completo. Su sonrisa se hizo más profunda cuando comenzó a ponerse el pelo detrás de las orejas, mirando su té e inhalando el fuerte aroma. Aster no sabía cómo ocultar sus ojos brillantes. No se había dado cuenta de que detrás del vapor que liberaba su té, sus ojos relucían al verla.

—De veras fue solo un accidente.

Tomó un sorbo de su té. Con ojos distraídos, dijo: —Te creo.

—Bueno, volvamos a nuestra conversación. ¿Crees que tienes una expresión aburrida? —preguntó, sosteniendo su té con ambas manos mientras le robaba un sorbo.

—Yo mismo lo he visto en el espejo.

—Hm, quizás porque tienes la intención de verlo. Porque yo no lo veo. —Se inclinó sobre la mesa para inspeccionarlos de cerca, pero él trató de evadirla—. Tus ojos parecen más… cansados de algo. Pero todavía puedo ver su brillo. Sabes, los espejos son mentirosos por naturaleza. Solo te muestran lo que quieres ver. Así que basar tu opinión en tu reflejo no te llevará a ninguna parte.

Casi parecía que Azumi nunca dejaba de sonreír. Su mirada nunca era tímida o cerrada, pero su cuerpo a veces lo era. Sus movimientos eran cortos y reservados, y sus manos siempre estaban juntas.

Nadie hablaba de la apariencia o mirada de Aster. Siempre eran bastante intimidantes y parecía ser inaccesible. Escuchar que los ojos que despreciaba tenían un brillo en ellos fue demasiado sorprendente para él.

—¿Y los míos? —preguntó, sentándose nuevamente.

—¿Qué de ellos?

—¿Los míos tienen una expresión aburrida? ¿Seria?

—Claro que no. —Era lo único que podía responder sobre la marcha. Sabía que nunca mostraban una expresión aburrida. Su mirada era demasiado intensa y profunda, pero ponerlo en palabras resultaría muy difícil. Había esperado que esa respuesta fuera suficiente.

Azumi tenía otros planes. —¿Eso es todo lo que tienes? —dijo, limpiando los restos de té en su labio superior.

—Perdón.

—Pides perdón demasiado.

Aster miró hacia abajo con una sonrisa disgustada.

—Si quieres decir algo, inténtalo. Aunque pienses que las palabras no tendrán sentido cuando salgan. —Esperaba su opinión. A ella no le importaba el veredicto, sólo las palabras que él elegiría. No para juzgarlo por ellas, sino porque ella veía la lucha. Esperó por un tiempo. Bebiendo pacíficamente su té, sin apresurar la pelea dentro de su mente y permitiendo que se resuelva por sí sola.

—¿Tengo que hacerlo? —Se rio nerviosamente.

—Sí —dijo y siguió bebiendo su té.

—Está bien.

Pasó un minuto.

—Tus ojos se encienden cada vez que hablas —dijo finalmente. Había utilizado toda su fuerza y toda su fuerza mental para siquiera estructurar esa frase. Su cuerpo quería levantarse y huir de la vergüenza, pero era algo diferente que nunca le permitía expresar lo que sentía. Sin

embargo, de alguna manera, ella le traía tranquilidad.

Se relajó un poco y aclaró su garganta, sin apartar la mirada de su taza de té dijo: —Es como si tus ojos fueran los que hablaran. Una vez sonríes o te ríes, el amarillo en ellos brilla como si fuegos artificiales estallaran en su interior. Nunca podría decir que tus ojos tienen una expresión aburrida o seria. Para mí, son todo lo contrario.

Sus palabras la alcanzaron, más profundo de lo que jamás hubiera imaginado, tirando de su corazón como si nadie se hubiera percatado de lo que él sí se había dado cuenta. Hubiera sido difícil no mostrar cómo sus mejillas comenzaron a ruborizarse. Cómo sus manos apretadas se escondieron debajo de la mesa de manera deliberada, mientras sus piernas se cruzaron instintivamente.

—Ves —susurró—. Nadie con una expresión como la que dices que tienes podría haber dicho palabras tan hermosas. —Se sentó con la espalda recta sin poder mirarlo a los ojos—. Eres mejor con ellas de lo que crees. Para mí, es al revés. A veces digo demasiado y luego me meto en problemas por eso.

—¿Qué tipo de problemas?

—Demasiados para contar. Una vez me metí en este esquema piramidal porque monologué sobre mis problemas con mi jefe. Nos estaba reduciendo el salario casi a la mitad debido a un problema con un caso. Bueno, no a todos, pero yo era uno de ellos. Creo que fue porque lo había negado en nuestra fiesta de Navidad hace unos meses, pero estaba muy borracho y sudoroso. Además, nunca saldría con alguien con quien trabajo. Especialmente en un bufete de abogados. Eso solo crea más problemas. Bueno, de todos modos, estaba despotricando sobre eso con un viejo amigo de la escuela secundaria a quien no había visto en años. Desde que nos graduamos, en realidad. Él era un buen amigo mío en ese entonces. Bueno, aprovechó la oportunidad para contarme sobre un negocio en el que estaba trabajando. Continuó con un monólogo de treinta minutos sobre cuánto ganaría y qué tenía que hacer. Sinceramente, nunca he creído en ese tipo de negocios, siempre es lo mismo, por mucho que intenten decirte que no lo es. Pero después de hablar por casi una hora, me resultó increíblemente difícil decirle que no. Compartir demás me costó alrededor de 200,000 yenes.

Respiró hondo. —Me acabo de dar cuenta de que compartí demasiado de nuevo. Lo siento.

—No hay necesidad. Entonces, ¿trabajas en un bufete de abogados?

—Trabajaba. Soy abogada defensora penal. Ahora mismo estoy entre trabajos, supongo. —Sus gestos se volvieron más cerrados.

—Nunca lo hubiera imaginado.

Sus ojos se clavaron en los de él y luego se dirigieron hacia abajo.

—No, no quiero decir nada con eso. Yo sólo... quiero decir, nunca he...

La risa de Azumi explotó de sus apretados labios.

Aster se aclaró la garganta. —Entonces, ¿ganaste dinero con este esquema piramidal?

—Por supuesto que no —se rio—. Solo alguien como yo cae en esa trampa. Y todavía es el día que no me cruzo con alguien más así.

—Deberías probar conmigo. Tampoco creo que pueda decir que no.

Un jadeo exagerado. —¿Estás coqueteando conmigo? —preguntó mientras deliberadamente ampliaba sus ojos.

—Oh, no —dijo, casi derramando su té cuando accidentalmente golpeó la mesa con el puño —. Yo— yo no quise decir eso. Me refería a que también es difícil para mí decirle que no a la gente.

La cafetería se quedó en silencio por un segundo con su declaración. Azumi trató de ocultar su bufido una vez más cuando se rio. Fue un intento ambicioso cuando notó que el rostro de Aster se ponía más rojo en cuestión de segundos.

—Sólo estoy molestándote. Pero no es que me cueste decir que no. Es difícil decirle que no a alguien a quien molesté con mis problemas.

—Entonces, ¿crees que acabaste contestando que sí porque era alguien que conocías?

—No, es más como una inseguridad mía. Es como si mi mente no quisiera molestar a la gente y cuando lo hago, me siento obligada a cumplir con ellos. Realmente no sé cómo explicarlo.

—Creo que entiendo.

El crepitar de la ventana se había calmado al mismo tiempo que el café comenzó a vaciarse. La gente empezó a habitar las calles una vez más, continuando su vida, sin darse cuenta de los cambios que había producido la lluvia torrencial; eventos que habían sido interrumpidos por la lluvia. Fueran alegres, lamentables o mundanos. Por ejemplo, la oportunidad que pudo haber tenido alguien para conocer al amor de su vida. Un hombre que se había olvidado de comprar un paraguas y una mujer que había dejado el suyo hoy. O la comida en casa que se había enfriado. También el accidente que tal vez nunca hubiera ocurrido, si ese hombre no hubiera tenido tanta prisa, y a ese chico no le hubiera gustado su club extracurricular. Las historias cambiaron, pero todas pasaron desapercibidas. Nadie estaba al tanto de los cambios ocurridos. Porque la vida no narra los 'qué pasaría si...' Sin embargo, dentro del café, había vidas que también comenzaron a cambiar. ¿El cambio fue pavimentado por un tercero? ¿O era que ambos deseos eran paralelos?

Parecía que vacilaban con cada momento de silencio. La mirada cobarde de Azumi, sus manos que se apretaron debajo de la mesa y el té que lentamente se enfriaba frente a ellos casi insinuaba arrepentimiento, pero sobre todo timidez. Aun así, preguntó: —¿Crees en el destino, Eurass-san?

Sin darse cuenta de su comportamiento, respondió: —Trato de que no. Cosas así son demasiado triviales.

—¿Eso crees?

—Es simplemente algo en lo que realmente no he pensado.

—Bueno, yo creo que el destino es el vehículo que nos conduce por caminos inesperados que traen consigo diferentes obstáculos. Pero una vez que llegas al destino, eres tú quien decide a dónde ir. Entonces el destino toma el volante una vez más. —Hizo círculos con el dedo alrededor de su taza con la mirada caída. Su mirada animada se había apagado una vez más, y la sonrisa que había cubierto su rostro una vez antes estaba apretada entre sus labios—. Creo que fue el destino lo que me guio a *El Escondite de la Arpía* el día de tu debut. Y también fue el destino lo que te hizo tropezar conmigo esta noche.

Los ojos de Aster se agrandaron. Se quedó congelado en el mismo lugar. Su pecho latía tan fuerte que el sonido reverberante abrumaba sus oídos. Estos sentimientos hicieron que la confusión reinara en su mente.

¿Por qué sus palabras hacen que me duela el estómago? Mi pecho se aprieta al pensar en que me reconoce. Sus emociones chocaban y, sin embargo, no lo entendía.

—Lamento no haberlo mencionado antes, pero una vez que te vi, supe de inmediato que eras tú. Sin embargo, no creo que me recuerdes. El salón estaba lleno ese día.

—No, no. De hecho, sí te reconozco. Es solo que…

—Que no querías sonar como un canalla. Lo entiendo. Pero me alegro de que me recuerdes. Nunca había visto una interpretación tan maravillosa.

La mente de Aster actuaba como una máquina expendedora rota, lanzándole todas y cada una de las preguntas que había querido hacerle a la vez. Se sentía abrumado por estas emociones. El cosquilleo alrededor de su piel casi le hizo querer reír, pero el dolor en su pecho le hizo querer irse de inmediato. Quería saber por qué lloraba aquella noche. Quería saber por qué se había ido y por qué cada vez que inconscientemente se enfoca en sus ojos, se pone un poco lloroso. ¿Por qué para él ella lo entendía esa noche?

—¿Te gusta la música instrumental? —Fueron las palabras que salieron de él.

—Me gusta, aunque realmente nunca lo escuchaba —dijo, estremeciéndose como si hubiera estado esperando esa pregunta—. Pero después de verte tocar, parece que no puedo dejar de escuchar ninguna canción con un piano. Me conmoviste mucho tocando solo algunas notas. No pude evitar sentir lo que sentías.

Hizo una pausa y luchó mentalmente por continuar o no. Decidió hablar: —Sé que esto puede sonar extraño, pero sentí que te conocí mientras tocabas. Cada sonido se sintió como si me hablaras, y se sintió tan genuino. Todavía se siente como si hubiera sido ayer. Espero que no te ofendas, pero ¿estabas triste? Parecía que estabas haciendo todo lo posible por escapar a través de la canción que tocabas. Como deseando que pudiera llenar el agujero que sentías que tenías. Lo siento, estoy fuera de lugar al asumir que así es como te sentías. Simplemente sentí que nuestras emociones se conectaron de alguna manera. Tal vez sea solo yo. En ese momento estaba en un mal lugar.

¿Cómo? No sé cómo responder a eso, pensó.

—Yo-

—No es necesario que respondas. Estuve fuera de lugar.

Pasaron los minutos y ninguno dijo una palabra. Ambos tomaban sorbos de té de vez en cuando como para aliviar el silencio, pero la tensión aumentaba y ambos podían sentirlo.

—¿Te está gustando tu té? —ella preguntó.

—Sí. Por lo general, me gusta más la raíz de valeriana, pero este té verde tostado me hace dudar de mis preferencias. Es muy diferente de lo que normalmente me gusta. El sabor es... atrevido. Si eso tiene algún sentido.

—Sí! Es atrevido pero suave al mismo tiempo. Es mi favorito. Sé que tienen muchas otras opciones, pero si me decido comprar algo diferente, una vez que llego aquí, termino a merced del té verde tostado.

Su expresión melodramática mientras miraba hacia arriba con desesperación fue suficiente para hacer que la voz dentro de Aster se precipitara hacia arriba y se echara a reír como si ella hubiera encontrado su lugar cosquilloso secreto y explotado su respuesta desesperada. Su voz se sintió libre de las cadenas con las que el monstruo inexpresivo dentro de él la había atado.

Se abrió diciendo: —Te entiendo. En Nueva York hice lo mismo con la raíz de valeriana. Después de que lo probé una vez, desarrollé una dependencia del sabor. Se podría decir que esta es la primera vez que pruebo uno diferente. —Pero una vez dicho, su mente procesó las palabras que podrían traerlo de vuelta a su yo anterior. Los recuerdos resultaron ser un gran peso en su espalda. Nueva York era una ciudad que deseaba olvidar desesperadamente. Su estado de ánimo volvió a apagarse y comenzó a juguetear con sus dedos. El drástico cambio no pasó desapercibido. Habría sido difícil.

—Mentiroso —dijo.

—¿Yo?

—¡Sí! No hay forma de que no hayas probado nada más que la raíz de valeriana hasta ahora.

En especial cuando realmente no puedes encontrar raíces de valeriana aquí. —Solo se necesitaron esas simples palabras para sacarlo del agujero en el que cayó. Su sonrisa y el brazo que había extendido sobre la mesa para apoyar su cabeza le dieron las herramientas para salir.

Era la verdad; Aster había desarrollado una adicción. Fue hasta el punto en que los estantes de su cocina se llenaron de innumerables cajas de té de valeriana. Había establecido un sistema en el que las cajas nuevas irían al fondo y las más viejas al frente, asegurándose de que nunca se dañaran.

Azumi se rio entre dientes ante el hecho sorprendente, pero no pudo juzgarlo, ya que ella era culpable de hacer lo mismo. —Tengo un estante donde solo guardo té verde para cuando quiero —dijo—. Aunque nunca podré hacer que sepa tan bien como el de aquí.

—Apuesto a que el tuyo sabe muy bueno —dijo Aster como para apaciguar su comentario de autocrítica.

Pero Azumi, tratando de evadir el aburrido y monótono debate de si su té, que él nunca había probado, sabía mejor que el que estaban bebiendo, dijo: —Estoy más interesado en verte haciendo un buen té.

—El té es solo agua caliente y hierbas. ¿Estás asumiendo que soy malo en la cocina?

—Bueno, ¿lo eres?

—Bueno…

—Ves —se rio disimuladamente. Sus ojos comenzaron a brillar justo en ese momento. No tenía conocimiento de ello; no había sido su intención.

Aster tenía la intención de notar el ligero brillo que emitían sus ojos cuando agitaba sus pestañas levemente rizadas. Pero algo le dijo que una vez que se entregara a su belleza, la guerra se perdería y él permanecería arrodillado sin nada más que dolor de estómago y un mal pulso.

—Es solo porque mi compañero de piso es chef —dijo—. Así que nunca necesito cocinar. Sin embargo, soy un gran lavaplatos.

—Apuesto que sí. —Su sonrisa maliciosa se impregnaba.

La tienda estaba en su fase inicial para cerrar. Los baristas comenzaron a limpiar algunas de las máquinas de café expreso. Los clientes restantes comenzaron a irse y se bajó la música. Aster y Azumi habían terminado con su té y ya habían saciado su deseo de tener una conversación significativa. A pesar de que, por sus expresiones, parecía ser que ninguno de los dos quería ser el que mencionara que era hora de irse.

Tomó algún tiempo, pero finalmente, Azumi habló cuando vio que la luz en el mostrador de postres se apagaba.

—¿Deberíamos empezar a regresar? Ahora que la lluvia se ha calmado.

—Sí. Deberíamos. Déjame acompañarte a tu casa.

—No, no es necesario. No me gustaría que la lluvia te atrape con tu paraguas torcido.

—Si no te molesta.

—No me molesta. —Ella sonrió alegremente.

Afuera, las calles estaban animadas con gente corriendo a casa debido al tiempo perdido por la lluvia torrencial. Ya no había necesidad de paraguas.

Un grupo de adolescentes pasó junto a ellos, riéndose de una broma que uno había hecho. Pero esa broma se volvió insignificante cuando pasaron junto a Azumi. Sus rostros se pusieron nerviosos al verla. Caminaron más rápido avergonzados. Cuando les sonrió, sus vidas debieron sentirse como si hubieran alcanzado un hito. Aster se dio cuenta. Ella lo miró con una sonrisa más brillante. Una sonrisa que involuntariamente se reflejó en su rostro. Estaba ardiendo. Lo

suficiente para hacer que Azumi se sonrojara y se alejara de él.

—Entonces, ¿cuándo tocas? ¿Tocas en otros lugares?

—De miércoles a domingo, pero a veces no toco los sábados. Y no, solo toco en *El Escondite de la Arpía*. Quizás... puedes pasar por allí alguna vez.

—¡Sí, por supuesto! No puedo esperar a volver a escuchar tu música.

—Entonces me aseguraré de estar al tanto de la multitud —dijo como si no los estuviera mirando todas las noches.

Azumi se dio la vuelta, haciendo que su cabello bailara a su ritmo. Alejándose, inclinó la cabeza ligeramente, mirando hacia atrás. —Te veré pronto... Aster-kun.

Esas palabras resonaron en su mente por lo que pareció una eternidad. El tono suave y la sutil sonrisa de ella vivirían en su mente para siempre. Y ahora, nunca olvidaría lo que lo hizo sentir una confusión que nunca antes había sentido.

Sustancias se precipitaron a través de su cuerpo, causando euforia y alegría. Debilitó todo su cuerpo, convirtiéndolo en materia líquida. Sus nervios se detuvieron y su corazón latía como un músico de jazz saltando acordes teóricos. Nunca le deseó buenas noches. Solo miró, asombrado, a la mujer que le dio la voluntad de sonreír por primera vez.

VII

Érase una vez un hombre pequeño y desagradable. Era el tipo de hombre que sería rechazado por ser un *Oni* (demonio) en tiempos feudales. Su espalda jorobada y su rostro plagado de acné lo ameritaba. Pero él no era un demonio, sino un hombre común al que le encantaba trabajar con zapatos. Se llamaba a sí mismo zapatero, pero no era zapatero porque no había nadie que le pidiera que les arreglara los zapatos. El pueblo le tenía miedo. El Oni del Bosque Colinado, le llamaban. Se decía que mataba a cualquiera que lo molestara con rocas, ya que los sedimentos harían que su cuerpo se deformara. Los niños con sus payasadas llegaban a la solitaria casa de piedra en el cerro, donde se encontraban, a través de la ventana, al jorobado que solo deseaba trabajar con zapatos. Algunos le arrojaban piedras, otros estaban demasiado asustados para hacerlo, pero al final, siempre caminaban colina abajo. Sin embargo, se mantuvo la leyenda del Oni del Bosque Colinado.

Érase una vez una mujer delgada y hermosa. Era el tipo de mujer que estaría dotada para el *shogun* en tiempos de guerra. Su largo cabello negro azabache y su rostro definido lo ameritaba. Sin embargo, no era un regalo, solo una mujer común y corriente a la que le encantaba explorar nuevos horizontes. Se llamaba a sí misma una aventurera, pero no era una aventurera porque sus horizontes siempre eran los que tenía a su alcance.

Yendo más allá de su horizonte, encontró el pueblito donde vivía el Oni del Bosque Colinado. Caminando por las calles principales, se encontró siendo advertida, incluso acosada, sobre la maldición que había caído sobre el pueblo. Hambruna, todo por culpa del *Oni* que vivía en cercanía. No estaba asustada, sino curiosa. Curiosa por ver si tal leyenda podría ser cierta. ¿Podría un demonio jorobado que le teme a los sedimentos vivir en una casa de piedra? ¿Podría ser que pudiera existir una criatura como esta? Quería averiguarlo. Y así, en una noche fría y lúgubre, empezó a subir la colina con antorcha en mano.

La noche nunca la aterraba; estaba acostumbrada a la oscuridad. Antes de atravesar las tierras, su vida estaba bajo un crepúsculo constante. Caminó y trepó la colina hasta que comenzaron unos gruñidos, justo antes del final del bosque. La única explicación que su mente pudo conjurar fue que el *Oni* no quería que se acercara. Pero una amenaza tan tacaña no sería suficiente.

No era un demonio, sino un gran jabalí que pisoteaba y piafaba, gruñía y gemía. Ella no tenía la fuerza para combatirlo, ni las armas para hacerlo. Huir era la única opción. Corrió tan rápido que sus zapatos de cuero comenzaron a romperse. Se tropezó y el jabalí cada vez se acercaba. Ella tomó esos zapatos rotos y se los tiró a la cara. En la confusión, logró escaparse.

Pero su curiosidad aún seguía insaciable. Quería conocer a este demonio al que todos los habitantes del pueblo temían tanto. ¿Era el gran jabalí su guardián? ¿Una mascota para mantener la paz en el bosque? Necesitaba saberlo. Y así, en el calor de un día soleado, volvió a subir la colina.

Subió y trepó hasta llegar al lugar donde se había encontrado con el gran jabalí. Ningún gruñido fue emitido dentro del bosque, ningún gran jabalí apareció de sus profundidades. En

cambio, en medio del sendero, estaban colocados sus zapatos. Ordenados y limpios, como nuevos. El cuero roto fue tratado y reparado. Junto a ellos, encontró uno de los colmillos del jabalí. No era un guardián, era una plaga que lentamente disminuía la vida del bosque con su grandeza.

Habían dejado los zapatos, pero nadie estaba allí para recibir el mérito por ellos. La mujer juntó las manos y dijo '*itadakimasu*' recibiendo humildemente el obsequio. Comenzó a escalar una vez más con sus zapatos recién arreglados hasta que llegó a la solitaria casa de piedra en la colina.

Estaba asombrada por lo que vio. ¿Cómo podría un *Oni* vivir en un lugar tan bellamente mantenido? Flores de todo tipo cubrían los jardines. Florecían camelias, violetas, sakurasous, asagaos, crisantemo, osmanthus naranja y cosmos. Algo sobrenatural estaba sucediendo, pues todas las estaciones vivían armoniosamente en el mismo lugar. La primavera, el verano, el otoño y el invierno florecían.

Gritó y vociferó hasta que no pudo más, pero ni un alma salió de la casa. Llamó a la puerta de madera, clamó hasta que no pudo más. Pero nadie se acercó a la puerta. Rindiéndose, gritó 'gracias' y comenzó a caminar. Sin embargo, el Oni del Bosque Colinado nunca había escuchado tales palabras. Era como si ella hablara otro idioma.

Asustado por lo que ella pensaría de su apariencia, se armó de valor y decidió salir. Pero la belleza no define la virtud. Ella lo vio, repleto de acné y encorvado, y sonrió, sabiendo que no era un Oni. Era simplemente un hombre. Un hombre incomprendido que por primera vez se sintió feliz cuando no estaba haciendo zapatos.

La llevó por la casa y le mostró su colección de zapatos. Cientos de zapatos de diferentes formas y tamaños, pero ninguno con dueño.

Se alegró, porque cuando decidió dejar su tierra natal, su verdadero objetivo era encontrar virtud.

Érase una vez un vagón andante. No muy grande pero robusto. Estaba lleno de zapatos y dos comerciantes ambulantes. De esos que viajan por las tierras donde incluso el *shogun* y sus *daimyo* tendrían que detenerse para pedir su servicio. La aventurera y el zapatero ahora viajaban por las tierras, más al norte de lo que nunca habían ido, sirviendo a los pobres, los ricos y los medios. ¿Qué pasó con la casa de piedra solitaria en la colina? ¿Volvieron a florecer las flores? La respuesta nunca será tan sencilla.

Esta historia nunca pudo ser escuchada como palabras pasajeras. Nunca se convertiría en una leyenda o una historia repartida. No era una historia concreta, sino una interpretación de los sonidos delicados y huecos que tocaba el piano. Los inevitables matices de indignación y de disgusto que, una vez a mitad de la pieza, el piano afrontó con calidez y tranquilidad. Era la creación más reciente de Aster.

Las articulaciones de sus dedos apenas podían soportar tocar una tecla más. En este momento, normalmente habría tomado un descanso, se habría tumbado en su cama mientras buscaba algo para castigar su pieza, o alguna excusa para destrozar sus hojas escritas. Pero ese día, solo tocó hasta que la pieza fue completada.

Para alguien que era bastante limpio, su habitación se había convertido en un desastre. Su cama estaba llena de papeles cubiertos de garabatos y notas y su suelo apenas se notaba bajo las botellas vacías de té verde, su nuevo tipo de té favorito.

No necesitaba un suelo despejado. Por días, su hogar había sido el taburete frente a su piano.

Desde la puerta llegó un sonido de golpes que le resultó demasiado familiar. Al menos tres

veces al día esos golpes hacían que su concentración fallara. La puerta se abrió y detrás de ella, repentinos jadeos llenos de sorpresa.

—Como que hay que hacer algo de limpieza aquí —dijo Tadashi con ojos sorprendidos—. ¿Te ayudo?

—No, está bien. Es mi reguero. ¿Qué pasó?

—Bueno, vine a ver si estabas listo para esta noche.

—¿Es esta noche? Perdí la noción del tiempo. Empezaré a prepararme después de limpiar, entonces.

Miró una vez más el piano y los muchos papeles manuscritos en los que había garabateado. Era su propia creación y, por primera vez, estaba satisfecho con ella. No porque la había terminado —había terminado muchas otras antes— pero porque la música que sonaba mientras presionaba cada tecla no fue desgarrada por el monstruo que vivía dentro de él. Se alegró de que el monstruo hubiera decidido quedarse dormido. Por primera vez, pudo tocar sin dudar de sí mismo.

Aster agarró los papeles garabateados que estaban en su cama y fue a tirarlos. —Gaste mucho papel esta vez, ¿no? —se dijo a sí mismo y se dio la vuelta.

El sonido del plástico aplastado fue fuerte.

Un fuerte retumbe.

Su cara se había plantado en el suelo.

—¿Qué pasó? —Tadashi se apresuró en regresar a su habitación.

Su pregunta fue respondida con gemidos de dolor.

—¿Otra vez? —La risa de Tadashi llenó la habitación—. Sabes, ella no está aquí para ayudarte a levantarte esta vez.

Aster estornudó. Una reacción de su cuerpo al golpearse la nariz. Haciendo caso omiso de las palabras de Tadashi, levantó el brazo en un intento de buscar ayuda, incluso cuando su rostro seguía mirando el suelo de madera.

—Te voy a ayudar —dijo Tadashi, extendiendo una mano amiga—. Pero no creas que te voy a limpiar si tienes alguna herida.

—No es como si quisiera que hicieras —dijo Aster. Su voz era igual de inexpresiva que siempre.

Tadashi miró hacia abajo, forzando una mirada afligida antes de decir: —Sabes, te he cuidado más que ella. No es mi culpa que no tenga esas cualidades que buscas.

—Preguntarme qué le pasó a tu paraguas y luego manipularme hasta que te contara sobre ella no es cuidar de mí, ¿sabes? Y no busco ninguna cualidad.

—Seguro que no, señor no puedo-dejar-de-hablar-de-sus-ojos-y-

—¡No he hecho tal cosa! —Aster respiró hondo—. ¿Sabes qué? Por favor, sal de mi habitación, tengo que limpiar. —Lo agarró por los hombros y comenzó a empujarlo.

—Pero... ¡Déjame ayudarte!

—No, gracias.

La puerta se cerró con un fuerte golpe. Aster ignoró sus mejillas ardientes cuando ella comenzó a dar vueltas en su mente. —Siempre me está molestando con esto —se susurró a sí mismo, pero ninguna sensación de enojo o disgusto surgió de esas palabras.

Después de ducharse, la habitación se humedeció. Cada vez que se bañaba, el vapor del baño se precipitaba dentro de su habitación, empañando la madera del piano y sus teclas como una llovizna mañanera sobre la grama. Lo miró y los recuerdos de un pasado que pensaba haber

olvidado hace mucho tiempo vinieron a él. Un Aster más joven, en una bañera, garabateando en el cristal empañado; los pequeños mensajes que escribía a veces y los dibujos que intentaba hacer, sin importar que no fuera muy bueno dibujando. La gente salía como figuras de palos y los animales tenían los mismos vientres y piernas, pero caras diferentes. Sin embargo, la imaginación de un niño debería tener la capacidad de convertir incluso los dibujos más simples en un mundo nuevo. Le sorprendía constantemente que esos garabatos nunca podían convertirse en un mundo propio. Nunca se movían ni sonreían. Nunca le traían compañía. Desde ese entonces, se sentía solo.

El repentino golpe de la puerta de Tadashi al cerrarse lo trajo de regreso, donde se encontró mirando la madera brumosa de su piano. ¿Qué pasaría si escribiera algo? ¿O tal vez dibujara algo? ¿Le haría sentir? ¿Le entumecería el estómago? Intentó. Pero no se le ocurrió nada. Se quedó mirando el piano un rato más. Tenía que haber algo que deseaba dibujar. Y así lo hizo. Dibujó una nota redonda y una nota corchea en el centro del piano. Su cuerpo no hizo nada, su estómago no empezó a dar vueltas, ni su corazón empezó a latir con fuerza. Su intento esta vez, una vez más, fue inútil. ¿Pero cuánto durarían esas notas bajo el piano brumoso?

Abrió la ventana neblinosa para dejar salir la congestión de su habitación. La noche parecía brillar como protesta contra la temporada de lluvias que había cubierto a Tokio en las últimas semanas. No llovería esa noche, por lo que las calles estaban melódicas y bulliciosas. Los sonidos de los carros, las campanas de las bicicletas, las cigarras vespertinas, los gatos peleando y el zumbido de las luces parecían estar impacientes. Aster no podía compararse, sin embargo, fue decisivo en que quería salir a la noche sin preparación y sin preámbulos. Simplemente se iría y pasaría tiempo con quienes lo acosaban por su compañía.

Después de vestirse con su atuendo habitual, que incluía pantalones negros, una camisa crema de algodón de manga larga y la gabardina negra que lo esperaba en la puerta de entrada, tuvo la tentación de sentarse una vez más al frente de su piano. *Si lo practico una vez más, no sería tan malo,* pensó. La verdad era que las articulaciones de sus dedos no podrían soportar otra sesión de práctica. Necesitaba descansar.

Parecía que el vehículo del destino no le permitiría hacerse daño en las manos, demostrado por la repentina entrada de Tadashi a su habitación. Aunque siempre tocaba la puerta, esta vez no lo hizo. Sus ojos parecían desvanecidos por ansiedad.

—Hubo un malentendido —dijo—. ¿Recuerdas que te dije que era a las ocho y media? Parece ser que fuimos los únicos en pensar eso. El resto dijo que era a las siete y media que se suponía que nos encontráramos. Eso nos da exactamente diecisiete minutos para encontrarnos con ellos en Shinjuku.

En el tiempo que había vivido con Tadashi, había aprendido sobre su obsesión por estar en los lugares a tiempo. —No es cuestión de orgullo —decía. Pero definitivamente lo era.

Aster podía haber respondido diciendo: —No me asustes así. La próxima vez, intenta ser menos dramático. —Pero una frase como esa no era algo que Aster pudiera comprender. El miedo era un concepto muy abstracto para él. En cambio, replicó las reacciones que Tadashi le acababa de mostrar. La misma aflicción, la misma angustia y el mismo apresuro. Ambos salieron corriendo por la puerta como si el apartamento se hubiera incendiado. Aster nunca se dio cuenta de que su ventana se había quedado abierta y que el piano desempañado había borrado la nota redonda. Solo quedaba la mancha de la nota corchea.

***

—Un poco más y no llegan —dijo Shingo, sabiendo que eso molestaría a Tadashi.

—¡No es mi culpa! Probablemente ustedes cambiaron la hora —dijo con un ojo tembloroso.

—¡Ah! Vamos, Tadashi —dijo Ryo, poniendo violentamente su brazo alrededor de él. Por su rostro rojizo y sus movimientos algo letárgicos, parecía que había empezado a beber antes que ellos—. Lo bueno es que estás aquí. No es como si estuvimos esperando mucho—. Con un cuerpo tan alto y un físico en forma, era sorprendente que Ryo no sabía controlar su alcohol.

Tan pronto entraron, un fuerte: —¡Bienvenidos! —se escuchó detrás de la barra. La mujer con su yukata rosa claro hizo una reverencia y sonrió excesivamente. Dos personas estaba bien, pero cinco personas bebiendo y comiendo en su pequeño bar era suficiente para hacer el dinero de la noche. Pequeño era un eufemismo, ya que nadie más podía caber dentro de la barra una vez que estaban todos ellos allí.

Shinjuku era un distrito de Tokio dedicado a la vida nocturna, rodeado de clubes nocturnos animados, salas de karaoke y bares y restaurantes de hoteles de lujo. Era un lugar para que turistas y adultos jóvenes se entregaran a lo que la noche tenía para ofrecer. Debido a la noche tan clara, Shinjuku estaba excesivamente lleno. Pero no fue por eso por lo que decidieron ir a un bar en la calle, simplemente lo preferían. Después de sus días de trabajo tan ajetreados, poder sentarse y relajarse con una bebida mientras hablaban entre amigos era más cómodo para ellos que los clubes que maltrataban sus oídos e inducían el sudor. Para Aster, esto fue un alivio.

—Por Hina —todos brindaron cuando el sonido de los vasos tintineando resonó en la pequeña barra. La torpeza de Ryo hizo que la mayoría de sus bebidas salpicaran y se derramaran un poco. Su risa y su sonrisa fueron como una disculpa.

Parecía que el tiempo no se movía dentro de ese bar de callejón. Lo que se sentía como treinta minutos eran en realidad quince, y lo que se sentía como una hora eran treinta minutos. Quizás el alcohol había ralentizado el tiempo. O tal vez la noche parecía más lenta porque la mente de Aster no estaba tan abarrotada. Lo que era real era que con cada conversación que pasaba, Aster se sentía parte de ella.

—Hina-chan, ¿cómo te sientes con todo esto? —preguntó Tadashi.

—Es un poco abrumador. Nunca pensé que me recomendarían así. Pero me da un poco de miedo ya que ustedes no estarán allí.

—Pero una *sous-chef*, Hina-chan —dijo Ryo en voz alta—. Esto es lo que querías, ¿verdad?

—Sí…

—Todavía será estresante para ella —interrumpió Shingo—. Sabes lo tímida que puede ser Hina.

—Hina estará bien —dijo Tadashi bajo el burbujeo de la cerveza que estaba bebiendo—. ¿Verdad, Aster?

Todo este tiempo Aster simplemente estaba escuchando con los ojos mirando hacia la parte trasera de la barra. Desde fuera, cualquiera pensaría que era un extraño para el grupo de amigos que se enfrentaban entre sí. A la llamada de Tadashi, Aster reaccionó como se esperaba: con los labios en una línea horizontal. Pero las palabras que murmuró: —Creo que serás muy buena en una posición de autoridad, Fujita-san —fueron dichas con confianza.

—Puedes llamarme Hina, Aster-kun —respondió. Su rostro se sonrojó con una sonrisa tímida.

—¿Qué estás haciendo ahí actuando como un extraño? —dijo Ryo—. Ven y únete al círculo. —Señaló a Shingo—. Tú, muévete un poco hacia un lado para que pueda mover su silla.

—Tengo un nombre, ¿sabes? —dijo Shingo, moviendo su silla.

Ryo miró hacia abajo como si ocultara lo que realmente quería decir. —Sí, bueno…

—No empieces, Ryo —dijo Tadashi—. Juro que ustedes dos son como una pareja casada.

Aster se sentó entre Shingo y Tadashi, donde directamente frente a él estaba Hina sentada con su bebida en la parte superior de sus muslos mientras sus dos manos la abrazaban. Ella le dirigió una suave sonrisa, notando que sus ojos se habían encontrado.

Aster respondió con una sonrisa propia. Una con los labios cerrados.

Era nueva esa sonrisa. Le tomó por sorpresa cómo su mirada le apuntaba. Ahora, sus oídos se sentían cálidos y sus ojos buscaban refugio lejos de su sonrisa. Hina ni siquiera había escuchado la discusión que surgió sobre el comentario de Tadashi. Ryo se había puesto nervioso con solo pensarlo. Sin embargo, todo pasó como un tren a alta velocidad en su mente.

—Así que ahora que te has unido a nosotros —dijo Tadashi, poniendo su brazo alrededor de él—. Aster ha estado trabajando en música nueva.

—¿Sí? —preguntó Ryo—. Aster, realmente quiero escuchar lo que tienes.

Aster asintió.

—Sí, ha estado trabajando sin parar. Algo pasó recientemente… —La sonrisa de Tadashi comenzó a cambiar y su voz fue interrumpida por la mirada siniestra que podía sentir a su lado. Era una mirada que podría interpretarse como una amenaza de muerte.

—¿Qué pasó recientemente? —preguntó Hina con ojos curiosos.

—¡Ah! —exclamó, mirando de lado a lado con la esperanza de una interjección. No encontró ninguna—. Um, parece ser un estallido de motivación. Sí, ha estado muy motivado estos últimos días.

Los ojos de Aster volvieron a su forma inexpresiva una vez más.

—Buenísimo —dijo Ryo—. Sabes, siempre he sido del tipo que escucha música popular. Cuando era más joven pensaba que la música clásica era una tontería, pero últimamente, a medida que he madurado, creo que me inclino más hacia la música con clase.

El rostro de Shingo se enderezó con las palabras de Ryo. Bebió un sorbo de su bebida y rápidamente intervino. —No sé quién te dijo que estabas madurando, pero…

—Realmente crees que eres gracioso, ¿verdad?

—Mmm, nunca pensé que lo fuera.

Ryo hizo un puchero con ojos feroces hacia Shingo. Tadashi dejó escapar un suspiro de alivio al ver el intercambio.

—De todos modos, ¿podremos escuchar en lo que trabajaste? —preguntó Shingo.

—Probablemente tocaré la pieza en la barra la próxima vez que vaya a trabajar —respondió Aster. Sus ojos estaban fijos en su bebida. Su corazón comenzó a tocar lo que parecían tambores rítmicos mientras debatía en su mente. *¿Estaría bien invitarlos? Normalmente están muy ocupados.*

—¡Vamos! —dijo Hina impulsivamente. Rápido, se encerró en ella como un caracol escondido en su caparazón al darse cuenta de sí misma—. ¿Sí? —Miró alrededor del grupo.

Con palabras que parecían estar destinadas a todo el grupo, dijo desesperadamente: —Sí, por favor, vengan y escuchen si tienen tiempo. —Pero sus ojos estaban fijos en los de Hina.

Tadashi los miró a ambos, notando el leve sonrojo que desprendían las mejillas de Hina. Sus ojos vagaron. No se dio cuenta de la sonrisa conflictiva que habían producido sus propios labios. Una vez que lo hizo, sus ojos volvieron a su bebida, en silencio, con aflicción. Pero nadie notó la reacción de Tadashi.

—¡Sí! No puedo esperar —dijo Ryo lleno de emoción—. Nunca he estado en un lugar donde

tocan música en vivo como esa. Se suponía que íbamos a tener música en vivo en el restaurante, pero el gerente parece haberse olvidado por completo de eso. Ahora que lo pienso, ¿tengo que vestirme de alguna manera? ¡Espera! ¿Es un establecimiento muy elegante? No creo que tenga ropa elegante. —Sus ojos se volvieron más preocupados cuantas más preguntas se hacía. Casi parecía que sus pensamientos habían adquirido su propia voz. Los demás solo culparon al alcohol y comenzaron a reírse en voz baja.

—Casual está bien —dijo Aster, sin darse cuenta de que las emociones de Ryo estaban estallando.

—Aster, eres el único respetuoso aquí —dijo Ryo con ojos que lloraban sarcásticamente.

—Estoy bastante seguro de que todos son respetuosos aquí —respondió.

Para Hina, fue como un cosquilleo que hizo que su risa silenciosa se vertiera por solo un segundo. Ella entendió más que los demás el proceso de pensamiento que debió haber estado dando vueltas por la cabeza de Aster. *Es tan lindo,* pensó cuando notó la sonrisa nerviosa de Aster y su mirada regresiva.

—Pero no diría que todos los que estamos aquí presentes somos tan respetuosos —dijo Ryo con una sonrisa maliciosa—. Todos hemos tenido nuestro pasado controversial, ¿no es así?

—Ninguno más extraño que el tuyo, al menos —murmuró Tadashi, tomando un sorbo de su bebida.

—Sí, ¿no peleaste con un soldado de la marina una vez? —dijo Shingo—. No hay nada más controversial que eso.

—Habla el que una vez se despertó borracho en las escaleras de una estación de metro. Y para tu información, solo lo hice por lo irrespetuoso que estaba siendo ese hombre con mi amiga. La estaba acorralando.

Shingo recordó el pasado, recordando el dolor de cabeza insoportable que tenía cuando se despertó. En lugar de lamentar ese día, sonrió y dijo: —Esa fue una noche muy divertida, de hecho.

—¿Qué pasó esa noche, Shingo-kun? —preguntó Hina.

Terminó su bebida petulantemente. —No lo recuerdo —dijo con una exhalación de alivio—. Disculpe, ¿podemos todos tener otra ronda? —le preguntó a la señora que atendía el bar.

—Bueno —dijo Tadashi, aceptando su bebida nueva—. Esa no es la historia de la que estaba hablando.

—¿Entonces cuál? —preguntó Hina con las mejillas enrojecidas. Las bebidas habían comenzado a tener efecto en ella, y una vez que lo hicieran, su honestidad y vivacidad aumentarían exponencialmente—. ¿Cuándo fue alumno de un artesano de *shamisen*? Realmente me gusta esa historia.

Ryo ha tenido una vida muy plena, pensó Aster.

—No, esa no —dijo Tadashi, tomando un sorbo de su bebida mientras la presunción en sus labios se volvía más y más llena.

¿Qué más puede ser tan extraño como eso?

—Dinos entonces —dijo Hina con una sonrisa impaciente. Sus ojos se enrojecieron por la aflicción que le había causado su bebida.

Tadashi miró a Ryo, presumido y todo. Ryo lo miró de vuelta. —No te atrevas —dijo cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de ser revelado.

—Ryo se enamoró de una cortesana una vez.

Clink fue todo lo que se pudo escuchar cuando todas sus bebidas golpearon sus respectivas

sillas.

—Ryo-kun... —dijo Hina.

Ryo apenas podía hablar. Fue casi como si su sobriedad hubiera regresado por un momento. Dirigió su mirada a la cara sorprendida de Hina y dijo: —Yo... bueno, ella era alguien especial para mí, supongo. —Rio mientras se rascaba la nuca—. Una amiga de la infancia que hizo lo que tuvo que hacer para salir adelante. Yo-

—Eso no es nada de qué avergonzarse, Ryo-kun —dijo Hina, alcanzando la mano que había puesto en su muslo—. Creo que poder ver todas esas luchas y aún poder pasarlas por alto es algo muy maduro. Significa que lo que sentiste por ella era real.

—Eso es lo que le dije —dijo Tadashi—. No debería importar lo que piensen los demás, si eres feliz, eso es lo que realmente importa.

—Creo que se podría decir que has madurado un poco entonces —dijo Shingo.

Aster escuchó cada palabra, pero dentro de él, las palabras lo impactaron más de lo que se había dado cuenta. De alguna forma, sintió que Hina le hablaba, nuevamente enseñándole sobre la vida. *Alguien especial.* Esas palabras sacaron a relucir una imagen inconsciente.

—Bueno —dijo Shingo, levantándose del taburete al terminar su bebida—. Aprovecharé esta oportunidad para despedirme. A diferencia de algunos de ustedes, mañana tengo un día largo.

—¡Por supuesto! —dijo Ryo, encontrando un escape de la conversación—. Te veré mañana.

—No tienes trabajo mañana —respondió.

—¡Verdad! —dijo Ryo.

Shingo se arregló la chaqueta y se volvió para encontrarse con todos ellos. Sus ojos estaban enrojecidos. Sin embargo, fueron más expresivos de lo que eran normalmente. Esto fue causado por sus intenciones de ir hacia Hina y extender su brazo para acariciar suavemente su cabeza. —Te veré luego, Hina-chan. Te deseo suerte con tu nuevo trabajo —dijo. La puerta transparente hizo un sonido fuerte cuando su olor se dispersó.

Hina estaba sorprendida con una sonrisa confusa, dijo: —Bebió bastante hoy, ¿no?

—Definitivamente —respondió Tadashi—. No creo que jamás haya dicho palabras de aliento.

—Estaba siendo amable, ¿verdad? —dijo Aster.

—Sí, bastante raro, pero probablemente es porque bebió mucho. Se quedó aquí más tiempo de lo normal.

—¿Siempre se va temprano?

—Sí, vive en Sumida, por lo que siempre se va antes que nosotros.

—Ahora que lo mencionas —dijo Ryo—. ¿Se enteraron del accidente en Sumida?

—Sí... una noticia muy trágica. —La sonrisa de Hina se tornó amarga.

—¿Qué accidente? —preguntó Aster.

Había sucedido la noche en que finalmente conoció a Azumi. Había estado en todas las noticias. La historia de un joven que fue atropellado por un automóvil después del club deportivo de su escuela. Tenía prisa por llegar a casa, pues sus padres le habían dado una hora de llegada después de que se consiguió una novia. El hombre que conducía era un asalariado común y corriente. Había estado trabajando ese día durante más de diez horas, pero tan pronto como salió, se fue a su casa para disfrutar de la cena casera de su esposa. El accidente ocurrió en una intersección en Sumida, justo frente a una tienda de conveniencia. Nadie sabe realmente si el niño cruzó la calle cuando el semáforo para peatones estaba en rojo, o si el hombre cruzó cuando no debería haberlo hecho. De hecho, el hombre declaró que el niño cruzó con la luz roja, pero la fuerte lluvia esa noche aseguró que la verdad siempre fuera desconocida. ¿Accidente u

homicidio? Cualquiera de los dos veredictos no habría importado, porque el hombre fue encontrado muerto dentro de un baño en la oficina en la que trabajaba. Las noticias dijeron que la causa de muerte del hombre fue una sobredosis de pastillas, lo que lo categorizaron como un suicidio. ¿Fue por la culpa de matar accidentalmente a un niño con un futuro incierto? ¿O quizás fue la culpa de haber mentido a la policía? Esas son preguntas que mejor no se contestan.

—Realmente te hace pensar —dijo Ryo—. Nada está por hecho.

Pensar que mientras yo estaba con ella, en otro lugar, alguien estaba sufriendo, pensó Aster, volviendo la cabeza hacia abajo al recordar el por qué estaba en Japón en primer lugar.

Parece que Aster se detuvo a pensar en su vida pasada. Hubo muchas cosas que se aparecieron en forma de arrepentimiento, su rostro mostraba. Su vida no había sido nada más un piano y un sentimiento retorcido sin expectativas para el futuro. Vivir el presente como si fuera simplemente el pasado. Abstenerse de pensar en ello, de la misma manera que lo hizo con sus acciones pasadas, y abstenerse de pensar en los resultados y lo que significan. Pero con Tadashi a su lado, por primera vez sintió la necesidad de confiar en alguien. Estaba contento de que una decisión tan impulsiva como mudarse al otro lado del mundo fuera la elección correcta, o eso pensaba. Pero lo que importaba era que ahora él deseaba ser alguien en quien confiaran los demás.

Después de una charla ociosa, llegó el momento de que se fueran. Ryo ya no podía sostenerse solo y Hina tenía una sonrisa que estaba tan roja que abrumaba los tonos dorados de su *umeshu*. Todos sabían que era hora de irse, pero el arrastrar de las palabras de Ryo era evidencia suficiente de que necesitaban comida. Y así, después de un fuerte: —¡Vuelvan pronto! —se dispusieron a encontrar la tienda de ramen que Ryo quería visitar.

Ryo caminaba por las calles con libertad, a veces sin querer y otras a propósito, tropezando con personas que solo estaban tratando de disfrutar de la noche. La mayor parte del tiempo fue recibido con ojos aterradores. Su estatura y ojos agudos eran motivo suficiente para creer que era miembro de una pandilla. Pero un hombre, más bajo incluso que Aster, el más bajo de ellos, enfrentó a Ryo violentamente. El hombre de los espejuelos estaba igualmente borracho o más. Aunque tenía una mirada intimidante, Ryo despreciaba la confrontación física. Siempre decía: —No tiene sentido pelear cuando las palabras se pueden usar para resolver cualquier malentendido. —Y así, incluso en su estado de ebriedad, trató de disculparse con el hombre. Sin embargo, el hombre no encontró perdón en su mente y empujó a Ryo.

Tadashi pudo interponerse entre ellos antes de que Ryo decidiera que no había otra manera. Lo que quedó fuera de la historia en la que Ryo luchó contra un soldado de la marina fue que Ryo había golpeado a ese hombre hasta convertirlo en pulpa. Su fuerza podría ser inconmensurable. Sin embargo, el plan de Tadashi de detener la pelea incluso antes de que comenzara fracasó cuando fue su mejilla la que recibió un golpe. El dolor en su mejilla palpitante lo hizo caer de rodillas con mareo.

La multitud que caminaba inmediatamente se apartó, haciendo un círculo alrededor del altercado. Enfurecido, Ryo arremetió y pisoteó. Con los músculos tensos y la mandíbula apretada, se obligó a luchar. Sin embargo, el hombre fue sacado de su visión antes de que pudiera hacer o decir algo.

Fue Aster quien apretó el puño alrededor del cuello de la camisa del hombre. Le susurró al oído con un rostro impasible que resultó verse amenazador. El rostro del hombre tembló. Le temblaban las manos y los ojos parpadeaban como las alas de un colibrí detrás de las gafas. Cuando fue empujado, inmediatamente se inclinó ante Tadashi y Ryo, arrastrando las palabras por el miedo y la embriaguez. Parecía ser que se estaba disculpando.

El destino le había otorgado a Ryo una vida de cuentos e historias que la mayoría de la gente no podía ni siquiera imaginar. En sus veinticinco años de vida, había vivido una vida de cincuenta años en experiencias. Pero esa noche, vivió algo que desafió al resto. El hombre que probablemente había dicho menos palabras que un niño de trece años había sometido a un borracho con eso. Palabras. Ryo estaba asombrado por eso.

No hace falta decir que todos sus rostros transmitieron sorpresa. Por un segundo, la sobriedad de Ryo había revivido y la mejilla palpitante de Tadashi se había entumecido. Hina veló por el rostro hinchado de su amigo, pero incluso cuando le hablaba, sus ojos se iluminaron al ver al hombre que, por un segundo, era alguien completamente diferente al inexpresivo y callado Aster. Su abrigo bailaba con el viento como si durante años se hubiera encontrado una historia de amor entre los dos. Si el baile tuviera que nombrarse, sería un Bolero. Era innegable que algo dentro de Aster estaba comenzando a cambiar.

La ira es la forma en que el cuerpo responde al malestar. Su expresión podría retratarse de muchas formas. Una mueca de juicio, un aumento de la frecuencia cardíaca, una vena brotando o palabras para impartir dolor. Para Aster, fue completa animosidad y aplomo. La forma en que le había hablado al hombre pequeño definía la ira como desánimo. Fue un estremecimiento interno que trajo no solo desesperación inmediata, sino que, por como el hombre reaccionó, terror absoluto. Este era el alcance de la ira en un hombre que sin duda no entendía su concepto.

La multitud que se había dispersado a su alrededor durante el enfrentamiento ya no lo hacía, por lo que las calles volvieron a estar tan animadas como antes. La vista que había tenido Hina de Aster estaba obstruida como si los violentos vientos de una tormenta de arena hubieran cubierto a Tokio esa noche. Era casi inidentificable y los rastros restantes de su olor a manzanilla se habían desvanecido.

—Vamos —dijo detrás de ellos, mientras saludaba entre la multitud.

Esa sonrisa contundente que se dirigió hacia ellos. No era él.

***

La tienda de ramen estaba cerrada, pero Ryo había llegado a sus límites. Su voz letárgica había cambiado a un idioma completamente diferente. Su andar lento se convirtió en un gateo, y sus ojos parecían los de un camaleón, mirando diez cosas al mismo tiempo. Era hora de llevarlo a casa.

En el camino de regreso, reconoció la fuerza de Aster con palabras. Estaba asombrado por la forma en que lo había manejado. —Las palabras pueden darte un arsenal casi ilimitados —dijo —. Me alegro de poder confiar en ti. —Pero el grupo apenas entendió su comentario circular. Constantemente le preguntaba a Aster qué había dicho, lo que hacía que Aster recorriera su mente en busca de ello. Pero nunca lo encontró.

Tadashi comenzó a sentir el peso de un ser colosal de la mitología antigua sobre su hombro. La fuerza lo empujó hacia abajo sutilmente hasta que casi se inclinó con Ryo encima de él. Tenía el mismo peso que el enamoramiento de Hina por Aster. Era una carga que tendría que llevar una vez que decidieran separarse.

Tadashi se encargó de llevar a Ryo de regreso a salvo y le ordenó a Aster que acompañara a Hina a casa, quien obedeció sin problemas. Había pasado la medianoche y los trenes ya habían cerrado.

El camino de regreso a sus casas ofreció una obertura.

***

Un gato con colores rayados saltó de una casa dormida y salió a la calle frente a ellos. Se sentó bajo la luz como si fuera a demostrar un truco. El gato ronroneó mientras limpiaba sus piernas.

—Aw —dijo Hina, con sus manos apretadas sobre su boca—. Está esperando que lo acaricien. —Corrió sutilmente pero tambaleante hacia él, dejando atrás a Aster y estirando tranquilamente su brazo para acariciar su suave pelaje—. Es lindo, ¿no?

Aster se inclinó para inspeccionarlo. Miró las patas blancas mullidas y trató de tocarlas, pero el gato siseó rápidamente. Aster se echó hacia atrás, arrepintiéndose de haber tratado de satisfacer su curiosidad.

—No le agrado —dijo con una cara seria que ocultaba su miedo. Caminó hasta el banco del parque más cercano—. Solo miraré desde la distancia.

—¡No! Solo está asustado porque no te agachaste. Se sintió intimidado.

El parque estaba desierto. La brisa de medianoche saciaba su aburrimiento con los columpios y balancines. Aster nutrió su visión mirando a Hina jugar con el gato. Su mente estaba repitiendo los acontecimientos recientes en un intento por comprenderlos. Recordó cómo su corazón se aceleraba como el día que había visto a Azumi en el Festival de Sakura, pero los latidos se sentían diferentes. Recordó cómo su cuerpo apretó impulsivamente sus manos en puños. Recordó el deseo de hacerle daño, y cómo nunca estuvo consciente de los demás a su alrededor. No podía conectar esos impulsos. Esos sentimientos se sentían como parientes lejanos que nunca habían conversado y solo se conocían por nombre. O cómo la nota A de la clave de bajo que solo puede escuchar el sonido de la nota C más lejana de la clave de sol sin entender. Luego trató de recordar las palabras que le dijo al hombre, pero cuando lo intentó, la escena se volvió negra y silenciosa, como si hubiera cerrado los ojos y los hubiera abierto una vez el hombre se había ido.

—Hola —cantó Hina, agitando su mano frente a sus ojos.

Aster reaccionó con un parpadeo y ella dejó escapar un gran suspiro. Hina abrazó la fría noche, sentándose a su lado, mirando las estrellas que durante días habían estado enmascaradas por las nubes lluviosas, como una torre en el centro de un bosque oscuro. Sonrió, luego se relajó y respiró hondo.

Aster cruzó las piernas y siguió sus ojos hacia el cielo. —La noche no se ve así hace un tiempo. Aunque me ayudó a escribir mi pieza. Siempre uso la lluvia como una especie de metrónomo para mi música.

Los ojos de Hina se posaron en su rostro, notando como una sonrisa intentaba escapar de sus labios. Era como un preso con cadena perpetua, desesperado por ver la luz del día y los cambios por los que ha pasado el mundo. No pasaría mucho tiempo hasta que se rompiera esa pena.

—No puedo esperar a verte tocar —dijo, colocándose el pelo detrás de la oreja.

Aster se rio brevemente, una suave bocanada de aire que era apenas perceptible salió de su nariz. Sus ojos se posaron en los de ella. Parpadeaban suavemente como una hoja movida por la brisa otoñal. —Mi cuerpo tiembla cuando ustedes dicen eso. Como si un rayo atravesara todo mi cuerpo. Casi me hace no querer tocar.

—Me parece que estás nerviosa —se rio entre dientes con la mano en la boca—. Pero eso es normal. Solo significa que valoras nuestra opinión. Eso me hace feliz.

Una sonrisa salió de su prisión. Nadó por el mar infinito, con la esperanza de encontrar la

costa. Olas torrenciales intentaron combatirlo. Un prisionero fugitivo no debería tener derecho a vivir al aire libre, pero esa sonrisa nunca perdió la esperanza hasta que encontró la costa. Nunca más pensaría en caer presa de esa prisión en el mar.

Estar nervioso es perder el valor frente a los que valoras, pensó con su sonrisa fugitiva.

—Supongo que estoy nervioso, entonces —se rio. Fue involuntario.

—Así parece. Yo también me pongo muy nerviosa... Ahora mismo estoy nerviosa.

—¿Cómo así?

Se cruzó de brazos alrededor de sí misma como si la brisa se hubiera enfriado cuando confesó. Ambos guardaron silencio. El gato maulló cuando saltó y se sentó entre ellos.

—Estoy muy feliz con mi nuevo trabajo como *sous-chef*. Nunca pensé que podría llegar a ser más que una chef de estación. Pero no sé si podré hacer mi trabajo correctamente. —Su voz comenzó a quebrarse—. No conoceré a nadie. ¿Podré decirle a la gente qué hacer? Deberías ver cómo Tadashi trabaja en la cocina. Se mueve con tanta elegancia y la gente lo respeta mucho, incluso cuando es tan joven. Es como si todo su propósito en la vida hubiera sido trabajar en la cocina. No sé si podré seguir el mismo ritmo.

Aster miró el cemento frente a él. —Lo que dije en el bar… lo decía en serio. Puede que no sepa muchas cosas, pero creo que al menos sé eso. Tienes lo que se necesita para hacerlo, en mi opinión. Lo he visto de primera mano. Me has enseñado más de lo que podía imaginar cuando vine aquí. Creo que puedes guiar tu cocina de la manera que quieres... Hina-chan. —Dijo su nombre en un tono bajo y tímido.

Hina nunca olvidaría la cautivadora sonrisa que él tenía cuando hablaba. Era tierna y genuina, como si estuviera llena de orgullo. A su vez, trajo consigo calma y alivio.

—Además, si todavía te sientes así, sé que a Tadashi no le importaría ayudarte. Tú misma lo dijiste. Tadashi es consciente de las personas que lo rodean.

Ella asintió con firmeza. Sus preocupaciones se borraron como tinta húmeda sobre la piel. Acarició al gato que, una vez la casa durmiente encendió una luz, corrió antes de que sus dueños se enteraran de su extrusión.

—Debería llevarte a casa antes de que sea demasiado tarde —dijo, comenzando a caminar hacia el centro del foco de luz.

Hina se mordió el labio, obligándose a no decir una palabra más. Pero su corazón insistió en hablar.

—Aster-kun...

Aster miró hacia atrás con ojos curiosos.

—¿Podemos quedarnos cinco minutos más?

Sin siquiera responder, se sentó de nuevo y se entregó una vez más a la noche estrellada.

Pasaron cinco minutos. Luego cinco más. Pero nunca más quiso ser liberada de su abrazo. El brazo que la rodeaba mientras sus lágrimas caían sobre los pantalones de Aster le dio la seguridad que anhelaba.

***

Lo inesperado puede ser una prueba ardua. Puede causar confusión entre los sentimientos más fuertes. La felicidad se puede convertir rápidamente en desesperación. La ira se puede convertir ligeramente en risa. Y la euforia puede caer en lo más profundo de un ciclo interminable de adicción. Adicción que puede provenir de algo blanco, algo negro, o algo gris.

Pero todos los días suceden cosas inesperadas. Le sucede al estudiante que se despierta enfermo el día de su examen parcial. Si estuviera sano, el cambio de sus calificaciones podría haber cambiado su perspectiva de estudios futuros. También le sucede a la pareja que había esperado y anhelado una familia al recibir la noticia que tanto esperaban.

Para Aster, lo inesperado llegó en forma de papeles voladores. Al olvidar cerrar su ventana, el manuscrito de su nueva pieza voló por todo Shibuya. Sería imposible reunirlos todos de nuevo.

Justo cuando llegó, Tadashi ya había recogido los papeles que estaban cerca. Eso tendría que ser suficiente. Pero, para alguien que está aprendiendo a comprender y conectar cada sensación corporal con las emociones que siente, lo inesperado puede resultar ser demasiado.

Podría reflejarse en un vacío, seguido de fuertes jadeos e hiperventilación constante. El entusiasmo podría desaparecer en un segundo. Y ese mismo estallido podría convertirse en dolor. La desesperación podría apoderarse. Y una vez que la sensación de que cada parte del cuerpo se siente torcida y desgarrada, es difícil escapar de ella con tan solo escuchar: —Todo estará bien. —Los días de trabajo pueden perderse por lo inesperado y los días de abatimiento pueden reemplazarlos.

—Ya no puedo tocarla —gritó. Sus ojos se habían convertido en la desembocadura de un río en la cima de una montaña cubierta por una intensa niebla—. Finalmente estaba satisfecho y-

—Por supuesto que puedes, Aster —dijo Tadashi, sosteniendo su cuerpo destrozado en la acera—. Has trabajado durante días y días. ¿Miraste los papeles la última vez que tocaste? Has estado preparado para lo inesperado todo este tiempo. Intenta verlo. Tranquilo.

Esas palabras pasaron como complexiones silenciosas de viento que buscaban mover la niebla en sus ojos. Lo hicieron. Pero solo cuando se volvieron vibrantes y con una voz muy familiar. Una voz que nunca podía escapar de su mente atribulada. —El destino es el vehículo que nos conduce por lugares inesperados. —Esa voz vibró con una risa y un suave bufido. Con eso, la niebla se dispersó. Y se encontró la fuente del río— un manantial sosegado con una cueva al final. Una cueva por la que no pasaba la luz, donde emergen fuertes vendavales con matices helados. Siniestro, como si la raíz de su esencia misma estuviera oculta.

Sus lágrimas comenzaron a cesar y su respiración se estabilizó con cada palabra que le decía Tadashi. Sin embargo, Tadashi todavía lo sostenía mientras su camisa se humedecía con las lágrimas.

—Vayamos al apartamento. Un poco de descanso te hará bien después de beber tanto.

Aster asintió débilmente.

VIII

Esa noche, la lluvia no impidió que la gente fuera al Escondite *de la Arpía*. Durante el día, se llevó a cabo el Desfile de Verano, y la gente alrededor de Ebisu, Shibuya, Taito y muchos otros distritos desbordaron Tokio como si el día y la noche hubieran cambiado de lugar. El parloteo pesado, las risas, el tintineo de los vasos y los vítores de la gente abrumaron los sonidos constantes de la música que se reproducía por los altavoces.

El bar estaba lleno. Kenji, incluso con su cantidad de experiencia, luchó para mantener un ritmo. Ogawa ayudó, manteniendo una buena dinámica entre los dos. Los amigos de Aster acababan de llegar, dejando sus paraguas mojados en la esquina donde se perderían entre el resto de los paraguas. Expertamente vieron a Aster sentado en una de las sillas alrededor del área del salón. Apoyaba los codos en las rodillas y miraba su pie nerviosamente. Ryo comenzó a acercarse sigilosamente detrás de él.

—Hay una luz justo detrás de ti —dijo Aster—. Podía verte acercándote desde que empezaste.

Ryo gruñó. —Parecías estar tan concentrado que quería asustarte.

—No creo que sea el momento adecuado, ¿no crees, Ryo? —preguntó Shingo, cuyo cabello se había mojado por olvidar su paraguas.

—Que bueno que lo vio antes. No quisiéramos desconcentrarlo —dijo Tadashi—. ¿Te sientes mejor esta noche? —Puso su mano sobre el hombro de Aster.

—Sí, estoy mejor. Pronto comienzo.

—Estamos todos tan emocionados de finalmente verte tocar —dijo Hina, tomando asiento a su lado—. Tadashi-kun nos mostró algunos de tus clips de diferentes conciertos, y fue realmente fascinante.

Aster miró a Tadashi con los ojos entrecerrados. Le había dicho que no lo hiciera, con la esperanza de permanecer algo desconocido, una tarea imposible cuando su música ya había viajado por el mundo.

—Sé que dijiste que no lo hiciera —dijo Tadashi—. Pero ellos realmente querían escuchar algo de tu música antes de venir. Hina-chan no paraba de pedirlo.

—¡Oye! —Ella exclamó.

—Si fue Hina-chan... supongo que está bien.

Hina se sonrojó y secretamente se acurrucó en la silla como si se la hubiera tragado entera.

Ogawa interrumpió su conversación, sobrecargado por la cantidad de trabajo que había que hacer. Había pasado bastante tiempo desde que el salón se había llenado. Con una respiración agitada, dijo: —Lamento interrumpir, Eurass-san. ¿Estás listo? Me gustaría presentarte ahora, para que podamos vaciar la barra un poco.

Aster asintió. Se puso de pie con el pecho erguido y se inclinó levemente hacia sus amigos.

Ogawa subió al pequeño escenario sin esfuerzo y agarró el micrófono. Se aclaró la garganta para llamar la atención de la agitada multitud hasta que el bullicio cesó.

—Es ese momento de la noche donde nuestro propio pianista subirá al escenario y nos regalará belleza a través del sonido. Algunos de ustedes ya lo conocen, pero para aquellos que no, les presento al Príncipe Sombrío, Eurass Aster-san.

La multitud aplaudió con el fuerte sonido del metal golpeando el vidrio, y entre medio, el fuerte entusiasmo de sus amigos. Se acercó, hizo una reverencia a la multitud y ocupó su lugar.

El bar se quedó en silencio. La charla, el tintineo de los vasos, todos cesaron sus canciones a la espera del acto principal. Aster había vuelto a poner al *Escondite de la Arpía* en la boca de todos. Un lugar donde las noches solían ser solitarias ahora se sentía frecuentadas.

—El prodigio extranjero que cayó de la gloria en Nueva York ahora se esconde en un salón solitario bajo las vías del tren —susurraba la multitud. Otros pensarían que su caída se debió a una deuda, corrupción o desesperación. Sin importar la razón, no pudieron evitar esperar a que tocara.

De todas las personas en la multitud, sus amigos eran los que más brillaban. Claramente estaban encantados de escuchar a su aclamado amigo.

Tocó la primera nota. Resonó en todo el salón, ignorando los sonidos del aguacero desolado en la entrada. Tocó la segunda nota y la multitud la sintió cerca de sus corazones, sintiendo la leve tensión en sus pechos como si las lágrimas quisieran salir por instinto. La tercera nota disipó lentamente la brisa helada que estaba entrando. La cuarta nota cambió la historia.

El Oni ya no era un Oni, era un dios. Un dios que había caído de las nubes más altas, donde reinaba en un trono de hierro. Ahora, ese dios caminaba por el mundo solitario, tratando de encontrar un camino de regreso a su trono vacío, el cual ya se había oxidado esperando.

Sin forma de hacer que su dolor cesara, el único humano que podía traer paz a su mente abrumada emergió a la superficie. Llegó con la ráfaga de un viento cálido del exterior. Su cabello estaba ligeramente húmedo por la lluvia y su pecho apretado estaba teniendo problemas recuperando su aliento. Su rostro hizo una mueca.

La vio: la aventurera que anhelaba. Pero en lugar de cabello largo, negro azabache, su cabello estaba cortado justo por encima de su pecho, con un rizo en las puntas que iniciaba mechones cenicientos. Lentamente se volvían más llenos una vez llegaban a la raíz de su cabeza. Esta vez, sus zapatos de cuero no se romperían y su humilde agradecimiento solo sería por los tonos efímeros emitidos por los dedos del dios.

Sus ojos se centraron en los de ella mientras ella se centraba en los suyos. Ese dios caído finalmente entendió que nunca alcanzaría el trono oxidado. En primer lugar, nunca lo deseó. Era solo una distracción. El mundo solitario no se sentía tan vacío con su presencia.

Su tos ligera y grumosa lo confundieron en la nota número quinientos y luego en la siguiente. Y luego notó su expresión afligida. Sin embargo, la aventurera había perdido la esencia de una aventurera. Lo que habían sido trapos cubiertos de tierra se convirtieron en hojas que cubrieron su cuerpo de formas intrincadas. En ese momento, se convirtió en la musa de las canciones.

El dios caído y Euterpe caminaron por las llanuras interminables cuando tocó la nota 2,499, donde dejó la última nota colgando a propósito. Su corazón le pedía que la pieza lo dejara caminar sin cesar.

Los aplausos debieron haberse escuchado en todo el barrio. La lluvia aplaudió con ellos y los notables vítores de Ryo y Tadashi lo dejaron estupefacto. Nunca había recibido tantos elogios. Nunca una multitud se había vuelto loca por una pieza tan larga. Una pieza de una historia parcialmente perdida que arregló en medio del acto.

—Y tú preocupado porque no ibas a poder tocar —dijo Tadashi cuando Aster bajó del

escenario.

—Estaba muy nervioso allá arriba, ¿sabes? —dijo, dándole a Hina una sonrisa traviesa.

—¿Vas a tocar otra? Eso fue demasiado asombroso —dijo Ryo, poniendo su brazo alrededor de él con fuerza.

—Lo haré en unos minutos.

—Realmente me gustó, Aster-kun —dijo Hina en voz baja.

La escuchó. La miró a los ojos y sonrió. —Gracias.

Todos lo rodearon y la multitud también lo hizo, dándole elogios que permanecerían cerca de su corazón. Nunca pensó que fuera posible que su música hiciera que la gente se sintiera de la forma en que lo decían. En su tiempo haciendo conciertos, todo lo que obtuvo fueron expresiones arrogantes de los críticos de música, aplausos monótonos de una multitud mecánica y sonrisas falsas de sus rivales. Pero los elogios que recibió ahora se reflejaron cuando lanzó una brillante sonrisa hacia quienes lo rodeaban, convirtiéndolos en sombras que se ocultaron en el fondo. Su sonrisa solo brilló ante la otra sonrisa que era recíproca.

La sonrisa de ella brillaba como diamantes alumbrados por la luz de un minero. Consumía su luz y la hechizaba, encantando y atrayéndolo hacia ella. Lo hizo apartar a la multitud de su camino sin remordimientos. Mientras se acercaba, sus ojos se volvieron tiernos y su cuerpo creció en confianza. La abrazó cálidamente y ella abrió los ojos mientras se ponía rígida.

—Aster-kun ...

—Azumi —expresó—. Gracias por venir.

Sus labios temblaron de consternación. Sus brazos a los costados se movían como por un titiritero que había tomado el control de sus hilos. Lentamente, sus manos se arrastraron alrededor de él hasta su espalda y empezaron a apretarse. Sus ojos comenzaron a cerrarse impulsivamente. —Me alegra poderte haber escuchado.

—Estabas tosiendo —dijo, sin poder controlar el aroma floral que seguía invadiendo su nariz —. ¿Estás bien?

Azumi se arregló la garganta. —Estoy bien. Me pongo así cuando llueve. —Apretó sus brazos aún más.

Hubiera sido difícil ocultar lo que había sucedido de sus amigos, no como si él pensó en ello. Pero ninguno sabía quien era la mujer a la que estaba abrazando. Solo Tadashi, quien trató de ocultar la sonrisa en su rostro.

Ryo, desconcertado, se lo comentó a Shingo, quien lo descartó bastante rápido. Pero los ojos descoloridos de Hina estaban perplejos por lo que habían visto. Apretó los puños con desesperación y su cabeza cayó al abismo. Su reacción adversa llamó la atención de Tadashi.

—Hina —dijo Tadashi, perdiendo algo de su compostura—. No puedes competir por un corazón que está aprendiendo a amar. Si hubiera sabido cuán profundos eran tus sentimientos, te lo habría dicho antes. Lo siento, Hina-chan. Pero la razón por la que ha cambiado tanto estos últimos tiempos es por ella.

—Pero, por primera vez, pensé que se había fijado en mí. —Hina hundió la cara en su pecho. Respirando con dificultad, se dio cuenta de que sería imposible llenar sus zapatos en el corazón de Aster. Él era el zapatero y Azumi la aventurera. El dios caído y la musa.

Tadashi apretó los ojos, tratando de contener lo que su mente quería decir. —Él no lo hace, pero yo- muchos... sé que muchas personas se fijan en ti, Hina.

—¡Oye, Aster! —gritó Ryo, ajeno a la tristeza de Hina—. ¿Vas a presentarnos?

—Ryo, basta —dijo Shingo. Pero ya Hina había puesto una fachada en su cara como un

edificio con pintura fresca.

Azumi caminaba detrás de Aster con las manos juntas frente a ella. Su estremecimiento ya había cesado, pero sus expresiones normalmente vibrantes se habían vuelto cautelosas. Tímidas, incluso.

—Chicos —dijo Aster, vibrante—. Esta es Hajime Azumi. Azumi, estos son mis amigos .

—La famosa Hajime-san —dijo Tadashi—. He escuchado mucho de ti.

—¿Sí? —Los ojos errantes de Azumi se fijaron en Aster.

La mirada seria de Tadashi apuntó a Hina como búho nocturno. Esperaba acabar con la aflicción rápidamente, como si arrancara una venda de su piel.

Los ojos de Hina parpadearon desesperadamente con la esperanza de controlar su pretensión. Su sonrisa se puso rígida cuando poco a poco fue tomando conciencia de la realidad del futuro. A partir de ahora, podría ser así: Aster, acompañado de ella. Esas largas conversaciones que tuvieron se disiparían en charlas ociosas y las largas caminatas en las que podía aceptar quien era, sabiendo que nunca sería juzgada, desaparecían como una pastilla diluida en agua.

Hina estaba a punto de desplomarse, pero sabía que no podía. Podría resultar mucho peor si lo hacía. ¿Cuál sería la reacción de Aster? ¿Podría volver a hablar con ella si lo supiera? ¿Lo haría desaparecer? Al ser una persona que carecía de conocimiento emocional y realmente no entendía cómo lidiar con los sentimientos de los demás, fácilmente podía decidir desaparecer lentamente del grupo. Solo Tadashi lo vería a partir de ese momento.

Una conclusión inverosímil.

Pero todos esos pensamientos pasaron por su cabeza en lo que para ella fue una eternidad. Su corazón comenzó a perder la esperanza, pero su mente encontró formas de mediar. Sería inútil. En realidad, la mejor forma para lidiar era lo que Tadashi le había dicho: renunciar a sus sentimientos y convertirlos en amor por un amigo, en lugar de vivir con un amor no correspondido. Aun así, para ella, darse por vencida resultaría más doloroso.

Cuando sus pensamientos tomaron el control de su mente, Ryo no le dio tiempo para reaccionar. Su entusiasmo siempre sacaba lo mejor de él. —¿Por qué Tadashi es el único que se entera de estas cosas?

—Porque vivo con él, Ryo. Además, nunca podrías guardar un secreto, así que le aconsejé a Aster que nunca te dijera cosas que le gustaría mantener ocultas.

Todos se rieron cuando la cara de Ryo se arrugó cómicamente. La risa de Azumi fue acompañada por su sutil bufido, el cual hizo que Aster se sonrojara cuando lo notó. Mientras tanto, la risa de Hina seguía siendo parte de su engaño.

—Puedo guardar secretos muy bien. He guardado su sorpresa de cumpleaños todo este tiempo, ¿no?

Todos sus cuerpos se pusieron rígidos y sus pieles hormiguearon. La mirada oscura de Tadashi sobrepasó la estatura de Ryo como si le pusieran una estatua colosal frente a él. Ryo se dio cuenta de las palabras que había dicho. Parecía que nunca aprendería a pensar antes de hablar.

—Ryo —dijo Shingo, cerrando los labios, pero explotando cuando no pudo contener la risa —. Tu estupidez supera cualquier expectativa.

—¿Qué quieres decir con sorpresa? —Aster reaccionó. Sus ojos se agrandaron—. ¿Cómo... cómo saben ustedes acerca de mi cumpleaños?

—Tu biografía es muy fácil de encontrar en línea, amigo —dijo Shingo.

—Estábamos planificando llevarte al festival de verano a fin de mes como una sorpresa —

dijo Tadashi—. No se suponía que dijéramos que era por tu cumpleaños, ya que sabía que probablemente te molestaría. Aun así... queríamos celebrarlo contigo.

Aster se quedó sin palabras. En realidad, nunca había celebrado su cumpleaños. —Eso no es nada que deba celebrarse —escuchaba constantemente a lo largo de su vida. Estar enfadado sería innecesario. Pero no tenía idea de cómo reaccionar.

Azumi lo notó. Su mano agarró delicadamente su brazo y sus labios se cerraron sobre su oreja. —Eso es muy dulce de parte de tus amigos. Parece que se preocupan mucho por ti. No importa lo que haya pasado antes, este debería ser un evento feliz, ¿verdad? —Era como si ella pudiera leer sus pensamientos—. Pero tampoco puedo evitar querer ir. ¿Está bien si lo hago?

El aliento que salió cuando ella escribió sus palabras en su oído le hizo cosquillas en todo el cuerpo, dándole escalofríos que deseaba que duraran una eternidad. Su elusivo olor lo aturdió mientras buscaba una manera de mantener el equilibrio. —Por supuesto —dijo en voz baja—. Gracias. Realmente no sé qué decir.

Su charla se vio perturbada por la franca interrupción de Ogawa, quien comenzó a elogiar a Aster, sin darse cuenta de la gente a su lado. Después de todo, había sido un fanático desde hace mucho tiempo. Nunca lo hubiera creído si alguien le dijera que el Príncipe Sombrío estaría tocando para ganarse la vida en su salón. Su correo electrónico solo había sido un deseo borracho.

Una vez que cesaron sus palabras de elogio, notó la pequeña multitud de amigos a su alrededor. Miró a Tadashi, luego a la sorprendida Hina, al nervioso Ryo, y luego a Shingo, quien todavía se estaba riendo a carcajadas. Entonces sus ojos se agrandaron. —Azumi-chan —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ha pasado un tiempo, tío Hideo —sonrió alegremente—. Vine a ver tocar a Aster-kun.

—¿Aster-kun, dices? ¿Tan cercanos son?

Ella miró a Aster y le dedicó una sonrisa astuta—. Lamento no haber venido con más frecuencia últimamente.

—Está bien, lo sé... las cosas... han estado ocupadas para ti últimamente. Pero no te olvides de nosotros aquí, ¿de acuerdo? Creo que Kenji ya parece haber perdido su enamoramiento por ti.

—¿Oh, sí? Ni siquiera me ha notado hoy, así que no me sorprendería. —Azumi se rio.

El chillido desesperado de Kenji les llamó la atención, atrayendo sus ojos hacia el bar, donde no podían verlo bajo la gran masa de borrachos desesperados pidiendo recargas. Era como si un banco de peces hubiera inundado a una ballena.

—Lo siento, pero tengo que ayudar al pobre chico a atender la barra —dijo Ogawa—. Las bebidas van por la casa para ustedes, así que no duden en pedir cualquier cosa.

Ogawa se fue mientras surgió una gran confusión en Aster. Recordó cómo les había preguntado por Azumi después de verla por primera vez. Sin embargo, nadie le dio una respuesta directa. Viajó por su mente con la esperanza de encontrar la pregunta exacta que les había hecho a ambos, y cuando lo hizo, se sintió avergonzado de sí mismo. —¿Alguna vez has visto a una mujer joven con el pelo gris por aquí? —Una pregunta tan general podría haber significado a cualquiera.

—¡Sí! —dijo Ryo—. ¡Bebidas gratis! ¿Debería tomar whisky, Shingo? ¿O tal vez algo de sake? Comenzó a caminar hacia la barra sin preocuparse.

—¡No, Ryo! Recuerda lo que pasó la última vez —dijo Tadashi, siguiendo su rastro de partida. Shingo y Hina también los siguieron, no queriendo ser ellos los que tuvieran que charlar ociosamente con Aster y Azumi.

Hina miró hacia atrás con una suave sonrisa que llamó la atención de Aster. Con eso, dijo todo.

Pero Aster no entendió.

—No sabía que ustedes dos eran familia —dijo cuando su rostro se volvió hacia el de Azumi.

—Oh —exclamó con una risa sutil—. No lo somos. Él ha sido parte de mi vida por mucho tiempo, así que hemos sido como una familia desde que tengo recuerdos.

—¿Es un amigo de la familia?

—No necesariamente —dijo con una sonrisa maliciosa—. Pero esa es una historia para otro día".

IX

El viento de la tarde trajo consigo el sabor de una tarde otoñal. El zumbido de las cigarras se debilitaba cuando sus cuerpos comenzaban a descomponerse, arrastrándose por las calles como mendigos. Las flores inclinaban sus cabezas hacia abajo, rezando para que el verano durara un poco más. El fin del verano se avecinaba.

Parecía que las luces también habían notado el cambio, convirtiendo su brillo translúcido en tonos naranjas más tenues, como si esperaran en un atardecer eterno. Y las hojas maduraron, sabiendo que llegaría el día en que tenían que despedirse.

La ansiedad de un nuevo semestre se implantó en los rostros de los estudiantes de secundaria y superior. En los últimos días, sus mentes divagaban con los pensamientos de lo que vendrá. Las niñas se preguntaban si su nuevo peinado complacería a los chicos que les gustaban. Otros hicieron hincapié en poder participar en el torneo de su club de tenis después de practicar durante todas las vacaciones de verano. Y una profesora de música luchó por mantener su mente sana. Si ningún estudiante nuevo quería participar en su clase de música, se eliminaría del currículo. La expresión del arte a través de sonidos se había evaporado con las generaciones más jóvenes.

Pero ese día esos pensamientos se volvieron frívolos e insignificantes. Se avecinaba la celebración de otra temporada. El Festival de Verano se llevaría a cabo en el Parque Yoyogi. Se colocarían filas extensas de carpas de comida a lo largo de los caminos que daban a los serenos lagos. Las tiendas artesanales ofrecerían su encanto y pequeños escenarios traerían alegría y júbilo con sus melodías y bailes. Cientos de personas querían asistir a los fuegos artificiales que declaraban el fin del verano, pero uno de ellos deseaba saber si el asombro y la fascinación podían formar una sonrisa en sus labios. La tarde solo sería el preludio de la noche que esperaba con ansias.

—¿Estás nervioso? —preguntó Tadashi mientras esperaban en la fila.

La brisa del verano carecía de tonos refrescantes, pero el fino material del yukata azul de Tadashi lo hacía soportable. Las agresivas olas que viajaban desde el frente y hacia atrás reflejaban rejuvenecimiento. Por otro lado, Aster vestía ropa casual. Aunque no era de sudar mucho, el viento húmedo lo asfixiaba.

—Por supuesto que lo estoy —respondió, sacudiendo su camisa blanca con la esperanza de aliviar el calor.

—Cálmate, el sol empezará a ponerse pronto. La limonada que vamos a comprar también te ayudará a refrescarte. Es una especie de tradición aquí. La botella tiene esta bola de cristal que cae una vez que abres la botella. Es divertido hacer.

—El calor me hace querer quitarme la piel.

—Sí, te acostumbrarás después de uno o dos veranos más.

—Ojalá.

—Si estás nervioso, no deberías ser obvio —dijo, preocupado por la reacción de Hina.

—Como si pudiera hacer eso. Apenas sé si me estoy sintiendo nervioso .

—Bueno, trata de distraer tu mente con otra cosa.

La línea se movió. Aster se detuvo por un momento. Trató de mirar a su alrededor para encontrar algo que pudiera distraer su mente, pero todo lo que le vino a la mente fue la anticipación de ver a Azumi y celebrar su cumpleaños con todos. Tadashi miró hacia atrás cuando notó que Aster no estaba a su lado. Las mejillas de Aster se habían puesto rosadas, un tono que no podía ser debido al calor.

Hizo un leve puchero. —¡No puedo hacer eso!

Cuando finalmente llegó el momento de realizar el pedido, se enfrentaron a una cantidad sustancial de opciones. *Mizu manju*, algodón de azúcar con caricaturas impresas, guineos congelados cubiertos de chocolate, *taiyaki*, *mochi*, *dango*, *yokan*, *uiro*, limonada en una botella de presión de aire, refrescos y agua.

—¿Quieres algo más que la limonada? —preguntó Tadashi.

Aster no prestó atención. Estaba en un trance gracias a todos los dulces que abarrotaban la mesa blanca y los estantes frente a ellos. Miró al *mizu manju* con una sensación refrescante, al algodón de azúcar con nostalgia, a los guineos congelados con deseo por el frío, al *taiyaki* con intriga de sus rellenos, al *mochi* con curiosidad de lo tradicional, al *dango* con el anhelo de comerlo con té verde, a el *yokan* con ganas de ver qué tan azucarado era, y a el *uiro*, debatiendo si la fresa, la pasta de frijoles o la castaña sabrían mejor. Sus pupilas se dilataron como un halcón mirando una rata.

Una risa aguda salió de la boca de Tadashi cuando notó que los vendedores desesperados intentaban mover la línea. Pero Aster se quedó clavado al suelo, lleno de indecisión.

—Danos dos de todo —dijo.

—¿Qué? —Aster reaccionó agresivamente—. No puedo comerme todo eso.

—¿Y quién dijo que eran todos para ti? Les llevaré al grupo.

—Oh —dijo Aster, decepcionado.

Caminaron entre una multitud interminable, haciéndoles pensar en cortar camino por árboles que, una vez entraron, aludían a un bosque encantado. Pero los cuervos fantásticos no estarían allí ese día. El pequeño bosque estaba abarrotado de niños animados por los juegos y actividades. Pensaron que era mejor ni considerar pasar por tan congestionado bosque con tantos dulces. Lo que más temía Aster era que su algodón de azúcar se perdiera en una ola de empujones accidentales. Pero la terrible experiencia terminó pronto, sus amigos a la vista, y nada le había sucedido a su dulce.

—¿Qué hay en la bolsa? —Preguntó Ryo.

Aster cuestionó si responder. *Si no saben que hay en la bolsa, tal vez no quieran nada.* Un razonamiento fracturado.

—Aster no dejaba de mirarlo todo, así que nos compré algunos dulces.

—Hay tanto —exclamó Ryo, levantándose rápidamente del banco—. Déjame ver lo que tienes. ¡Mochi! Tomaré un poco de eso.

Shingo agarró ambos guineos congelados sin decir una palabra.

—¿Conseguiste *mizu manju*, Aster-kun? —preguntó Hina.

Él asintió con firmeza. Hina exclamó ante su asentimiento, y rápidamente se puso de pie, acercándose a la bolsa. Vio que había dos, colocados suavemente en un papel que simulaba una hoja doblada. Ella levantó la vista de la bolsa y lo miró a los ojos, viéndolo como se centraban en una ensoñación de algodón de azúcar. No pudo contener la risa.

—Hay dos de ellos. ¿Los has probado alguna vez?

Aster sacudió la cabeza.

—Toma uno.

Lo agarró mecánicamente. Era una gelatina de agua rellena de pasta de frijoles rojos. Sin pensarlo ni tener la compasión de esperar a Hina, lo mordió. Hundiendo los dientes en el dulce y en su textura blanda, notó que estaba hecho principalmente de agua. Fue tan refrescante como la limonada que ya se había bebido. El relleno de pasta de frijoles rojos le dio el toque necesario de dulzura, pero no lo suficiente como para darle sed. Apretó los labios con cada giro de la lengua como si estuviera tratando de extraer su esencia, todo para sacarle el máximo provecho.

—¿Te gustó? —preguntó Hina después de saborear el suyo.

—Mucho —expresó finalmente—. Probemos el *dango* ahora.

—¡Sí! —Sonrió, desesperada.

Cuando se acabaron todos los dulces y postres, el sol comenzó a esconderse antes de que llegara la luna, con la esperanza de no enfrentarse a su amor no correspondido.

Había pasado el día y los asalariados habían terminado de trabajar. Ahora, las multitudes de la tarde parecían miniatura en comparación con el gigante que avanzaba pisando fuerte por el parque. Los escenarios se volvieron más animados, resonando en todas partes como un guardián de un bosque intimidando a un intruso.

El grupo caminó entre los árboles, encontrando cerezos en flor solitarios temiéndole al invierno que se aproximaba. Los otros árboles se mofaban, sabiendo que el cerezo perdería sus hojas primero. Entre esas risas ventosas se escondía un miedo atormentado. Sabían que, con una sacudida de la brisa de invierno, también se quedarían desnudos.

Un mirador se llenaba de intrusos. Todos se sentaban sobre mantas de picnic para escapar del polvo terroso. El comienzo del viento de la tarde los acarició con alegría. Aster y el resto podrían haber hecho lo mismo, pero Shingo se había olvidado de traer la manta que le dijeron que trajera. Algo en su expresión les dejó saber que simplemente no le importó traerla. Por eso, decidieron caminar hasta un monumento para sentarse en los bancos cercanos a él. La piedra gris sostenía un pilar, y en él había escrituras verticales hasta la base.

La charla ociosa llenó sus alrededores. Una risa rotunda, predominantemente de Ryo, impregnó entre los árboles de la zona más tranquila. Tonterías, bromas, sarcasmo e insultos juguetones eran la norma, pero la mayoría de ellos pasaban por desapercibidos para Aster. Solo un pensamiento saturó su mente a medida que la tarde se hacía más oscura. —¿Qué diré cuando la vea?

Es como si Ryo hubiera leído su mente cuando preguntó: —¿Cuándo vendrá Hajime-san? ¿No me digas que ya te han dejado plantado?

La broma no fue divertida para Hina. Lo mostró con un suspiro exasperado que solo Tadashi notó.

—Se supone que me encontraré con ella en el jardín redondo cerca de la entrada más tarde.

—¿Por qué no vino antes como lo hicimos nosotros? —preguntó Shingo.

—Dijo que tenía una reunión importante de la que no podía salir.

—Está bien, la parte divertida comienza con los fuegos artificiales —dijo Ryo—. Es posible que te acerques mucho por culpa de la cantidad de personas que habrán alrededor.

Eso era cierto. El espectáculo de fuegos artificiales sería la parte más concurrida, ya que se mostraría en la fuente en el centro del parque. Pero lo que debería haber hecho que Aster se sonrojara de la emoción, solo nubló su mente con el pensamiento de tanta gente a su alrededor.

—Bueno —dijo Tadashi, abriendo la bolsa que había llevado todo el día—. Creo que este es

un momento tan bueno como cualquier otro. —Sacó cinco tazas de té de madera. Luego, de una bolsa aislada, sacó una botella de sake sudorosa—. Gracias a Ryo, ya sabes que decidimos venir aquí para tu cumpleaños. Pero no se puede hacer ninguna celebración sin beber a tu nombre. Así que todos, por favor, tomen una taza.

Rodearon a Tadashi mientras esperaban a que se sirviera el sake. Aster sintió que el pelo de su piel se erizaba como si fueran público en un concierto. Nunca antes había celebrado un cumpleaños. *¿Qué debo hacer una vez que brindemos?* se preguntó a sí mismo. *¿Debería decirles algo a todos?*

—Bueno —dijo Tadashi, poniendo su bolso en el banco—. Supongo que diré algunas palabras antes de brindar. Aster, seré honesto contigo. Cuando publiqué el aviso de que estaba buscando un compañero de cuarto, no esperaba que un extranjero me contactara. Al principio estaba escéptico, no porque vengas de donde vienes, sino porque pensé que nuestros hábitos chocarían en la casa. Solo me tomó un día darme cuenta de lo equivocado que estaba. Eras callado, pero me confiaste tus secretos más profundos. Sé lo difícil que debe haber sido para ti .

Los ojos de Aster se llenaron de lágrimas.

—Pero rápidamente te convertiste en alguien sin quien no puedo verme viviendo sin él. Sé que puedo decir que eso también se aplica al resto de nosotros. No tienes idea de cuánto apreciamos tu compañía y tus miradas desorientadas. Por eso queríamos pasar este día contigo. Para nosotros, es tan importante como debería serlo para ti. Ahora, brindemos. Por el príncipe no tan sombrío. Por Aster.

Las tazas chocaron y el sake salpicó. Las tazas lloraron a las gotas saltar, siguiendo el tempo de las lágrimas de Aster; simultáneamente cayeron hacia el sendero lleno de tierra. Las salpicaduras sobresaltaron sobre la tierra como si una lluvia de meteoritos se estrellara sobre ella. Todos tomaron el sake, y cuando las tazas dejaron sus caras, vieron los ojos de Aster.

Su llanto fue mudo y no hubo sollozos involucrados. Solo una cascada interminable de una cueva que ya no parecía ser tan oscura. Repitió: —Gracias —una y otra vez.

No pudieron contener las sonrisas. Pero Hina no pudo soportarlo. Su corazón se derritió instantáneamente cuando lo vio llorar genuinamente por primera vez. Desde el principio, supo que su mirada era incomprendida. Sus ojos se aguaron.

Al darse cuenta rápidamente, los limpió y pidió otra ronda. Allí mismo, decidieron vaciar la botella, incluso si les tomaba más de cinco rondas. Aunque se tomaron la botella en cuatro rondas, ¿qué sería de Ryo si la botella duraba una quinta ronda?

***

Tadashi decidió que Aster debería ir a encontrarse con Azumi solo. Ahora Aster esperaba en el jardín redondo cerca de la puerta. Estaba lleno de girasoles que inclinaban la cabeza hacia la luna, lirios y hortensias. Los miró fijamente, notando cómo estaban plantados uniformemente para que el patrón de colores contrastara maravillosamente.

Su corazón dio un vuelco cuando sintió que unos brazos comenzaban a rodear su estómago desde atrás. Aquellos delicados brazos se apretaron suavemente con toda su fuerza, una fuerza tan tierna que sería imposible imaginarla siendo agresiva.

—Alguien debió haber pensado mucho en cómo se plantarían —dijo su voz suave—. Bonito, ¿no? —Sus manos comenzaron a abrirse cuando él comenzó a darse la vuelta, soltando su abrazo por completo cuando la miró.

—Ese es el abrazo sorpresa que me debías por la vez pasada —dijo Azumi.

Quedó hipnotizado cuando vio que su cabello normalmente suelto estaba atado con mechones cenicientos cayendo a los lados de su rostro. Ella inmediatamente se dio la vuelta cuando su mirada cayó sobre su ropa. Su simple yukata violeta tenía cisnes blancos que volaban desde su manga hasta su cuello. Y su *obi* borgoña llenó de flores los acentos dorados en su cintura

—Creo que es hermoso… —Trató de arreglarse la garganta. Sus ojos se apartaron—. Tú... quiero decir.

Sin esperar una respuesta como esa, sus manos se apartaron mecánicamente. Dejando vulnerable su mirada amistosa.

—¿Nos vamos a reunir con tus amigos? —preguntó, evasivamente—. Deberíamos darnos prisa si esperamos encontrarlos.

—Sí, dijeron que estarían esperando en la fuente. Los llamaré cuando estemos más cerca.

—¿Vamos, Aster-kun? Estoy emocionada. Me encantan los espectáculos de fuegos artificiales —dijo mientras sus ojos brillaban. Pero él ya lo sabía.

Comenzaron a caminar hacia la fuente en el centro del parque. El bullicio bailaba al ritmo de la música, ya fuera un vals, o una canción de jazz, o música popular. Intentaron caminar al borde de la multitud, tan libremente como pudieron. Aster estaba decidido a pasar la noche sin una sola preocupación.

La multitud fue implacable esa noche, moviéndose sin preocuparse por los que estaban a su lado, ni siquiera por el sutil grito que se podía escuchar. Si no fuera por las linternas de papel que iluminaban el camino con tonos naranjas, Azumi nunca hubiera podido ver a la niña pequeña llorando en medio del mar de gente. Inmediatamente detuvo a Aster, señalando a la niña desesperada. Lamentablemente, nadie se atrevió a perderse un buen lugar para ver los fuegos artificiales por una niña llorando.

Empujó a la multitud sin aprensión hasta que la alcanzó. Aster se quedó quieto, ya que parecía que era un trabajo de una sola persona. Desde la distancia, vio cómo ella limpiaba suavemente las lágrimas de la niña y cómo acariciaba su cabello ébano. La niña comenzó a calmarse y Azumi la levantó en sus brazos, llevándola hacia Aster. Para ella, parecía ser una tarea tan sencilla.

—Aster-kun —dijo Azumi—. Parece haber perdido a su familia entre la multitud. ¿Te importa si los buscamos?

—Por supuesto que no —dijo, casi como un reflejo—. Vamos.

Aster sugirió ir a la carpa más cercana, que estaba a solo unos metros de distancia. Era un área bien iluminada, donde cualquiera podía verlos. También resultó ser un buen punto de vista para buscar a su familia.

Pasaron unos minutos y no vieron a nadie. La niña, por fin, había cesado los suaves sollozos que quedaban de su llanto. Ahora solo jugaba con los curiosos mechones de cabello ceniciento que caían sobre los hombros de Azumi.

—¿Te pintaste el pelo así? —preguntó la niña.

—Sí —dijo Azumi en un tono agudo, como si estuviera hablando con un cachorrito—. Me gusta encanta este color.

—A mí también me gusta. Quiero pintarme el pelo así.

—Bueno, tal vez cuando seas lo suficientemente mayor, puedes. Apuesto a que te quedaría muy bonito.

La niña se alegró, frotando el cabello de Azumi en su mejilla. De vez en cuando miraba a Aster, quien apartaba la mirada cada vez que lo hacía. Sus ojos transmitían desconfianza.

—¿Él es tu esposo? —preguntó la niña.

—Oh no, nada de eso —respondió Azumi, riendo y mirando a Aster con su visión periférica.

—¿No? Pues te mira mucho.

—¿Ah, ¿sí? —preguntó, ahora mirando a Aster con una sonrisa codiciosa—. Gracias por decirme.

Todo lo que Aster pudo hacer fue rascarse el cabello mientras le dirigía una sonrisa falsa.

—Me da un poco de miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué? Él es la persona más amigable que conozco. —Le dio a la niña una sonrisa tranquilizadora—. Sabes, es músico. Toca el piano.

—El piano es aburrido —dijo la niña sin apartar los ojos del cabello de Azumi—. Me gusta más la guitarra.

Azumi solo pudo reírse de su intento fallido.

Entre la multitud, una voz gritó desesperadamente. Se hacía más fuerte cada vez que gritaba: —Karin —decía. La niña volvió la cabeza agresivamente. Parecía ser su nombre. Una mujer cuyos ojos estaban llenos de lágrimas los recibió con un fuerte tirón sobre la niña, tomándola de los brazos de Azumi. Abrazó a Karin desesperadamente, casi dejándola sin aire.

—No vuelvas a hacer eso —dijo la mujer—. No camines por tu cuenta. ¡Te pudo haber pasado algo!

—Lo siento, mamá —dijo Karin, con una voz más dulce que antes—. Pero la señora del cabello bonito me ayudó.

La madre le dio las gracias como cien veces. Se inclinó profundamente, pidiendo perdón por las acciones de su hija. Azumi le restó importancia diciéndole que le podría haber pasado a cualquiera. Aun así, la mujer le ofreció dinero, que ella negó con firmeza.

Después de eso, la mujer se fue con Karin, quien se despidió mientras se perdía nuevamente entre la multitud. El calvario había terminado y ahora podían reanudar la búsqueda de sus amigos.

Ella es otra cosa, Aster pensó con solo una mirada.

Después de llamar al teléfono de Tadashi, llegaron al lugar donde estaban sus amigos. De hecho, era un buen lugar para ver los fuegos artificiales. Estaban directamente frente a la fuente. Pero esto significaba que estaban justo en medio de la multitud que seguía tratando de avanzar para ver más de cerca. Para Aster, esto resultaría difícil.

—Hola —dijo Azumi alegremente.

—Hola, Hajime-san —dijo Tadashi—. No les resultó difícil encontrarnos, ¿verdad?

—No, encontraste un buen lugar. Aunque, está bastante aglomerado. ¿No es así, Fujita-san? Tengo miedo de que nuestros *obis* se arruinen aquí.

—Es cierto, muy congestionado —dijo Ryo, guiñando un ojo a Aster, quien se dio cuenta, pero estaba demasiado ocupado tratando de mantener la calma para reaccionar.

—Debería estar bien —respondió Hina—. Los chicos nos harán algo de espacio, ¿verdad?

—Por supuesto —expresó rápidamente Tadashi.

—Te ves muy bonita en tu yukata, Fujita-san —dijo Azumi con ojos que bailaban tímidamente.

La reacción de Hina fue adversa al comportamiento que esperaba mantener: uno que siempre fuera serio. Frente a Azumi, notó la disposición de ella: una que era tímida y cerrada. Se dio cuenta de que los miedos que pasaban por su mente también podían estar pasando por la de Azumi. Aunque el contexto no fuera el mismo, el miedo podría nublarlas a ambos.

—También te ves muy hermosa, Hajime-san —dijo de manera sincera—. El violeta realmente te complementa.

Azumi contuvo el aliento, sorprendida, sus ojos se abrieron cuando el color rosa llenó sus mejillas. Bajo el cielo nocturno, nadie más que Hina notó su reacción. Puso una sonrisa en su rostro. Después de todo, no eran tan diferentes.

—¿Cuándo comenzará el espectáculo? —preguntó Hina.

—En una hora, supongo —respondió Tadashi.

Esas palabras rebotaron en la cabeza de Aster. ¡Para poder mantener la calma durante una hora, más el tiempo que tardaría en terminar el espectáculo de fuegos artificiales! Ya había aceptado que, si llegaba hasta entonces, no iba a poder disfrutar del espectáculo. La determinación que había mostrado antes estaba comenzando a fallar. El tierno calor que el brazo de Azumi exudaba en su brazo era lo único que lo mantenía unido. Sin forma de explicarlo, se sentía seguro. Pero incluso su calidez no sería suficiente.

Pasaron cinco minutos, luego diez, y poco a poco sus oídos se volvieron sordos a las conversaciones que todos estaban teniendo. Pasaron diez minutos más, y sintió que la multitud a su alrededor comenzaba a crecer exponencialmente. El incómodo calor que emitían se volvió más angustioso. Miró hacia abajo para buscar refugio. Un error, porque cuando notó el vacío negro donde ni siquiera podía ver sus pies, su pecho comenzó a contraerse. Sus pulmones comenzaron a inhalar aire involuntariamente, aumentando su ritmo lentamente. Sus manos se entumecieron y el brazo que usaba como muleta para su mente se disipó lentamente de su sentido del tacto. Pilares lo rodeaban, donde no podía ver frente a él, a sus lados o detrás de él. El único aire venía de arriba, donde la luna se asomaba por una escotilla.

La desesperación se apoderó de su cuerpo, pero una vez que lo hizo, sintió un tirón de su brazo entumecido. Un tirón que lo arrastró lejos de los pilares que lo rodeaban, dejándolo tomar una bocanada de aire fresco. Ese tirón se convirtió en una silueta con un yukata violeta.

—A mí tampoco me gustan las multitudes —dijo Azumi—. Ven, conozco de un mejor lugar.

Tadashi miró hacia atrás para ver que Aster y Azumi habían desaparecido, pero sabiendo exactamente lo que había sucedido, se rio disimuladamente.

—¿A dónde fue Aster? —preguntó Ryo.

—Probablemente para tomar algo de aire fresco —respondió Shingo.

—Deberíamos ir a ver cómo están.

—No —dijo Hina—. Déjalos. Estoy segura de que están bien.

Los ojos de Tadashi se encontraron con los de Hina.

Ambos sonrieron.

***

Dejaron el Parque Yoyogi para trasladarse al bosque vecino donde estaba el santuario Meiji. Fue una caminata más larga de lo que esperaba, pero Azumi nunca dijo una palabra. Solo le ofreció sonrisas apaciguadoras para conjurar el sereno sonido de las olas chapoteando en la arena de la noche. Lentamente, para Aster, sus brazos comenzaron a sentir su agarre y su pecho se aflojó. Su respiración dificultosa también se había aliviado cuando llegaron a la entrada del bosque.

El colosal *torii* rojo les dio la bienvenida con un aura plácido. No había mucha gente alrededor. Solo los que, como ellos, querían escapar de la congestión. Su ritmo rápido se

ralentizó, dejándolo caminar a su lado. Pero Azumi nunca soltó su muñeca.

El camino era ancho, con árboles gigantes moldeando el camino que tomaban. Se sentía como un lugar completamente ajeno a la ciudad, como si hubieran entrado en otro mundo una vez caminaron por debajo del arco. Pasaron por el Santuario Meiji, donde Aster pensaba que ella lo llevaría. Sin embargo, lo llevó por un pequeño sendero, pasando junto a una cartelera que decía *Minami-ke*. Nunca cuestionó sus giros violentos, incluso cuando el camino se oscureció y la gente a su alrededor desapareció de su presencia.

El camino se abrió a un campo de grama junto a una cabaña. El viento ligero cantaba sobre él, convirtiéndolos en espectadores de su hermosa voz. El pequeño lago a lo lejos siguió con su danza. Como si fuera una señal, se movió al ritmo de un canto de cisne. Ballet bajo la noche estrellada. El preludio al acto principal.

—Aquí estamos —dijo Azumi, finalmente—. Ven, acerquémonos al lago.

Lo hicieron sin decir una palabra, por respeto a la música. Descansaron sus cuerpos en el pequeño y cuadrado tablado. Aster ya se sentía en paz con su desesperación. Por ahora, se sentía complacido y agradecido de que solo la presencia de Azumi estuviera cerca.

—Gracias —dijo, mirando hacia el lago danzante.

—La verdad, Aster-kun —dijo, estirando los brazos contra la barandilla de madera mientras respiraba profundamente, "Quería estar a solas contigo.

—Yo también.

—Eso me hace feliz, porque hay algo que he querido decirte desde hace un tiempo. —Su mano tocó su pecho con una ligera indecisión. Se negó con la cabeza, decidiendo no decírselo, y con ojos que brillaban más que las luciérnagas que comenzaban a llenar la grama, lo miró a los ojos—. Feliz cumpleaños.

Un sonido atronador vino del cielo. Una luz brillante brilló en sus rostros, encontrando su sonrisa y sus ojos vidriosos. Otro estallido de trueno golpeó con un color rosa, esta vez encontrando los ojos de Aster estallando en llamas. Aster agarró la mano que presionaba en su pecho y la atrajo hacia él, dejando que su rostro se hundiera en el suyo. Abrazándola con fuerza, acarició su cabeza.

—Descubrí que me haces sentir lo que no he sentido en toda mi vida —dijo, mirando la luz amarilla que emitía el espectáculo de fuegos artificiales—. Y no sé cómo. —Vio la belleza, y esa belleza se precipitó a través de su cuerpo como un corredor en busca de redención. La luz era más brillante que la tenue luz que vio en el Festival de Sakura. Esta vez, había un significado detrás de esos fuegos artificiales. Vio el rostro de Tadashi en el cielo, el amigo siempre vigilante y confiado. Luego vio la caminata nerviosa de Ryo, y recordó que no importaba la tristeza que nublara su mente, la risa siempre sería infinita. La mirada perpetua de Shingo ocultaba que, contra todo, sus amigos siempre eran prioridad. Y el rostro amable y reservado de Hina brillaba en sus ojos como una supernova, sabiendo que, entre los demás, él siempre podría ser sincero con ella y nunca sentirse juzgado.

—Azumi —dijo en voz baja, dejando que su aliento golpeara su cabeza—. Regálame la sonrisa que le diste a los fuegos artificiales aquella noche. —La agarró por los hombros y la apartó de él, haciéndola fruncir el ceño.

Esa confusión se convirtió rápidamente en afirmación cuando dijo: —Está bien. —Dejó que las esquinas de sus labios fueran tiradas por la cuerda en sus ojos. Su cara genuina y resplandeciente era tan grande que su cuerpo expulsó una risa. Haciendo eco a través del lago, acompañó el sonido de los hipnotizadores fuegos artificiales. Aster reciprocó sin poder

contenerlo como una gripe contagiosa que viaja contra el gradiente de concentración.

Los fuegos artificiales empezaron a cesar cuando el agua empezó a hincarles la piel. Esas gotas cayeron en sus bocas risueñas, permitiéndoles probar su sabor ácido mientras corrían hacia la cabaña en busca de refugio.

Las luciérnagas se disiparon; los fuegos artificiales también interrumpieron su espectáculo. Ahora, el suave canto del cisne se convirtió en un canto torrencial de los cielos. Trajo un viento sombrío que sorprendentemente no cubría la noche estrellada.

Se sentaron en el piso de madera del porche, mirando la lluvia que los amenazaba con sus salpicaduras. Los escalofríos que Azumi sentía daban indicios de su cuerpo frío. Pero Aster los atrapó con intuición de detective y la acercó más, tratando de mantenerla caliente.

—Gracias —dijo—. Pero tu camisa también está mojada. —Él se separó, pero ella lo agarró y lo acercó—. No... es mejor que el frío.

Su cabello bien recogido comenzó a desparramarse por la humedad, y ahora caían mechones sobre su rostro—. Me tomó un tiempo peinarme el cabello —dijo, apartando mechones de su cara—. No suelo atarme mucho el pelo. Me da dolor de cabeza.

—Solía tener el pelo más largo —dijo Aster, cepillándose el pelo mojado color ámbar hacia atrás—. Pero siempre me molestaba cuando tocaba.

—Me hubiera gustado ver eso. ¿Tienes fotos?

—No creo que tenga fotos. ¿En línea, tal vez?

Ella le quitó el teléfono sin pensarlo, encendió la cámara frontal y le dijo que sonriera. Hizo lo que ella le ordenó. No es como si tuviera tiempo para decidir.

La pantalla brilló en blanco y ambos cerraron los ojos instintivamente. Sus rostros se veían terriblemente pálidos, pero sus sonrisas conectaron como si lo hubieran practicado durante días. Ella se rio de sus miradas tontas. Él solo pudo reírse cuando vio su propia sonrisa. Era la primera vez que la veía. No la detestaba tanto como pensaba.

—Ahora tienes tu primera foto. Tu segunda debería ser con tu piano, y tu tercera… —Ella ahogó su voz y suspiró profundamente—. Quiero mostrarte tantos lugares diferentes, Aster-kun. Apuesto a que no has ido a ver al Monte Fuji, ¿no es así?

Sacudió la cabeza.

—¿Y qué hay de Kioto y los santuarios alrededor de la ciudad? ¿O has ido a ver un espectáculo de Kabuki?

—No he hecho nada de eso.

—Entonces te llevaré. Te llevaré a todos ellos. —Ella se hundió en su brazo.

—No querría nada más —dijo, sintiendo su risa en su pecho. *¿Pero por qué yo?* se preguntó a sí mismo.

—Bien —ella dijo, comenzando a sentir que su pecho se contraía. Su respiración se estremeció levemente. Trató de que él no se diera cuenta, pero sostenerlo solo hizo que le picara la garganta y un temblor comenzó en todo su cuerpo.

—¿Cómo estuvo la reunión? —Aster preguntó.

—Oh, la reunión estuvo bien. —Su voz se cortó ligeramente cuando una tos intentó salir.

—¿Se trataba de un trabajo?

—Claro, algo así... —Se quedó en silencio mientras esas palabras se disipaban en el aire. Sus ojos se entristecieron mientras miraban hacia el agua que salpicaba. Aster no podía verla, menos aún captar su tono vago.

El cielo no dio señales de querer detener su grito desesperado. Se concentró en ello,

preguntándose por qué, aunque su cuerpo estaba mojado, sentía como si el sol brillara sobre él. Miró hacia abajo para ver a Azumi todavía enterrada bajo su brazo y se dio cuenta de que no era el sol brillando sobre él, sino Azumi quien lo hacía sentir tan cálido. Con delicadeza, le acarició la cabeza húmeda, entrelazando los dedos con su cabello. En un leve susurro que no era para ella, dijo: —Azumi... ¿qué te gusta?

—¿Qué me gusta? Esa es una pregunta muy amplia —dijo en una bocanada de aire.

—Lo siento —se rio nerviosamente—. No tienes que responder a eso.

—Está bien... Hm, ¿qué me gusta? Bueno, me gusta el té verde. —Se rio—. También me gusta comer buena comida y caminar por el parque mientras la puesta del sol está detrás de mí. No lo sé... me da una sensación de satisfacción, como si el día terminara y yo todavía estoy aquí… viva. —En un suspiro, susurró: *Al menos eso es lo que quiero*—. También me gusta leer libros que me hacen llorar. De esa manera, mis propias preocupaciones pueden desaparecer con las lágrimas. Me gusta cantar en la ducha, aunque mis vecinos les aborrezca. Me gusta escuchar canciones que me recuerden a tu piano. Y… bueno, me gusta que pude estar aquí para tu cumpleaños.

Me alegro de que hayas venido.

—¿Qué te gusta, Aster-kun?

—Me gusta... esto ahora mismo.

—Hm.

Se rio una vez más, sabiendo que una respuesta como esa podría no ser suficiente. Si la historia se repite, ella querría que él expresara lo que realmente siente.

—Está bien así. Eso es más que suficiente. —Ella apretó su abrazo alrededor de su brazo.

No es suficiente.

Su aroma flotaba fuera de su cabello, embrujándolo y hechizando sus movimientos. Su cuello giró naturalmente y sintió su cabeza siendo tirada por una cuerda, inclinándolo más hacia ella hasta que sus labios se presionaron sobre su cabello perfumado a vainilla. Sus labios se fruncieron, presionaron y soltaron un beso, atándola en su propio hechizo.

Por la conmoción, se volvió, no violentamente, sino tranquilamente. Los labios de ella temblaron sutilmente con deseo, al igual que los de él. Ambos se enrojecían mientras sus miradas estallaban. Su aliento tembloroso se intercambió. Su calor se hacía más fuerte cuanto más cerca estaban el uno del otro hasta que esos escalofríos se detuvieron entre sus labios apretados. Sus preocupaciones desistieron en un momento de felicidad.

Esa noche, la lluvia cantó sin cesar, nunca angustiando a las estrellas que miraban con asombro al nuevo amanecer entre ellos. Los innumerables timbres que emitía su teléfono nunca fueron respondidos.

X

A veces la vida puede parecer insoportable, y otras veces la vida puede parecer tan fantástica como una historia de fantasía. Pero estos momentos son solo eso, momentos. Ninguna vida se siente completamente desesperante, alegre, lúgubre o escalofriante. La vida no es más que una secuencia de emociones aleatorias guiadas por circunstancias. Sin embargo, hay un sentimiento que se aísla del resto. Dicha. Felicidad total y absoluta. Encontrada de muchas formas y lo que las personas buscan durante toda su vida.

Un momento de felicidad, como las campanas de una boda. Una felicidad que parece durar para siempre. Una pared de cristal que contrario a su apariencia parece inquebrantable. O el torrente de diamorfina a través de las venas de un adicto, que después de buscar por tanto tiempo para poder pagarla, ahora siente que la vida nunca podría ser mejor, sin importar lo que le cueste.

Pero lo que tiene similar a otras emociones es que, en algún momento, la dicha también deja de existir.

—Te llevaré a todos ellos.

***

Los rayos del sol podían traspasar incluso las gafas de sol más gruesas. Era la última batalla del verano. Trató de traer consigo el calor por el que es conocido, pero el otoño sopló y sopló hasta alcanzar el ambiente fresco que los días deseaban. Como diría su amiga, la primavera: —Somos el preámbulo de lo que está por venir.

Para la naturaleza, el otoño era el mensajero de la muerte. Aconsejaba que las hojas se despidieran a medida que maduraban y que la hierba se comprometiera a su último baile antes de secarse. Para los animales, el otoño era un mensaje de los dioses. Tal como lo indicaba su naturaleza nómada, era hora de seguir adelante o de prepararse para el largo sueño. Para la gente, el otoño era una caída.

Desde donde se encontraban, los edificios que tocaban el cielo se veían como el paisaje de una pintura, sin detalles y lo suficientemente borroso como para parecer que pinceladas formaban sus pilares y que manchas de pintura formaban sus ventanas. Todavía estaban en la base de la montaña, preguntándose qué tan grande podría verse la ciudad desde arriba. ¿Los rascacielos se verán cómo farolas? ¿Parecerán hormigas los coches? ¿Los cerezos en rosa serán como grama blanca sobre suelo de invierno? La respuesta podría estar en la punta del Monte Fuji.

El viaje hacia arriba comenzó cuando pasaron bajo el torii. Las nubes que cubrían la montaña tenían una vista borrosa de muchas cabañas alrededor de los bordes del sendero, un punto de descanso donde podían alojarse y comer si lo necesitaban.

—Ahora, no te marees cuando empecemos a escalar —Azumi dijo, recogiendo su cabello en un moño—. Espero que esto no me dé dolor de cabeza demasiado rápido. —Murmuró para sí misma.

Cada paso que daban sonaba como galletas que se desmoronaban bajo sus botas. A veces ese sonido se convertía en papel de lija rayando madera cuando sus botas se resbalaban. Entre ellos, hubo poca charla. La mayoría eran burlas de Azumi, quien escondía su respiración entrecortada entre sus bromas. Sin embargo, sus chistes cesaron a medida que subían más alto y el aire se hacía más delgado.

Ya casi llegaban al cielo. Los tonos azules eran casi palpables. Se imaginaban que probablemente era suave como el algodón, pero disipable como el aire. Colorido como una pintura surrealista, pero con matices blancos como las teclas de un piano.

Llegó al punto en que los ojos de Aster habían caído al suelo. Estaba exhausto y tenía miedo de entrar en un abismo eterno, incluso cuando la barandilla hecha con cuerdas amarillas actuaba como un salvavidas. El aire se había adelgazado hasta el punto en que utilizaban una lata para abastecerse de oxígeno para respirar. Se preguntó a sí mismo, *¿cómo ella lo está haciendo sin quejas?* Luego se preguntó diez veces más, sin notar el sonido sibilante que venía de frente a él. Sin notar cómo sus hombros se levantaban violentamente en un intento para expandir sus pulmones lo más posible.

El crujir de las botas de Azumi se convirtió en un rasguño cuando sus pies comenzaron a arrastrarse.

Un paso más y tropezó, apenas manteniéndose en pie con las cuerdas.

—¡Para! Azumi, necesitas un descanso.

—Ya estamos cerca de las cabañas —dijo, sujetándose el pecho con la mano con su cara arrugada—. El aire es muy tenue, seguramente pasará en un minuto.

La alcanzó y la agarró del brazo. Con el giro de su cuello, vio lo que nunca quisiera volver a ver.

Su rostro estaba pálido como si hubiera estado atrapada bajo agua helada durante horas. Sus labios temblaban como un niño llorando, y sus ojos inyectados en sangre eran las puertas de una mística luna roja.

Impulsado por pura adrenalina, hizo lo que la mayoría consideraría imposible y la cargó sobre su espalda. Incluso con el aire tan escaso, sus pulmones se llenaban de aire con cada paso.

—Aster —dijo, bajo su respiración agitada—. Estoy bien... de verdad. Puedo caminar.

—Deja de ser tan terca. Si algo te sucediera ahora...

No lo dejó terminar y besó su mejilla con su boca temblorosa, hundiendo su rostro en su cuello.

No pasó mucho tiempo antes de que llegara a las cabañas cubiertas de niebla. Y habiendo sido avistados por el personal, se les esperaba con una camilla. El personal se hizo cargo rápidamente, dándole a Azumi una mascarilla para que se oxigenara. La colocaron suavemente en la camilla.

—¿Te sientes mareada? —preguntó el miembro del personal.

—Sí —respondió ella.

—¿Tienes visión borrosa?

—Está mejorando.

—¿Estás embarazada, te han operado recientemente, o tienes alguna enfermedad de la que debamos estar al tanto?

Su rostro actuó mecánicamente. El color que aún quedaba desapareció de sus pómulos rosados. Miró a Aster y notó que sus ojos, en contra de su voluntad, miraban directamente a la luz que otro miembro del personal le había impuesto. No había estado escuchando su conversación.

No quiero que sepas todavía, comenzó a pensar. —¿Podrían llevarlo a conseguirnos un lugar para pasar la noche, por favor?

Aster asintió después de momentos de lucha y limitaciones. La brisa tocaba su piel como si plumas la acariciaran con un leve esfuerzo cuando intentaba correr de regreso hacia ella. Pero el personal no se lo permitió. Se tuvo que calmar. No tenía otra opción. Decidido a esperar en el balcón de madera de su cabaña, miraba al sol mientras se escondía entre las nubes. Ese dominio que sólo lo perciben halcones y cóndores.

El oxígeno se disipó como la esperanza de bajar la montaña ese día. El sol comenzó a esconderse. Se sentía solo. El balcón y la hoguera sólo contenían cenizas volando al ritmo del viento. El balanceo de sus pies hizo una melodía sutil con la madera, como un ritmo de jazz. Últimamente, su trabajo se había desviado de su sonido normalmente contemporáneo.

Escuchó risas al otro lado de la cabaña. No le parecían familiar, pero el tono evocaba recuerdos de sus días de juventud. Su cabeza giró como un tornillo con una mirada que cayó y labios que fruncieron.

No. No era quien pensaba que era. Sin embargo, su corazón sintió una presión que ninguna altitud podría darle.

Miró hacia abajo y respondió a sus propias preguntas. Los rascacielos no parecían farolas, los coches no parecían hormigas marchando en busca de comida y las flores de cerezo no parecían nieve sobre un campo de hierba. Simplemente no eran visibles desde donde estaba sentado. El mundo debajo de él se había convertido en un misterio, convirtiéndolo en un arqueólogo, curioso sobre lo que contenía el mundo.

¿Es esta la visión que tenían los dioses de la antigüedad? se preguntó a sí mismo. Nunca se le ocurrió una respuesta, porque los pelos de su piel se erizaron por el aroma de vainilla que provenía del viento que lo rodeaba. Estaba mezclado con un olor estéril flotante.

—No me digas que te sientes enfermo —susurró el aroma.

—Podría preguntarte lo mismo —susurró en respuesta.

Recibió una risa juguetona.

—La próxima vez solo di que no te sientes bien.

—Pero me sentía bien. Te dije que podía llegar aquí sin problemas, pero decidiste que ese no era el caso.

—Porque no lo era. —Su voz había perdido la calidez que siempre había tenido con ella.

Azumi permaneció en silencio.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Puedo ser un poco egoísta.

—Obstinada sería más apropiado.

—No, pero no lo entenderás.

—Ayúdame a entender.

—No quiero.

Miró el sol que caía. Vio como su última luz se disipaba mientras la oscuridad recobraba su dominio. —No soy bueno entendiendo pistas y gestos, ¿sabes?

—No importaría. —Ella ocupó el lugar a su lado—. No estoy mostrándote ninguna pista.

—Quiero entenderte ...

—La puesta de sol se ve tan diferente a esta altura, ¿no es así?

Los ojos de Aster expresaron decepción hasta que sintió su cabeza caer sobre su hombro mientras su cabello se deslizaba alrededor de su espalda.

Sus ojos se tensaron.

—Sí… lo es —dijo en un suspiro silencioso.

Azumi sonrió.

El sol terminó de ponerse. El viento tocó su melodía. Las chimeneas alrededor de las cabañas cobraron vida. Ellos permanecieron.

—Aster-kun...

Él expresó que estaba escuchando.

—Vamos a quedarnos así un tiempo más, ¿de acuerdo?

La asombrosa noche de otoño trajo consigo deslumbrantes regalos, como un viajero recién nombrado en busca de conceder deseos. Un intento desesperado.

—Pide un deseo por mí —ella dijo.

—Ya lo eres todo —él respondió.

***

Salieron de la estación de tren de Kioto. Parecía una ciudad corriente, con calles anchas donde el flujo de coches era frenético y la gente vestida de traje saturaba las aceras. El viaje de dos horas se sintió como una vuelta por Tokio para Aster.

Un tirón de un brazo entusiasta y delicado pronto demostró que estaba equivocado, llegando a un puente de madera, un teletransportador a una tierra diferente donde el período Edo gobernaba con sus formas estrictas y tradicionales.

Los grandes templos cantaban con sus tarareos, invocando la tranquilidad, la armonía, y la paz. Los templos más pequeños alrededor de los árboles estaban camuflajeados. Sus paredes se curvaban como un tronco. Hasta las ardillas se confundían. Las tejas del techo tomaban forma de hojas otoñales que engañaban incluso a los pájaros más inteligentes.

Los amplios escalones conducían a una plaza amplia en el centro de los templos con fuentes de bambú; un torrente de agua que inducía paz con su sonido consistente y sutil. Los pequeños estanques con peces koi consumían el caos en forma de comida. A los niños solo les importaban los peces. Pero ese caos fue derrocado por el abrumador incienso. ¿Nag Champa? ¿Jazmín? ¿O incluso lavanda? Era difícil decir.

Azumi corrió frente a Aster, sin importarle las miradas juiciosas que se fijaban en ella. Se retorció, dio vueltas y su cabello la siguió como la cola de polvo de un cometa. Le siguió su brillante sonrisa blanca. Aster no podía dejar de observarla. De alguna manera el impulso de responder con una sonrisa era genuino, mecánico y pleno.

Simplemente se ve hermosa, pensó en forma de notas agudas y síncope abstracto. *La ligera curva que define su vestido cuando corre por sus caderas antes de explotar en una ráfaga en sus muslos una vez comienzan a bailar. El sol brilla sobre ellos como si el contorno de una montaña detuviera la puesta de sol. Y esos rayos que contrastan tan perfectamente con los colores profundos de los templos nunca llegarán al valle de alabastro protegido por la ausencia de luz.* Lo escribió en su mente. El ritmo rápido de la melodía cálida y entrecortada confundiría a quienes lo llaman Príncipe Sombrío.

El tiempo se ralentizó y, como en un musical, el foco de atención se fijó en ella. La belleza era inútil. La tradición era inútil. La historia era inútil. Todo lo que Aster quería estaba a su alcance, con solo extender su brazo y con unos pasos oportunos hacia adelante. Sin embargo, no

lo hizo, temiendo que la felicidad que ella sentía se redujera. De esa manera, la suya nunca desaparecería tampoco.

—Yo también soy egoísta, Azumi —susurró.

***

El centro comercial estaba lleno de gente justo antes de que el reloj marcara la tarde. Era el momento en que Azumi prefería deambular por las tiendas que llenaban las paredes del larguísimo pasillo del centro comercial. Sin embargo, esta vez, la hora de su visita al centro comercial había sido pura coincidencia. Su mañana consistió en una reunión larga y aborrecible. El tipo de reunión de la que nadie quiere formar parte.

Durante su merodeo, se detuvo en una joyería donde un collar, hermoso y delicado, le llamó la atención. Nunca había sido del tipo que usaba demasiados accesorios. Aunque los colores pastel siempre intentaban colarse en su atuendo diario, su estilo siempre era hábil, profesional y serio. Sin embargo, este collar con colgante la había llamado de una manera diferente. Le dio la misma sensación que le daba el café al mediodía; una sensación cálida y realizada.

—Es un collar bonito, ¿no? —dijo el joyero. Sus ojos se habían fijado en ella desde el momento en que ella puso un pie dentro. Sus manos se deslizaron alrededor de la pantalla de cristal para abrirla, acercando el collar a su vista—. Creo que se vería precioso en una joven tan hermosa como tú.

Azumi se rio. —Gracias. ¿Puedo sostenerlo?

—Por supuesto. ¿Quieres ayuda para ponértelo?

—No, estoy bien.

Ella ya sabía el tipo de hombre que era el joyero astuto. El tipo que pasaría el tiempo tratando de que ella se enamorara de su forma bonita de hablar. El tipo que intentaría hacer que sus ojos se fijaran en la delicada forma en que sus manos trataban las joyas. Y con esa expectativa, Azumi ya había forzado una barrera entre ellos.

El collar que ella sostenía no era la primera opción para nadie. El colgante de plata era pequeño y sencillo. No atraía demasiada atención sobre sí mismo, como si viviera en su propio mundo. La cadena de plata apenas brillaba contra la luz. Sin embargo, el collar la llamaba. Para ella, no tenía que ser presuntuoso o causar mucha atracción. Solo necesitaba que la hiciera sentir cálida y realizada.

—Me lo llevo —dijo.

—¡Genial! ¿Lo usarás ahora? Creo que va bien con lo que llevas puesto.

—¡Oh! No es para mí —sonrió.

Se fue con un cálido sentimiento de anticipación en su corazón. Esa noche se encontraría con la persona a la que tanto quería regalarle el collar. Pero ir a la joyería nunca había sido su intención en primer lugar. Todavía había algo que necesitaba hacer. Y así, después de encontrar la tienda perfecta, buscó lo que necesitaba.

La tienda desprendía un aura amarillo cremoso a su alrededor. Era la mezcla de las luces y las paredes y la ropa que estaba por toda la tienda. Caminó rápidamente entre los pasillos, tomando giros cuando lo necesitaba. Quien la viera pensaría que compraba toda su ropa allí. Quienquiera que fuera, no estaría completamente equivocado.

Encontró el vestido perfecto después de unos minutos de búsqueda. Era exactamente lo que había imaginado en su mente que quería usar. Algo que fuera elegante y sexy, pero que siguiera

siendo de buen gusto. Su elegancia venía de los tonos negros que tenía la tela de viscosa. Su sensualidad fue aportada por la forma en que el traje abrazaba sus curvas, dejando que sus hombros quedaran expuestos por las mangas fuera del hombro. A su vez, era ella quien lo hacía un atuendo de buen gusto.

Después de probárselo, la tienda se llenó de gente como si solo estuviera vacía para que ella encontrara su vestido. Muchas mujeres, juntas y solas, miraban la ropa. La charla, aunque no fuerte, se convirtió en la música de fondo dentro de la tienda. Se dio la vuelta, tratando de encontrar el camino de regreso al estante en el que había encontrado el vestido para devolver el traje que no le sirvió.

Otra mujer, una con un suéter una o dos tallas muy grande, también estaba buscando un vestido. Apartó los trajes de su vista con las manos cubiertas por su suéter. Un profundo suspiro acompañó al encogimiento de hombros de la mujer. Azumi se dio cuenta.

Una mirada fue suficiente para que Azumi notara su perfil familiar. Ella la miró por un momento, tratando de encontrar familiaridad sin actuar grosera. Una vez que vio cómo sus ojos parecían mirar a través de una cortina, se dio cuenta de quién era.

—Um —dijo—. Perdóname, pero te conozco, ¿verdad?

La mujer miró hacia la dirección de donde provenían las palabras que la habían tomado por sorpresa, mirando boquiabierta el rostro de Azumi una vez que se dio cuenta de quién había murmurado. Solo respondió con un sorprendido, pero tímido "Oh.

—Fujita-san, ¿correcto?

—Sí... um... es Hajime-san, ¿verdad?

—¡Sí! Qué sorpresa encontrarte aquí.

Hina sonrió y continuó su búsqueda. Su comportamiento tímido y sorprendido no la dejaba hablar. Escogió un vestido al azar y se lo puso frente a ella, tratando de parecer como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. El vestido era floral, como un vestido de verano, con forros que lo hacían parecer más elegante.

—¿Buscas un vestido? —preguntó Azumi, comenzando a mostrar una sonrisa maliciosa—. Me pregunto para qué.

—No —Hina actuó desesperadamente—. Es... es solo para una fiesta en mi nuevo trabajo.

—¡Eso suena divertido! —Azumi miró el vestido con asombro—. Pero no creo que ese sea un vestido apropiado para un evento laboral. ¿Te importa si te ayudo?

—Si no es una gran molestia. —Hina se burló—. Realmente no tengo idea de lo que estoy haciendo.

—Entonces, ayudarte haré —dijo Azumi con una pequeña reverencia y una cálida sonrisa.

Comenzó a revisar los vestidos, sacando los que le gustaban, midiéndolos encima de una Hina aturdida. Hina no podía entender la facilidad con que Azumi consideraba, descartaba, o ignoraba todos y cada uno de los vestidos.

Segundos después, Hina estaba dentro de un probador con vestidos que ella misma nunca hubiera imaginado que le quedarían bien. Revolvió y peleó con su ropa hasta que pudo caber la variedad de vestidos en su cuerpo.

—Entonces, ¿cómo te va en el trabajo? —preguntó Azumi desde más allá del probador.

—Supongo que me va bien. Me estoy acostumbrando a la gente nueva.

—Sal cuando te lo pruebes.

Hina hizo lo que le ordenaron. El vestido era azul marino oscuro.

—¡Ah! Este está lindo —dijo Azumi—. ¿Qué opinas?

—Bueno... —se tomó unos segundos para pensar.

—Si te está tomando tanto tiempo responder, entonces este no es el vestido. Probemos el siguiente.

Hina volvió a entrar.

—Bueno, me alegro de que todo vaya bien —continuó Azumi—. Aster-kun me dijo que, si alguien podía hacer este tipo de trabajo, serías tú.

—¿Dijo eso?

—Sí. Parecía decirlo realmente en serio.

Las mejillas de Hina se sonrojaron levemente mientras se escondía detrás de la cortina. Una vez que sintió que la sensación de ardor se calmaba, salió con otro vestido. Esta vez fue de color beige.

—¡Me gusta este! Contrasta bien con tu cabello oscuro, Fujita-san .

—Gracias. —Hina miró hacia abajo con una media sonrisa.

Azumi se puso de pie y se acercó a ella. La agarró por los hombros y la giró, haciéndola mirar de espaldas a ella. —Sí, este vestido es realmente bonito. —Arregló la parte de atrás del vestido y puso el cabello de Hina sobre su hombro derecho—. Sabes, Aster-kun nunca parece dejar de hablar de ti. De verdad aprecia tu amistad. Creo que es gracias a ti que ha sido más expresivo últimamente.

—¿Eso crees? —dijo Hina, mirando hacia atrás con su visión periférica, sintiendo como sus mejillas una vez más querían teñirse de un tono rosado.

—Sí... Lo entiendes, ¿no es así?

—Algunas veces, creo.

—A veces pienso que yo también. Pero quiero saber más cosas sobre él. Le cuesta expresarse, pero verlo esforzarse tanto, lo encuentro tan encantador.

Hina sonrió como cortesía.

—Volviendo aquí, ¿qué piensas de este?

—No sé si realmente soy yo.

—Entonces entra y espérame. Buscaré uno que te encantará.

Azumi tardó unos minutos en encontrar un vestido, pero al regresar, Hina pudo notar el brillo que la envolvía. Sus movimientos, siempre delicados y a veces conservados, pero su mirada, siempre tan confiada y atrevida.

—Creo que tengo el vestido.

Hina lo hizo sin siquiera cuestionarla. Deslizó sus piernas dentro del vestido, lentamente dejando que abrazara su piel mientras lo subía. Era ceñido y acentuaba su pequeña figura. —Um, Hajime-san, ¿estás seguro de este?

—Absolutamente. —Azumi cantó—. Sal.

El telón se abrió como el comienzo de una obra de teatro. Hina se encontró con ojos asombrados. Estaban plegados a ella. Esto solo hizo que Hina se sintiera más avergonzada diciendo: —No sé ...

—El borgoña es verdaderamente tu color —dijo Azumi. Su voz se volvió tan tierna como sus ojos—. ¿Te has mirado con el puesto?

—No.

—Mírate. —Señaló el espejo cerca de ellas.

Hina se miró a sí misma. Sus brazos estaban cubiertos por las mangas largas que tenía el

vestido. Tenía las piernas desnudas hasta las rodillas, donde el vestido se apoderaba de su cuerpo con la esperanza de no separarse nunca de su piel. Hina sabía que era diferente a todo lo que había usado hasta ese momento, pero de alguna manera se sentía familiar en su piel.

—Me veo...

—Hermosa, Fujita-chan —interrumpió Azumi, comenzando a arreglar sus mangas sobre sus hombros.

Hina enfocó los ojos en sus brazos, evadiendo la sonrisa que la señalaba. Fue allí donde se dio cuenta de que Azumi había estado usando un brazalete. Uno que era blanco y estaba hecho de plástico barato. Su nombre estaba escrito en él y también su información personal. Sus ojos cambiaron involuntariamente.

Azumi notó su fijación y rápidamente escondió su brazo de ella. Impulsivamente, se volvió y dijo: —¿Vamos a pagar por estos?

—Sí. —Hina se aclaró la garganta—. Gracias. Me quedo con este.

Azumi no dejó escapar ni una palabra más.

Una vez que estuvieron en la línea, el silencio entre ellas era notable. Azumi miró fijamente, simplemente moviéndose cuando la fila lo permitía. Hina, por otro lado, miró hacia abajo, arreglándose las mangas sobre sus manos cada vez que tenía que hacerlo.

—¿De qué se trata el evento de trabajo? —preguntó Azumi, tratando de ocultar su aprensión.

—Es básicamente la fiesta de inauguración oficial del restaurante. Es un restaurante nuevo, así que, aunque llevamos abiertos por un tiempo, la gerencia decidió hacer una apertura oficial ahora.

—¡Oh! Es un restaurante nuevo. Entonces ese es el vestido perfecto para la ocasión. Esta fiesta es una especie de primera impresión, aunque en realidad no lo sea. Con ese vestido, todos tus compañeros de trabajo se enamorarán de ti.

—No sé si realmente quiero eso —se rio Hina.

—No tienes que querer eso, y no deberías. —Azumi se llevó la mano a la barbilla—. Piénsalo como una técnica de manipulación. Una vez que conozcan a la mujer poderosa con la que trabajan y para la que trabajan, harán fila para hacer lo que tú quieras que hagan. Demuestra tener resultados y una buena eficacia en el trabajo.

—No tengo mucha confianza en hacerme parecer una mujer poderosa.

—Sé tú misma, esa es tu característica más encantadora.

Después de un momento de vacilación, Hina dijo lo que pensaba. —He tenido problemas con el jefe de cocina del restaurante. Es... bastante intimidante, se puede decir. Pero la forma en que trabaja en la cocina es bastante diferente a la mía. Quiere que haga las cosas de cierta manera, pero para mí, no es tan eficiente. Termino metiendo la pata porque trato de hacerlo a su manera y luego me grita por ello. También ha hecho que los demás me respeten menos. Como, por ejemplo, la semana pasada estaba trabajando en la pastelería y él quería que trabajara en dos postres al mismo tiempo, que es lo que hago la mayoría de las veces, pero la forma en que lo hago— la forma en que lo hacía antes— era que los chefs de la estación y yo teníamos una parte específica del postre que preparamos. Era mucho más eficiente. Pero, como tardé más con su método, terminó gritándome frente a todos los demás trabajadores. Eso... Estaba tan enojada. ¡Su método no funciona! —Hizo un puchero y se detuvo. Una leve burla—. No sé por qué te molesto con esto cuando es la primera vez que verdaderamente hablamos.

—Quizás por eso mismo —dijo Azumi—. Pero me parece que el jefe de cocina es el que está realmente intimidado aquí. Si él te está haciendo cambiar tu forma de trabajar, entonces es

porque quiere manejarte. Creo que esta fiesta es la oportunidad perfecta, después de todo. Cuando vayas, y él te vea vistiendo tan elegante y bella, di lo que piensas y exprésate. Te aseguro que se calmará después de eso.

Hina se rio. —Pareces tener mucha confianza en mis habilidades.

—No puedo esperar menos de mi rival, ¿verdad?

—¿Rival…? —dijo Hina, aturdida.

Azumi lo había dicho con tan poco esfuerzo que parecía ser que lo sabía desde siempre. Sus ojos seguían tan confiados como siempre mientras miraban la fila. Para Hina, Azumi parecía verse más alta. Colosal, de hecho. La hizo intentar esconderse dentro de su caparazón una vez más, pero la palabra "expectativa" se convirtió en lo único que abarrotó su mente. Alguien como Azumi la había reconocido. La persona que una vez vio como la desaparición de sus sentimientos. Ahora, ella era la persona que la había ayudado y la había visto como una igual. Esconderse dentro de sí misma ya no era una opción. Y así, miró la fila y sonrió.

No mucho después, ambas estaban fuera de la tienda donde la charla se había vuelto más fuerte que dentro. —Ven a tomar tu té verde tradicional —se hizo eco a lo largo de la larga pasarela una y otra vez. Los oídos de Azumi se animaron ante el sonido de la voz del joven.

—Gracias de nuevo, Hajime-san —dijo Hina—. Realmente fuiste de gran ayuda hoy. No creo que hubiera podido hacer esto sin ti.

—No te preocupes. Me gustaría saber el resultado de tu fiesta.

—¡Sí! Me aseguraré de avisarte.

—Bien. Te veré luego, Fujita-chan. Y anímate, ¿sí? Todo irá bien.

Azumi se fue desapareciendo de su vista como el susurro del viento.

Hina suspiró. —Estás haciendo esto tan difícil.

***

—Date prisa —dijo Azumi, asomándose desde el marco de la puerta—. Llegaremos tarde.

Aster se miró en el espejo, abotonándose la camisa. Sus ojos se desviaron hacia la pequeña mesita de noche con el reloj simple y la lámpara sencilla. Encima estaba su reloj y un collar de cadena con un colgante gris.

Esta habitación no era tan pequeña como la de él. Las paredes eran más grisáceas que blancas como un hueso, y la distribución del cuarto parecía más un hotel. Claramente ella era una persona organizada. Sus zapatos y tacones estaban organizados por colores, y su ropa, en su mayoría de color beige y negro, se escondía detrás de las puertas del armario en categorías. A pesar de eso, una sección del armario permanecía vacía.

—¿Puedes traer las taquillas? Creo que las dejé junto a la mesita de noche. Te espero afuera —escuchó Aster desde fuera de la habitación.

Se acercó, se puso el reloj y el collar, pero luego notó que los boletos no estaban allí. Abrió el cajón, en vano. Lo que había allí, bajo la sombra de una revista, eran muchos frascos de pastillas con su nombre. El cajón hizo un fuerte estruendo cuando se cerró en un acto de desesperación. Su ritmo cardíaco aumentó por sí solo. No entendía el motivo.

Sin embargo, Azumi no se había equivocado. Las entradas estaban en la mesita de noche. Simplemente era la mesita de noche que estaba en su lado de la cama, justo encima del libro que estaba leyendo. *Fuera* por Natsuo Kirino.

Afuera, Azumi esperaba en la silla que una vez había usado para ayudarlo a limpiar su herida.

Esta vez, sus sandalias verdes fueron reemplazadas por tacones negros. Y su atuendo crema fue reemplazado por un vestido negro y elegante. El tipo que definía su figura con curvas a las que ni siquiera las sombras podían comprometerse.

—¿Tienes las taquillas? —preguntó con una sonrisa madura.

—Sí. Aquí está... tu abrigo también . —Su voz se cortó cuando la vio.

Ella le dio las gracias, se puso de pie y empezó a caminar. En lugar de seguirla, él siguió pintando su silueta con sus ojos. Notó cada movimiento que hacían sus caderas y sus brazos. Sin embargo, ninguno le trajo tanta presión a su corazón como la vuelta de ella mirando hacia atrás y sonriendo. —Ven, vamos.

—¡Espera! —Dijo, acercándose a ella desde el balcón.

Azumi ladeó un poco la cabeza, confundida por su rostro preocupado.

Pero no era un rostro preocupado, sino un rostro que se coloreaba con el espectro completo de tonos rojos. Su mano fue a su boca, ocultándose de ella. Sus ojos miraban hacia otra parte como si tratara de no cegarse del sol en el que ella se había convertido. Azumi notó todas estas cosas.

—No puedo... —Su voz se quedó sin palabras por un momento—. Quiero decir, no puedo ir sin decirte lo hermosa que te ves hoy. —Su voz bajó gradualmente su volumen.

—No digas esas cosas. —Ella se acercó más y besó sus labios—. Vas a crear algún malentendido. —Su juego de palabras solo había sido una fachada, porque no pudo contener sus mejillas ardientes una vez que se retorció y escondió su rostro de él. Por un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas cuando pensó: *¿De verdad piensas eso?*

Caminó hasta la estación abrazándolo del brazo. Incluso cuando las miradas extrañas siguieron por su afecto poco inusual. La pareja de ancianos que pasó junto a ellos los juzgó por ser demasiado cercanos en público, pero el niño que los vio los envidió por ser tan valientes. Quería caminar así con la chica que le gustaba. Sus expresiones de cariño provocarían un cambio en algunos como ondas en un lago.

Las calles estaban más congestionadas cerca del teatro. *Yoshitsune y los Mil Cerezos en Rosas* era una de las obras más famosas del teatro kabuki. Su magnífica historia podría presentar el arte a cualquiera que nunca haya visto uno. No hace falta decir que la expresión del arte a través de la actuación tenía a Aster intrigado.

—Mi papá solía llevarme a las obras de kabuki todo el tiempo cuando era pequeña —dijo Azumi, inclinando la cabeza mientras lo miraba—. Este es uno de mis favoritos.

—¿Sigues viniendo a estas obras de teatro con él? —preguntó por impulso.

—Bueno —dijo con un profundo suspiro. Sabía que la pregunta vendría una vez abrió la boca —. Mi papá era policía. Falleció en una redada de los yakuza cuando yo tenía unos dieciséis años.

—Lo siento —dijo, golpeándose la cabeza por preguntar tan impulsivamente—. Lamento haberte hecho una pregunta tan desconsiderada.

—Está bien, Aster-kun. Ya ha pasado una década. Un día habría surgido la conversación. Me alegro de que fue cuando estaba recordando un recuerdo tan bonito. ¿Entramos?

Así hicieron y encontraron sus asientos justo en frente de la orquesta de kabuki. Azumi sabía que Aster lo preferiría.

El espectáculo comenzó con el siniestro sonido del shamisen. Salieron los samuráis, los señores y las amantes. Su forma tradicional de hablar tenía un canto sutil que resonaba en el teatro mientras las amantes lloraban, los samuráis gruñían y el Señor ordenaba.

Sus atuendos florecían por el escenario. Ninguna cortina roja podría contener los coloridos y

floridos trajes. Cuando bailaban o peleaban, la ropa se movía como si la ropa misma coreografiara su propia obra. Sus rostros pintados de blanco implantaban miedo, alivio, consuelo, o tristeza. Y la orquesta creaba el ambiente con su interpretación. La música cambiaba según la situación, para ayudar a generar intriga entre aquellos que no entendían japonés.

Después de dos horas de actuación, el espectáculo terminó. La multitud siguió su camino, pero Aster y Azumi permanecieron sentados. Aster estaba asombrado: con la obra, con los actores, pero sobre todo con la orquesta. Quería hablar con ellos. Un empujón era lo que necesitaba. Él nunca lo admitiría, pero su compañera no dudó cuando vio la vacilación en su rostro.

—Disculpe —dijo, haciendo una reverencia al conductor musical—. Esa fue una gran interpretación.

—Gracias, señorita —dijo el conductor con la frente sudorosa—. Normalmente la gente no se acerca a nosotros.

—Oh, ¿no está permitido?

—No, no. Quiero decir: si, está permitido. Pero la gente normalmente no piensa en la orquesta como parte del espectáculo.

—¿Es eso así? Pero sin la orquesta, la obra se sentiría más vacía. Eso es lo que dice el caballero aquí, que se centró más en ustedes que en la obra.

Aster salió de su sombra con una sonrisa tímida. Hizo una reverencia.

—¿Así que también ha disfrutado de nuestra música, señor?

—Sí —dijo, notando que los músicos comenzaban a almacenar sus instrumentos.

El conductor entrecerró las cejas, entrecerró los ojos y frunció ligeramente la boca. —Me parece familiar, señor. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Me llamo Eurass Aster.

El rostro curioso se tornó opuesto. Sus ojos se abrieron y sus cejas casi llegaron a la línea de su cabello. Sin preocuparse por el espacio personal de Aster, el conductor no pudo controlar su mano y alcanzó la suya. La agarró con fuerza, puso la mano sobre la otra y lo estrechó. —Mis ojos no pueden creerlo. Finalmente conocí al Príncipe Sombrío. Escuché que vivía aquí en Tokio, pero mis oídos nunca lo creyeron. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Busca trabajo?

Su tono fuerte llamó la atención de los músicos, quienes inmediatamente dejaron sus instrumentos en paz al escuchar su apodo. No mucho después, una multitud de músicos formó un semicírculo a su alrededor.

—Estoy trabajando en un salón, justo debajo de las vías del tren en Ebisu. El escondite de la arpía. Pasen por allí si están por la zona. Y no, vine aquí para felicitarlos a ustedes y a los músicos por la asombrosa actuación. Ustedes hicieron la obra mucho mejor, y creo que son tan importantes como los actores... así que quería expresarlo. —Miró a Azumi con una sonrisa.

Ella lo miró con los ojos brillando ante sus logros.

Los artistas expresaron su gratitud. Todos se turnaron para hacer preguntas sobre su tiempo como intérprete, que, por primera vez, aceptó sin preocupaciones. '¿Cómo se sentía hacer presentaciones a una edad tan temprana?' '¿Cuándo fue la primera vez que ganó un concurso como solista?' '¿Alguna vez le abrumó la presión?' '¿Por qué decidió dejar esa vida atrás?' Aster les respondió a todos.

Después de que se realizó la entrevista improvisada, el conductor le estrechó la mano una vez más, dejando en su mano su tarjeta de presentación. 'Si alguna vez decide comenzar a hacer conciertos nuevamente, incluso si son locales, contácteme. Me aseguraré de presentarle a algunas

personas a las que les encantaría trabajar con usted'.

—Gracias —dijo—. Tendrás que perdonarme, pero no tengo una tarjeta propia para darle.

—No, no te preocupes. Solo comuníquese conmigo cuando tome una decisión.

Poco después, se fueron. Azumi se sujetó a su brazo con un abrazo más cálido y apretado. Se sentía orgullosa, y los ojos que brillaban cuando lo miraba lo demostraban.

—¿Es algo que te interesaría? —preguntó. Su voz estaba un poco enmascarada por los *clics* que hacían sus tacones.

—¿Mm?

—Tocar en conciertos de nuevo.

—Lo he pensado antes; si estoy listo para hacer conciertos de nuevo, o si alguna vez estaré listo —dijo, mirando al cielo oscuro. Los rascacielos intentaban ocultarlo de sus ojos, pero él no se lo permitió—. Ahora mismo, disfruto trabajar en el salón. Gracias a él, he tenido muchas experiencias que nunca antes había experimentado. Gracias a eso, ahora entiendo por qué me sentía de la forma en que me sentía cuando tocaba música sin ninguna musa. —Pausó—. Sigo pensando en la decisión que tomé de trabajar en ese salón específicamente. Cómo un solo cambio de pensamiento me haría tener una vida en la que tal vez nunca llegaría a conocerte a ti ni a ninguno de mis amigos aquí. La forma en que piensas sobre el destino... tiene más sentido para mí ahora.

Ella lo abrazó con más fuerza, estrangulando su brazo y casi cortándole la circulación. Hundió la cara, tratando de ocultar la expresión afligida que tenía cuando frunció el ceño y bajó los ojos —. Si alguna vez decides hacer otro concierto, quiero sentarme justo enfrente donde pueda ver tus manos tocar cada tecla.

Poco después, escucharon el timbre de la puerta de una tienda de conveniencia detrás de ellos. La puerta hizo un fuerte estruendo cuando se cerró con fuerza. El sonido pasó desapercibido en sus mentes llenas de alegría.

—¡Azumi! —dijo una voz desesperadamente áspera detrás de ellos.

Miró hacia atrás sin cuestionarlo, como si la voz familiar le hubiera silbado a un perro. Sus ojos se dispararon. —Emiya... ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya no me llamas por mi nombre de pila —preguntó el hombre del cabello recogido.

Lentamente desenredó sus brazos de Aster—. No, quiero decir, es solo...

—No es nada —dijo Emiya—. ¿Quién diablos es este tipo? Oye tú, ¿cómo te llamas?

Aster se paró frente a ella como si el sol se escondiera directamente frente a él—. Aster. ¿Quién eres tú?

—Ella ya lo dijo, ¿no es así? Ahora dime, ¿qué haces tan cerca de mi prometida?

Aster miró a Azumi, cuya boca se había abierto involuntariamente.

—¿Sorprendido? Ella siempre ha sido del tipo que guarda secretos, así que no me sorprende tanto que no lo supieras. —Se acercó a ellos, revelando bajo su camisa líneas negras y rojas en la parte posterior de sus hombros y colmillos que mordían su nuca.

—¡Te dije que habíamos terminado!

—Tú no tienes nada que decir al respecto.

—Puedo tomar mis propias decisiones, Emiya.

—Otra vez con esa mierda. ¡Deja de llamarme por mi apellido! —La tomó del brazo con fuerza, hundiendo los dedos tan profundamente que le robaron la última pizca de color de su piel de alabastro.

Ella se estremeció y chilló levemente cuando él la atrajo hacia él, dejándola caer en su pecho.

—¡Para ya! —Dijo, golpeando su pecho.

—Vendrás en silencio si no quieres que golpee la cara de ese *gaijin*—. Señaló con el dedo a Aster—. Tú. ¿Crees que solo porque pasaste un tiempo con mi prometida es tuya?

Ella comenzó a tratar de alejarse de él. —Cállate, Emiya. Déjanos tranquilos. No te debo nada.

—¡Me debes la vida!

Ni un segundo después de que esas palabras hubieran salido de su boca, Emiya sintió que el cuello ancho de su camisa lo tiraba y un puño se conectaba a su rostro. Su visión estaba aturdida y solo vio cómo el mundo giraba. Su cabeza rebotó cuando golpeó el suelo. Rebotó una y otra y otra vez, hasta que el entumecimiento de los puños que golpeaban su sien lo venció.

¿Qué te debe su vida? ¡Serás tú un dios!

—¿Quieres que te arranque la cabeza? —Dijo la voz amenazadora de Aster—. ¿Es eso lo que quieres?

Los oídos de Emiya, por el zumbido, no pudieron descifrar lo que había dicho. Un tirón de su cuello levantó su cuerpo del suelo y lo empujó hacia atrás de nuevo. Ahora, tosió sangre.

Los gritos venían de detrás del monstruo borroso que seguía golpeándolo. Ella alejó al *Oni* de él.

—Basta, Aster —gritó Azumi—. Por favor, detén esto. Te lo suplico.

Esa voz convirtió al demonio en un humano nuevamente, como el beso de una princesa a una bestia. Aster detuvo su avance de inmediato, volviéndose para ver como la persona que solamente sonreía, ahora mostraba terror y dolor, sus ojos convirtiéndose en cascadas que dejaban rastros de maquillaje por sus mejillas.

Dejó ir el cuerpo ensangrentado que era Emiya, avanzando hacia ella de una manera reconfortante, solo para ver cómo sus manos se movían más lejos de su cuerpo.

—Azumi ...

—No me toques.

—Te estaba lastimando.

—¿Qué has hecho?

No había nada que pudiera encontrar para decir. Con el silencio, solo se escuchaban sus sollozos. Se enfrentó a Emiya. Estaba inconsciente. Por un momento, Aster se sintió disgustado por lo que habían hecho sus manos, pero se sintió contento de recordar a quién se lo había hecho.

—Esto es malo, Aster. Van a… —Se estremeció de nuevo al verlo acercarse—. Tienes que irte.

—Pero…

—¡Ahora! —Azumi lo empujó para ver cómo estaba Emiya, agachándose mientras le abría los ojos. Todavía no hay reacción. Ella notó a Aster congelado en su lugar y le dio una mirada que podría abrumar la sonrisa que siempre veía en su mente.

No tuvo más remedio que reaccionar y obedecer, dándose la vuelta para comenzar su camino de regreso.

—Necesito llamar a una ambulancia —escuchó mientras se distanciaba—. Haruto, Haruto, dime que estás bien.

La dicha mengua con el tiempo, y con eso, su efímero otoño concluyó.

XI

Aster,

Realmente no puedo comprender lo que pasó. La forma en que me trató frente a ti merecía esa reacción, pero te fuiste demasiado lejos. Demasiado lejos, Aster.

Es mi propia culpa. Siempre que trataste de preguntar sobre mi pasado, fui evasiva. Pero la verdad es que todavía me sentía vulnerable por la situación. Por tanto, hablar de ello me haría revivir todos esos momentos y recuerdos que quería olvidar. No quería arruinar nuestro tiempo juntos.

Pasaron muchas cosas este año y me sentí abrumada. Por eso, aproveché el interés que me mostraste. Te utilicé para ayudarme a olvidar. Tenía miedo de estar sola. Fui egoísta. Seguí siendo egoísta y mi culpa se hacía más pesada e insoportable cuanto más recibía tus sentimientos. No volverá a suceder. Porque ahora ya no nos veremos. No pasaremos más tiempo juntos. No compartiremos la risa ni el dolor. Esta es mi última petición, por tu propio bien: Por favor, no vengas a visitarme. Tengo que pensar en muchas cosas.

Perdóname por haber sido tan débil.

-Hajime Azumi

El invierno llegó como memorablemente lo hace.

Como la muerte, siempre hermoso. Puro. Blanco, pero intocable. Frío. Desolado. Solitario.

Las calles estaban menos transitadas, y los ríos no podían soportar un bote en ellos. Las mañanas eran silenciosas, sin los pájaros que funcionaran como despertadores. Los árboles fruncían con los troncos, viendo como inevitablemente sus hojas maduras caían, mientras la nieve, cavando sus tumbas, las cubría con el sutil suspiro del invierno. Ahora los ecos eran de ópera, como los que se escuchan en las iglesias, cantando a la eterna soledad que pueden traer los cristales de hielo.

El piano no emitía ningún sonido. No lo había hecho desde hace bastante tiempo. Sus teclas estaban congeladas como si el invierno hubiera invadido la habitación de Aster. Incluso si las presionaba, los martillos no reaccionaban. Las cuerdas no tocaban. Solo salía un golpe seco, como cemento perforado. Su corazón no podía conectarse con él. Sin embargo, la habitación desafió al tiempo y la entropía.

Nada se movía.

Nada espolvoreaba.

Nada cambiaba.

Su hogar era el sofá. Su único recordatorio del vacío en el que quería sumergirse. El que recordaba de su pasado.

La niebla que salía del té sobre la mesa se había ido como el aliento exhalado en invierno. No le importaba. El olor a té verde tostado le resultaba demasiado familiar. Afortunadamente, fue superado por la cocina de Tadashi.

—Esto te va a encantar —dijo Tadashi, cortando con gracia los tomates en rodajas finas. El cuchillo atravesó las fibras, liberando su aroma fresco. Tomó las setas que tenía a su lado y las arrojó al sartén. El abrasador sonaba como una fuerte lluvia cayendo sobre el cemento, no emitiendo un olor ácido, sino uno acre que se apoderaba de sus narices.

—Estoy inventándome platos nuevos para que podamos agregarlos al menú —dijo—. Para el plato principal, tendremos *Risotto Verde Primaverile*, y para ahora… —Abrió el horno, dejando escapar un olor que hizo que incluso Aster sacudiera la nariz. Usó los tomates recién cortados para decorar la parte superior del pan de ajo crujiente cubierto con espinacas, ajo picado, hojas de albahaca y queso parmesano derretido—. Aquí tienes unas bruschettas. Experimenté un poco con los ingredientes. Dime que piensas.

Aster se sentó con la espalda recta como si el olor se hubiera apoderado de su nariz. Sin pensarlo dos veces, tomó uno y hundió los dientes en el pan crujiente y salado. Inevitablemente, cayeron migajas en la mano que había colocado debajo de su barbilla. Sus papilas gustativas se estropearon por el contraste de sabor. El sabor viajaba por su boca como un granjero arrojando semillas sobre los campos, dejando indicios de dulzura por todos lados. Esa dulzura fue luego conquistada por la salinidad del queso y el pan, que lo transportó a las noches que había pasado en la Toscana, donde se podía saborear el vino, el pan y el queso.

… Esa noche, se había sentado al lado del camino de tierra que atravesaba campos interminables con viñedos y girasoles en el lado opuesto. El vino tenía un sabor amargo mientras bajaba por su garganta, y la vista del camino de ascenso insinuaba que la luna se asomaba.

—¿El vino es de tu agrado? —preguntó la mujer sentada frente a él.

—Lo es —respondió, vertiendo un poco en su copa.

—Ahora, sobre el concierto. Están pidiendo que toques Nocturnas.

—No toco Nocturnas.

—Lo sé, pero Aster, si quieres quedarte en este negocio…

—No quiero quedarme, Celine… Tú lo sabes bien. —Miró por el camino hacia el horizonte oscuro, y al granjero en un carruaje que transportaba cantidades ilimitadas de tomates.

—Aster… lo entiendo, pero este también es mi trabajo. Sin ti…

—Sin mí, encontrarás a alguien más para administrar. No me necesitas y eso está bien.

—Todavía te necesito de otras maneras…

—¿Por qué yo?

—No lo entiendes, ¿verdad?

—Aster —dijo una voz con un tono familiar.

Miró hacia atrás de inmediato, en busca de cabello ceniciento.

Su visión se oscureció.

—Aster —escuchó otra voz—. Aster…

Abrió los ojos, y frente a él estaba la televisión en su apartamento, y la mano de Tadashi agitando frente a él.

—¿Estás ahí?

—Sí Sí. Están deliciosas.

—Me alegro de que hayan sido lo suficientemente buenas para ponerte en un trance, pero necesito un favor. Necesito que vayas a una tienda de conveniencia. No me di cuenta de que me había quedado sin vino blanco y cebollas. Sin eso, no puedo hacer el risotto.

Aster lo miró con una mirada hacia arriba y una frente fruncida.

—Honestamente, Aster, entiendo que te sientas mal, pero el mundo no se detiene. Iría, pero necesito atender la cocina.

Aster dejó escapar un gran suspiro. —Está bien, iré.

***

El salón estaba lo suficientemente silencioso como para que incluso su respiración sutil se considerara un sonido fuerte.

La habitación era amplia, haciendo eco con cada golpe de sus tacones.

La habitación estaba vacía.

Dos bancos y lienzos alrededor de las paredes.

Azumi y el guardia que estaba en la puerta.

Suspiró cuando la vista de cuerpos entrelazados en colores vivos llenaba la pared frente a ella. Había considerado que un museo no era el mejor lugar para estar, pero había una razón para estar allí. En un momento tan impulsivo, era el único lugar en el que podía pensar. O más bien, el primer lugar que vio en un artículo de un artista. El Tulipán Oscuro Brillante le llamaban.

Era evidente cómo llegó a tener ese apodo. Su arte tenía la sutil sensación de nostalgia y tristeza, incluso cuando sus colores eran vivos en esencia.

—Un poco triste, ¿verdad? —dijo una voz detrás de Azumi.

Su cuerpo se animó y saltó por la falta de anticipación. Se volvió y vio que era ella. La que había estado esperando. Entre todos sus pensamientos alertados, esa persona llegó como un consuelo familiar.

—Fujita-chan —dijo, con su tono normal y brillante—. Me alegro de que pudieras llegar.

—Hace un tiempo que no visito un museo. Gracias por invitarme. —Miró alrededor de la habitación despejada con ojos desconcertados—. Pero es extraño lo vacío que está, ¿no?

—Me imagino que tiene que ver con el hecho de que ya no mucha gente aprecia el arte.

—Los pocos afortunados pueden apreciarlo, supongo.

Los ojos de Azumi se desviaron hacia la pintura, preguntándose por qué estaba en esta habitación tan desierta con Hina. No lo sabía exactamente.

—¿Qué piensas de esta? —Hina señaló los cuerpos enredados—. Aquí dice que se llama Amanecer en la Oscuridad. Me pregunto cómo se correlaciona con la pintura.

—Bueno, si sigo la interpretación literal, diría que es por su color brillante y el fondo azul oscuro. Bastante fácil, señorita. —Se rio.

—¿No sería demasiado fácil? Tiene que haber más.

—Entonces, ¿qué tal esto? —Señaló a los cuerpos—. Mira cómo se abrazan. ¿Cálido como el amanecer?

—O tal vez este es el sol y la luna que finalmente se encuentran por primera vez.

—Un primer encuentro bastante erótico, ¿no crees?

La risa de Hina estalló de sus labios apretados—. Creo que es suficiente interpretación para esta pintura en particular. ¿Vamos a ver esa de allí?

La pintura era de una mujer. Su espalda, completamente desnuda mientras las enfrentaba. Estaba dividida en mitades perfectas por un rojo brillante y un azul rancio. Ambos colores luchaban por conquistar su cuerpo. Ambos luchaban contra los matices dorados que ella llevaba. Azumi fue la primera en llegar a la pintura. Descubrió que el cabello de la mujer no era demasiado común. Tenía rizos sobre sus hombros. Sin embargo, se vio a sí misma mientras los rizos se volvían rectos y cenicientos. El rojo se difundió hasta que solo quedó el azul rancio.

Hina estaba convencida de que el rojo simbolizaba la pasión, mientras que el azul simbolizaba el control. Continuó hablando del equilibrio perfecto. La pasión podría tener que ver con el egoísmo y el deseo de ambición, mientras que el control podría tener que ver con el equilibrio y la comprensión de los demás. El interior y el exterior.

Azumi miró hacia abajo; su brillante fachada comenzó a flaquear. Pensó: *¿De verdad estoy pensando en los demás? ¿En ellos?*

Hina se dio cuenta de su cambio. Parecía que su juicio anterior había sido el correcto. Aunque ambas eran bastante diferentes en personalidad, tenían la misma tendencia. Ambas luchaban por mantenerse al día con ellas mismas, y el mundo exterior solo se sentía como una carga abrumadora. Es por eso por lo que una habitación vacía llena de sentimientos es de alguna manera lo más apropiado.

Los paisajes de la siguiente pintura no estaban llenos de maravillosas montañas y tranquilos valles. Si no, estaban llenos de edificios tan altos como el cielo mismo. Relataba la paz solitaria que podía tener una ciudad ruidosa. Los edificios eran de un azul frío, mientras que los cielos eran de un amarillo cálido, y en todas y cada una de las calles, la sospecha de lluvia estaba siempre presente.

—Bastante sofocante, ¿no? —dijo Azumi—. Las calles estrechas y los edificios altos, quiero decir. Incluso si no hay una sola alma…

—Creo que sí. Pero el cielo invita a una sensación de liberación, ¿no crees? Es interesante cómo el amarillo intenta luchar contra el azul tan inquietante.

—Pero con edificios tan altos, ¿alguna vez podrán pasar sus rayos de luz?

—Con algo de perseverancia, supongo que sí. Continuará intentándolo incluso si no puede hacer nada al respecto. Pero lo que es interesante es que, aunque los edificios proyectan sombras detrás de ellos con la luz, el sol eventualmente se moverá y brillará en esos lugares oscuros. Supongo que con el tiempo. Te recuerda a alguien que conocemos, ¿eh? —Hina se rio levemente.

Azumi rio en silencio con labios encarcelados. Parecía ser que sus razones para estar aquí estaban saliendo a la luz lentamente. Aun así, quería deshacerse de esos pensamientos con todas sus fuerzas. Como una forma de escapar, preguntó: —¿Cómo fue el evento laboral?

—¡Verdad! Hay tanto que tengo que contarte. —La voz de Hina hizo eco a través de la habitación. Sus ojos se encontraron con los del guardia, ambos con caras igualmente conmocionadas. Hina se inclinó levemente a modo de disculpa.

—Ven, sentémonos. —Esta vez con más control sobre su voz.

—Supongo que todo salió bien por tu entusiasmo.

—¿No crees? Yo diría que me fue genial. Lo que dijiste era verdad. Todos me trataron muy bien. No me dejaban ni ir a buscar una bebida sin ofrecerse ellos mismos. Incluso, se acercaban a mí para tratar de charlar. Aunque a veces era un poco incómodo. Es difícil para mí… ya sabes… hablar, pero me divertí mucho.

—Lo puedo ver en tu cara. Estoy muy feliz de que te haya ido bien. —Azumi sonrió.

—Sí. También fui y hablé con mi jefe, el jefe de cocina, como dijiste.

—¿Sí? ¿Y cómo te fue?

—Bueno, le dije todo lo que sentía. Cómo creía que la forma en que yo estaba haciendo las cosas estaba demostrando ser más eficiente que la forma en que él intentaba obligarme a hacerlo. Le dije que no apreciaba la forma en que me hablaba frente a los otros chefs porque obstaculiza mi autoridad sobre ellos. Dije tanto que una vez terminé me sentí tan avergonzada y asustada que había sido extremadamente grosera. Pero él… se disculpó. Ahora me trata tan diferente en el trabajo. Fue como dijiste. Solo tenía que decir lo que pensaba.

—Estoy feliz por ti, Fujita-chan. Nunca lo dudé ni por un segundo. —Su tono comenzaba a apagarse.

—Pero, verás, cada día que pasaba se volvía más amable conmigo. Incluso comenzó a felicitarme por mis platos. Anoche él… él se confesó. —Escondió sus manos debajo de su suéter —. Es la primera vez que me pasa esto, así que no sabía qué hacer. No sé si hice lo correcto.

—¿Qué hiciste?

—Le dije que no podía aceptar sus sentimientos porque trabajamos juntos y porque…

—Entonces hiciste lo correcto, Fujita-chan. No tienes la obligación de aceptar algo que no quieres. No lo querías, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Solucionado el problema —dijo Azumi, mirando hacia la pintura frente a ellas—. Pero tengo que admirarlo por ser tan honesto con sus sentimientos y tratar de aprovechar la oportunidad. Sin dejar lugar a malentendidos… Deberíamos aprender un par de cosas de él, ¿no es así?

—Sí… creo que sí. —Hina solo pensó en lo deshonesta que había sido con sus sentimientos —. Gracias, Hajime-san. En realidad. No has sido más que amable conmigo desde que nos conocimos. Tu sonrisa es siempre genuina y dulce. Tienes un aura a tu alrededor que invita a la gente a entrar y les permite confiar en ti. Siempre he notado que tus ojos llevan tanta confianza cuando hablas. Así es como me sentí la última vez, al menos. —Hina suspiró profundamente—. ¿Pero por qué tus ojos están tan tristes hoy?

Una lágrima cayó de la mejilla de Azumi. Su fachada se derrumbó y se quedó sin nada más que su máscara real. Se perdió dentro de los colores arremolinados frente a ella. —No pasa nada, Fujita-chan.

Sintió unos brazos a su alrededor y un cálido cabello negro que le secó las lágrimas—. Está bien. No tienes que decírmelo. Pero quiero que sepas que puedes.

Un momento de vacilación.

Azumi respiró hondo—. Temo que… ya no soy solo yo en quien tengo que pensar.

—Pase lo que pase, o lo que sea que hayas estado cargando, debes saber que no debería ser suficiente para hacerte ignorar tus propios sentimientos. Mereces tener lo que quieres. Así que no te rindas. Mi rival es fuerte, ¿no es así?

La verdad es que no sé si eso es cierto.

***

La brisa blanca intentó cortarle las mejillas con cuchillos afilados en forma de copos de nieve. Aster luchó contra ellos. El viento no era tan fuerte como habían dicho los pronósticos. No había pasado ninguna tormenta. Ninguna que pudiera competir con la tormenta que se había despertado

una vez más en su interior, al menos.

El monstruo domesticado había desafiado a su amo. Ganó y tomó el control una vez más. Haciéndolo esclavo de su pecho hueco y de su mente pesada. No había ningún árbol al que agarrarse esta vez. Ese árbol fue talado hace mucho tiempo atrás. Y ahora su corazón estaba completamente expuesto, como las rocas de un rompeolas. Este sentimiento de pérdida, nunca lo había sentido con tanta fuerza.

Fue derribado por el monstruo que se parecía más a un titán con una lanza gigante. Apuntando a su corazón, el titán rompió y le arrancó todas sus emociones. Era un estado mental familiar, uno con el que había aprendido a vivir durante años. Ese mismo estado del que anhelaba escapar.

La puerta se abrió y sonó un timbre. —Bienvenido —dijo un joven detrás del mostrador. Probablemente era empleado a tiempo parcial. Días como estos, cuando se cancelaba la escuela, solo hacían trabajar a los jóvenes.

Caminó de pasillo en pasillo, olvidando exactamente lo que Tadashi había pedido. Buscó su teléfono en los bolsillos de su mahón, pero el teléfono no estaba allí. Lo había olvidado.

¿Ahora qué? se preguntó a sí mismo. Estaba tratando de buscar en su mente, en vano. Su mente lo conducía a pensamientos sentimentales cada vez. Como su suave abrazo. Cálido y pacífico.

Se tornaron fríos y agitados.

¡Vino blanco! Fue rápidamente a buscarlo antes de que pudiera olvidarlo.

¿Eso era todo? Continuó divagando. Las setas le sonaban familiar, así que las agarró y se dirigió al mostrador.

El niño con el corte de cuenco juvenil sonrió cuando los ojos de Aster se hundieron en el suelo. Era como si pudiera ver más allá, explorando cada capa de la tierra, hasta que todo lo que veía era magma. Sus ojos brillaron por un segundo mientras levantaba la mirada.

La última llama.

Ahora estaban turbados. Sin embargo, no llegaron a ver cenizas caer, si no, se habían convertido en las cenizas.

La sonrisa del chico se apagó con ellos, sintiendo el aura pesado que llenó la tienda de ira, dolor y tristeza. La tienda se volvió gris monótona. El niño miró hacia afuera y vio caer la nieve. Pero ahora parecía más polvorienta. Entrecerró los ojos y vio que la nieve no era nieve, sino ceniza. Sus ojos se dirigieron hacia Aster, quien ahora trataba de contener una sonrisa. Una sonrisa torcida como una casa en llamas que intenta mantener su estructura.

—¿Eso será todo… señor? —preguntó.

Un simple asentimiento.

—Permiso —dijo el chico, estirando el brazo hacia Aster mientras salía por la puerta.

Aster se detuvo, miró hacia atrás y cerró la puerta despacio.

—Todo estará bien, con tiempo.

La respuesta de Aster fue la misma sonrisa torcida.

El viento viajaba detrás de él, dándole el empujón que necesitaba para volver a casa. Hizo bailar su chaqueta. Un baile inexpresivo. Su cabello castaño siguió su danza cuando la nieve pasó a su lado, formando un tornado de nieve frente a él. Giró como si tuviera un vestido que floreciera. Si debiese tener un color, sería pastel. Porque cuando soplaba el viento, solo sonaba como la risa alegre a la que se había acostumbrado.

—Te extraño —susurró y suspiró—. Esto es nuevo, ¿no?

Un sedán negro pasó, redujo la velocidad y se detuvo. El temblor del motor agotado superó el

sonido de su risa.

—¿Eres Eurass Aster-san? —le preguntó un hombre de traje gris desde el interior del coche. Su rostro era áspero, con una cicatriz vertical marcada sobre su ojo. Sus ojos penetrantes miraron más allá del cuerpo de Aster, causando un escalofrío por todo su cuerpo.

Aster asintió y continuó su camino.

El coche lo siguió.

La mirada concentrada del hombre le dio una razón para acelerar el paso, haciendo que su corazón volviera a tomar vida; latiendo como si acabara de correr un maratón; compitiendo con el crujido de la nieve recién caída que venía detrás de él. Estaba acompañado por el olor de una colonia fuerte, discordante y amarga.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó la voz ronca detrás de él.

Miró hacia atrás y escuchó un zumbido muy cerca de su oído entumecido. Su mirada cayó.

El mundo se oscureció.

***

Tadashi estaba leyendo un libro culinario. Los champiñones ya estaban sobrecosidos y las bruschettas que quedaban estaban frías. Miró por la ventana, pero la vista estaba distorsionada por la niebla de cristal que estaba incrustada en ella. La nieve se había levantado.

—¿Por qué le está tomando tanto tiempo? —dijo, tomando su teléfono.

El teléfono de Aster sonó en el sofá. Tadashi se burló—. Aster, tienes que dejar de ser tan despistado.

Agarró el teléfono de Aster y rechazó su propia llamada.

El sofá se preparó, haciéndolo rebotar cuando se arrojó sobre él.

Se burló de nuevo, ahora mirando cada pequeña escarcha en el techo escarchado. Era como si mirara la luna y a cada cráter y a cada colina. Como si esta fuera la primera vez que miraba el techo con tanta atención.

Bloqueó su visión del techo con el teléfono de Aster, notando por primera vez la imagen que tenía como fondo. Era una foto de todos.

Aster tomó la foto sin que nadie se diera cuenta el día del festival de verano. Hina y Ryo estaban sentados en el banco. La boca de Ryo se abría de par en par mientras probablemente contaba un chiste, mientras que la tímida risa de Hina se escondía bajo sus manos. Shingo miraba el bosque que estaba detrás de ellos, insinuando una sonrisa que casi escapó de su frialdad. Mientras tanto, Tadashi descansaba su brazo dentro de su yukata con una sutil sonrisa que se lanzaba hacia Hina.

Tadashi se sonrió. *Te veías tan hermosa,* pensó.

Pero la foto solo lo puso impaciente. La verdad es que había pasado mucho tiempo desde que Aster se había ido. Normalmente, los favores como este le tomaban poco tiempo para completar. No era de los que pasaban mucho tiempo al aire libre, por lo que siempre los hacía de la forma más eficiente.

Volvió a mirar la foto y recordó a Azumi. Ella no estaba allí en ese momento en la foto, pero pronto él la habría ido a buscar.

¿Pasó por su casa? se preguntó a sí mismo. —Te dije que no hicieras eso, chico.

Buscó entre los contactos de Aster hasta que se topó con su nombre. Vacilando, se preguntó si llamarla o no. Quizás estaban teniendo una conversación profunda. Quizás estaban arreglando lo

que se había roto. Tal vez ella estaba gritando y echándolo de la casa. Pero se fue con su instinto.

El teléfono sonó durante algún tiempo.

No hubo respuesta.

Se impacientó.

Llamó una vez más.

—¿Um hola? —dijo Azumi en el otro extremo con una voz fría y seca.

—¿Hajime-san? Sí, este es Mori Tadashi. Compañero de cuarto de Aster.

—Ah, sí. Buenas tardes, Mori-san… ¿Por qué me llamas por el teléfono de Aster?

—Bueno, le pedí que me consiguiera algunos ingredientes que me faltaban, pero dejó su teléfono aquí. Se ha tardado un poco y, bueno, me preguntaba si era que se había topado contigo o algo así.

—Lo siento, Mori-san, pero él no está conmigo. Estoy en mi casa ahora mismo. Supongo que a estas alturas ya sabes…

—Oh sí. Solo pensé… —dijo. Su mente se volvió cada vez más pesada. Miró por la ventana. Los edificios ya no eran visibles. La intensa nieve empezó a camuflarlos como si un pincel con pintura blanca despejara el paisaje—. Bueno, supongo que volverá pronto. Ha pasado bastante tiempo. De todos modos, gracias Hajime-san. Cuídate.

No dudó ni por un segundo cuando tomó su gabardina crema y salió de la casa.

***

Azumi miraba por la ventana rectangular mientras se sentaba en el marco de la ventana. Su pierna derecha colgaba y se balanceaba como si fuera un péndulo. Nunca iba ni más rápido ni más lento. Un metrónomo perfecto. Sus dedos se inclinaron hacia abajo mientras arqueaba el pie y extendía la pierna, tocando suavemente el libro en su mesita de noche, empujándolo para que no se cayera.

Sobre su falda descubierta cayó una gota de agua. Luego otra, y otra más. Su rostro creó arroyos que se unían en su barbilla, el agua caía por una represa y era perturbada por el aire en forma de sollozos. Se cubrió los ojos y los apretó mientras respiraba profundamente, tratando de dejar salir las últimas lágrimas. Eso solo provocó que la represa que eran sus pestañas se rompiera. Azumi se derrumbó.

Su cabeza cayó hacia atrás y se apoyó en el marco de la ventana. Trató de usar la gravedad para detener las lágrimas como si le sangrara la nariz. No funcionó. Solo creó más corrientes en el costado de su cara, esta vez extendiéndose a sus mechones negros de cabello y desapareciendo en su bosque ceniciento. Era mejor. Así no tenía que ver su propio dolor.

Se llevó la mano al estómago con la intención de apretarlo con fuerza. Un solo pensamiento la hizo decidir en contra de eso y, en cambio, colocó su mano suavemente. Tiernamente.

Sus gemidos le rasparon la garganta, haciéndola toser. Esa tos retumbó y trajo otra. Comenzó a respirar con dificultad. El miedo le arrancó esa misma tos de su boca. Eso solo provocó que la cascada se convirtiera en una tormenta. Las toses eran el trueno, los gritos eran la lluvia y los silbidos, el viento. Todo lo que pudo hacer fue cerrar los ojos y navegar hasta llegar al mundo fantástico en el cielo que abrumaban sus sueños.

Sus ojos se abrieron de repente. Su boca jadeó por aire como si hubiera estado bajo el agua todo este tiempo. Miró su teléfono. Habían pasado veinte minutos y la nieve no se había asentado. Miró hacia afuera y hacia la pasarela frente a su porche. Pasó un vendaval repentino

caminando con un paraguas torcido, con la mirada siempre hacia abajo, como él solía hacer normalmente. Ella sonrió. Las lágrimas secas se escondieron cuando su párpado inferior se arrugó.

Sin vacilar, llamó a su teléfono. Sonó solo una vez.

—Hola.

—¿Aster? —preguntó, jadeando.

—No, es Tadashi.

—Oh… Mori-san. ¿Llegó a la casa?

—No. —Podía oír la respiración pesada y el viento—. Salí a buscarlo, pero recorrí la ruta que tendría que tomar para llegar a la tienda de conveniencia y no lo he visto. ¿Hay algún lugar adonde pudo haber ido?

Azumi permaneció en silencio por un momento. —Déjame verificar si fue al salón. Te llamaré tan pronto sepa.

Colgó el teléfono y marcó rápidamente el número de Ogawa. Su mano libre se sentía desesperada, buscando un escape de los pensamientos que abrumaban su mente. Como si su cerebro estuviera enviando señales nerviosas aleatorias por todo su cuerpo, comenzó a rascarse la rodilla, raspando como si estuviera cavando un agujero donde su detector de metales comenzó a sonar.

—¿Azumi-chan? Hola, querida —dijo Ogawa en un tono de sorpresa.

—Hola, tío Hideo —su voz había perdido su diccionario.

—¿Está todo bien? Es raro recibir una llamada tuya.

—¿Está Aster-kun en el salón hoy?

—Me sorprendería si lo estuviera. El salón está cerrado hoy. Con el clima, nadie se atrevería a ir. Estaría malgastando dinero. —Se rio.

Jadeó en busca de aire, su respiración temblaba con cada inhalación y exhalación. Su frente se arrugó cuando se dio cuenta de que sus pensamientos se estaban volviendo realidad. La fantasía se había desvanecido de sus pensamientos como las hojas que habían caído de los árboles.

—No —dijo, tratando de ver sus pensamientos como pesadillas.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su respiración se estaba volviendo incontrolable cuando comenzaron sus sibilancias. —¡Se lo llevó! —gritó, impotentemente—. ¡Se lo llevó, tío Hideo! —Sus sollozos superaron el viento que se podía escuchar desde el lado de Ogawa.

—¿Quién se lo llevó, querida? ¿Qué pasó? —La voz de Ogawa se había vuelto ansiosa.

—¡Haruto! ¡Haruto se lo llevó! —su aullido cifró sus palabras—. ¡Lo matará!

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé, tío Hideo. Solo lo sé.

—Bien bien. Yo me encargaré de esto, ¿de acuerdo? Llegaremos al fondo de esto. Mantén la calma por ahora, querida. ¿Está bien?

—E-está bien —dijo, entre sollozos fuertes.

***

—¿Qué vas a hacer con él? —dijo una voz incorpórea. Era áspera y brusca.

—Bueno —dijo una voz familiar. El eco intermitente se hizo más fuerte con cada paso que

daba—. Supongo que nos divertiremos un poco antes de hacer cualquier cosa. —Agarró la cabeza de Aster y la tiró hacia un lado.

Aster sintió que una mano agarraba la bolsa de paja con olor a humedad que le cubría la cabeza. La agarró, llevándose algunos de sus cabellos mientras la arrancaba.

La distorsión de las luces lo afectó mucho, solo dejándolo ver las tres sombras frente a él. Parpadeó con fuerza para fijar la vista. Poco a poco pudo ver con mayor claridad. El hombre frente a él era el ex-prometido de Azumi, Emiya Haruto.

—Encantado de verte de nuevo, *gaijin* —dijo Emiya, sonriendo mientras se inclinaba más cerca. Su ojo izquierdo todavía andaba hinchado—. ¿Cómo has estado últimamente?

Aster no respondió. No habría podido. Su boca estaba sellada con cinta adhesiva.

Se sacudió en la silla en la que estaba sentado y trató de soltar sus brazos amarrados detrás de la silla. Su gemido ahogado resonaba en el almacén vacío.

—Oye, oye. Cálmate. Mientras más luches, más se tensa la soga.

Aster se detuvo. Era cierto. La cuerda que ataba sus brazos había comenzado a tensarse, y su circulación se estaba cortando. Respiró hondo y empezó a mirar a su alrededor. El almacén solo contenía una pequeña cantidad de cajas de madera. Parecía que lo habían vaciado recientemente. Un fuerte claxon de barco invadió sus oídos. Se dio cuenta de que estaba en un puerto. Desde las ventanas superiores del almacén, vio que la noche ya había secuestrado al día. A esta hora, solo los barcos de pescadores seguían trabajando.

Su vista fue invadida por un hombre con un traje gris, alto, delgado, y un rostro lleno de cicatrices. Era el mismo hombre del sedán negro. Aster aspiró desesperadamente al ver el bate que el hombre apoyaba en su hombro. Estaba alertado, y su corazón comenzó a acelerarse como si cientos de personas lo rodeaban y lo asfixiaban. Su cuerpo comenzó a temblar por sí solo, traqueteando como la cola de una serpiente. Sus ojos parpadearon como un interruptor de luz y su piel se puso fría y pálida. El miedo se había apoderado de él. Y sintió que su vida expiraba.

Emiya se rio histéricamente. Los otros dos hombres lo siguieron, igual de sincronizados que un tocadiscos. Sus risas siniestras resonaron a través del almacén, sobrecargando el lugar con terror, consternación, desesperación y locura. Todos estos sentimientos atravesaron el cuerpo de Aster.

—Si te asusta tanto un bate, ¿cómo te sentirás cuando veas esto? —Haruto asintió con la cabeza al hombre de traje negro. El hombre, cuyos brazos eran tres veces los de Aster, alcanzó la parte de atrás de su remera negra remetida y sacó una pistola. Del bolsillo de su traje, sacó un silenciador y comenzó a atornillarlo al cañón de la pistola.

Aster apretó los ojos. Sacudió la cabeza en negación. *¿Por qué me está pasando esto?* Pensó. *Solo estaba tratando de protegerla.*

Retrocedió en el tiempo, su mente le mostró una película de lo que había sucedido ese día. La sed incontrolable de causar dolor. La sonrisa al aceptar las manchas de sangre que caían sobre su ropa con cada golpe. El dolor que le causó a la persona que estaba tratando de proteger. Su rostro de incredulidad, de decepción. Su expresión se llenó de miedo, miedo hacia él, no al que la acosaba.

Su mirada cayó, derrotada. Aster perdió todo el miedo. Perdió todas las emociones. Su respiración se estabilizó e inhaló solo para mantener su cuerpo y alma vivos lo menos posible.

Había otras formas de actuar.

Comenzó a comprender su enfado.

Si solo…

Si tan solo hubiera hecho las cosas de manera diferente. Hoy no estaría donde estaba: aceptando que con un último aliento su vida se marchitará.

Era la única manera, habló el monstruo dentro de él. El indómito señor de su mente.

Para ya, dijo. Usó lo último de su voluntad para combatirlo.

—Hm —dijo Emiya—. Pensé que ibas a empezar a gritar y lloriquear. ¿Qué sucedió? ¿Ya te has rendido? Bueno, entonces será más fácil.

Emiya se desabotonó la camisa y se la tiró al hombre del traje gris. Le dio la espalda a Aster mientras se quitaba el reloj y se lo daba al hombre, dejando al descubierto su tatuaje en la espalda.

Los tonos eran rojo y negro, con cada escama del dragón con un ligero amarillo, haciéndolo brillar cuando la luz sobre Aster lo rozaba. El dragón volaba por toda su espalda, zigzagueando hasta que apoyaba sus colmillos en el cuello de Emiya. Una verdadera demostración de fuerza.

—Bueno —dijo Emiya—. Te voy a contar una pequeña historia sobre la mujer que amo.

Se acercó, apretó el puño y, con un movimiento drástico, lo plantó sobre la frente de Aster. El golpe sacudió a Aster, haciendo que todo su cuerpo temblara con el impulso; igual que una pieza de metal. Aster aceptó su furia. De él no salió ninguna expresión de dolor.

—Empecemos —dijo Emiya, agarrando a Aster por su cabello—. A estas alturas creo que ya sabes, osea, serías bien estúpido si no lo supieras, pero somos parte de una familia Yakuza. Cuando tenía catorce años, mi padre empezó a dejarme ser parte de las reuniones pequeñas de la familia. Un día, un hombre bastante curioso llegó a una de esas reuniones. Era un policía joven que estaba bien ansioso de estar en la reunión. La familia lo había estado sobornando para que mirara hacia el otro lado cuando intentaban pasar drogas por el puerto. Parecía ser algo de una sola vez. Ese día estaban discutiendo posibles aliados dentro de la fuerza policiaca. Era la única razón por la que lo habían invitado. Pero ese encuentro se convirtió en un segundo, y un tercero, y un cuarto, hasta que parecía que él era una figura recurrente en cada reunión familiar. Comenzó a estar presente en eventos familiares. Como mi decimoquinto cumpleaños.

—Oye —dijo, agarrando el cabello de Aster con una mano y lo golpeó con la otra. Aster tosió sangre. Sin poder escupirla, casi se atragantó—. Estoy llegando a la parte buena, así que escucha bien… resulta que estoy de pie junto a este enorme pastel de cumpleaños que mi padre me había pedido. Vi al policía entrar por la entrada principal de la casa. A su lado estaba una chica delicada de cabello negro. Le llegaba al centro de la espalda. Llevaba un vestido de gasa, crema y transparente, cortado a las rodillas. Estaba hipnotizado e inmediatamente me tomé el tiempo para conocerla. Al parecer, durante algún tiempo no se dio cuenta de lo que hacía mi familia. Hablaba tanto, que nunca se tomaba un descanso para respirar. Así que era natural que no se diera cuenta de lo que la rodeaba. Cuando ambos teníamos dieciséis años, se había formado una amistad muy intensa entre nosotros. Nuestras escuelas estaban muy cerca unas de otras, por lo que todos los días después de la escuela nos reuníamos en el parque más cercano. Pero un día, las lágrimas de risa que brotaban de sus ojos cada vez que la empujaba de los columpios se convirtieron en lágrimas de tristeza.

Se aclaró la garganta y se agachó frente a Aster. —Quiero que entiendas, gaijin, que su padre se convirtió en un padre para mí —dijo—. Un día, volvemos a mi casa después de la escuela, y la casa parece bastante ocupada. Demasiado ocupado, en realidad. Intentamos entrar, pero los soldados de la familia no nos dejaron. Entre ellos vimos a su padre, tendido en la mesa, empapado en sangre. Los malditos policías le dispararon cuando se enteraron de lo que estaba haciendo. No lo encarcelaron, no lo enjuiciaron como dicen que hacen. Simplemente lo mataron.

Luego nos echaron la culpa a nosotros, convirtiéndolo en un mártir de la policía, diciendo que era violencia de pandillas. No podía soportar ver la forma en que ella se comportó durante los siguientes días. Ni siquiera me hablaba al principio. Sus ojos siempre estaban perdidos en sus pensamientos y parecían estar muertos. Todavía nos encontrábamos todas las tardes —la compañía le traía una leve paz entre el caos en su mente. Pero esto solo nos hizo más cercanos, ya que ambos comenzamos a depender el uno del otro en los próximos años. Cuando se fue a la universidad, la visitaba todos los fines de semana. Fue allí donde comenzó nuestro romance. Y después de que terminó su carrera universitaria, nos comprometimos. Sin embargo, durante años, permanecimos así.

—Ella siempre dijo que no estaba preparada para casarse conmigo. Que debería esperar si en realidad sentía lo que prometía —dijo Emiya, empezando a irritarse—. Esa puta —susurró.

—Ahora sé por qué me hizo esperar todo este tiempo. —Agarró a Aster y se inclinó más cerca. Lo suficientemente cerca como para que Aster pudiera sentir el viento de sus leves gruñidos—. Fue porque estaba esperando que un gaijin como tú le hiciera perder el control.

Golpeó a Aster. Una y otra y otra vez. Hasta que sus propios nudillos empezaron a sangrar.

—¡Me debes esto!

En ese momento, Aster solo podía percibir el empuje de cada golpe que se dirigía al lado izquierdo de su rostro. La visión de su ojo izquierdo había comenzado a nublarse como si mirara detrás de una envoltura de plástico. El entumecimiento había atenuado el dolor que sintió al principio. Sin embargo, sus ojos se arremolinaban en lágrimas, un tifón incontrolable que descargaba agua indiscriminadamente.

—¡Ella me pertenece! No a un pianista extranjero. —Detuvo su ataque, dejando que Aster dirigiera sus palabras—. Sí, sé todo acerca de ti, Príncipe Sombrío. Sé las cosas enfermizas que has hecho en tu pasado. —Agarró a Aster por el pelo—. Dime. ¿La mataste? ¿A tu propia maldita madre? Un tipo de mierda como tú podría haber agarrado fácilmente ese cuchillo y cortarle la garganta. No creo que haya sido un suicidio ni por un segundo.

Aster comenzó a gemir y gritar de dolor cuando escuchó esas palabras. Su cabeza se sacudió como si un insecto se hubiera posado sobre ella y estuviera tratando de hacer que se fuera, sollozando, tratando de escapar de la imagen de la sangre, el olor y la expresión de su mirada sin vida.

Por favor, mátame ya.

—¡Sí! —dijo Emiya, su risa maníaca resonando por el almacén—. Esta es la cara que quería ver. Ruégame que te mate. ¡Suplícame! —Cogió el bate que sostenía el hombre del traje gris y lo giró, apuntando a su cabeza. Su falta de precisión hizo que golpeara el hombro de Aster.

Un sonido seco, como golpeando cemento.

Aster se quedó paralizado. La silla se inclinó hasta que su cabeza rebotó en el suelo. Los últimos rastros de su visión se disiparon. No quedó ni un solo pensamiento en su mente.

—Ups —dijo Emiya—. Parece que fallé. Qué suerte tiene el tipo este. Levántalo y échale un poco de agua.

El agua helada salpicó en el rostro de Aster. Jadeó en busca de aire, tratando desesperadamente de captar el último suspiro que había tomado.

—Escucha —dijo Emiya, agarrando una toalla para limpiar la sangre de sus nudillos y su pecho—. Ella solo te está usando para vengarse de mí. Pero la verdad es que, por el resto de nuestras vidas, ella merece estar con la persona que más la ama. La que siempre ha estado a su lado.

Tomó el arma y apuntó al corazón de Aster.

¿Es así como encontraré paz?

Su respiración se calmó y miró directamente a Emiya con ojos que lo invitaban a disparar.

…

Era una falsa pretensión.

Cuando Azumi apareció en su mente, todo lo que quería en ese mismo momento desapareció. El miedo lo nubló de nuevo. Miedo a no volver a verla nunca. Miedo a no ver la brillante sonrisa que desafiaba al sol. Miedo a no ver su cabello ceniciento bailar con su propia canción. Miedo a no escuchar su risa encantadora. Miedo a no decirle lo que siente cada vez que está con ella. Quería hablarle más, y todo lo que se había reservado, en ese momento, quería salir a la luz.

Por favor, no me mates. Quiero que sepa más sobre mí.

Emiya cargó el arma. —Simplemente, tuviste mala suerte.

¡Azumi!

Se escuchó un sonido reverberante de metal rodando por el suelo cuando las puertas del almacén se abrieron de repente. Las luces que provenían de los autos estacionados frente al almacén encubrieron las identidades de las figuras oscuras que estaban frente a ellos.

Emiya miró hacia atrás. Bajando su arma, trató de luchar contra la luz con el otro brazo. —¿Qué carajo?

—¡Aster! —gritó una de las figuras oscuras. Corrió hasta que las luces que brillaban sobre Aster superaron a las de los coches. Su vestido bailaba con cada paso que daba mientras corría. La visión del estado de Aster provocó una reacción delirante. Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras se agachaba frente a él—. Aster, no, no. —Le quitó la cinta adhesiva que cubría su boca.

—Lo siento —dijo Aster entre sollozos. Su ojo hinchado también se inundó de lágrimas—. Lo siento, Azumi. —Su voz sonaba delirante. Ya él no estaba allí.

—No, Aster —tomó su rostro suavemente y besó sus labios ensangrentados, gentilmente, con un toque delicado que intercambió sus respiraciones—. Estás bien. Estoy aquí, mi amor. Estoy aquí.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó Emiya.

—Podría preguntarte lo mismo, Haruto —dijo otra voz, envejecida y gris.

—¿Padre? —dijo Emiya, bajando los ojos.

—Te dije que dejaras a esa chica en paz, ¿no es así? —dijo el padre de Emiya. Su palpable grandeza parecía ser notada por las luces que lo seguían—. Le has causado suficiente dolor. ¿Y ahora vienes y haces esto? ¿Sin mi permiso?

—Perdóname.

—No. El perdón no te ayudará ahora, hijo —agarró a Emiya de la parte de atrás de su cabeza —. Te merecías esa paliza. Una que debería haberte dado hace mucho tiempo. ¿Cómo vas a ser el jefe de esta familia con este tipo de comportamiento? Deja de avergonzar a nuestra familia. Ya lo has hecho suficiente. —Tiró a Emiya por el cabello y lo empujó a un lado—. Vete. Una vez más tendré que limpiar tu desorden. Esto no vendrá sin consecuencias. Tu derecho al trono está comprometido. Esta familia no necesita un líder que se rija por sus emociones.

No salieron más palabras de Haruto. Ni miró a Ogawa cuando pasó junto a él. Su mirada se había desplomado y derrocado.

—¿Qué esperabas, Haruto? —dijo Ogawa, sin ofrecer una mirada ni una señal de consuelo.

No recibió respuesta. Solo el sonido de la puerta de un auto cerrándose sin una medida de fuerza.

El padre de Haruto se paseó mientras caminaba hacia el centro del almacén. Allí, lentamente puso su mano sobre el hombro de Azumi. —No puedo, sin vergüenza, pedirte que perdones a mi hijo por todo lo que te ha hecho. No se merece ningún perdón. Al igual que no se merece la hermosa mujer en la que te has convertido, hija mía. Realmente lamento lo que acaba de pasar. —Se agachó, luchando con sus rodillas.

—Necesita ayuda médica —dijo Azumi, concentrada en Aster. Su mano acariciaba su cabello con ternura—. Creo que tiene una concusión. Yamato, no me puede seguir con los ojos.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo, sin insistir en la falta de atención que ella le dio a su disculpa—. Traje al médico de la familia con nosotros, por si acaso. —Chasqueó los dedos y se inició un movimiento rápido detrás de él.

Un médico con un maletín se dirigió a Aster. Sin tiempo que perder, colocó su taburete frente a él, tomando el lugar de Azumi. Pero ella no tenía intenciones de irse.

—Nunca podría haber imaginado que aquí sería donde terminarías —dijo una voz joven detrás de ella.

Azumi miró hacia atrás, las lágrimas que quedaban en sus ojos se arrastraron detrás de ella. —Mori-san, él está… —Se quedó sin voz.

Aster solo escuchó ecos distantes, nada que realmente pudiera percibir.

—¿Estará bien, doctor? —Preguntó Tadashi.

No respondió.

—Está bien —dijo, riendo nerviosamente—. Parece que el buen doctor quiere que lo dejemos en paz, Hajime-san. ¿Qué tal si le damos algo de espacio?

—¡No me voy a ir de su lado!

—Aster estará bien, querida —dijo Ogawa. Ven, dejémosle hacer su trabajo. Vámonos allí. —Miró a Yamato, cuyo cabello gris comenzaba a cubrir sus ojos rancios—. Gracias, Yamato.

—Tenía que hacerse, aunque no me lo hubieras pedido. Mientras yo viva, la familia siempre estará aquí para alguien que es como un hermano para mí. —Hizo una pausa y miró al debilitado Aster—. No te preocupes por él. De ahora en adelante, está protegido por nosotros. Sin ataduras, ni nada. Es lo menos que puedo hacer por ti, Hideo. Y por él.

Ogawa asintió, agarrando a Azumi por los hombros y llevándola en su abrazo. Ella sollozó, aferrándose a la frase: —Él estará bien —como si se agarrara a una repisa para no caer en un abismo.

—Zumi —gritó Yamato.

Azumi miró hacia atrás, como una niña agarrada a la chaqueta de su padre.

Yamato no dijo nada más. Él simplemente la miró mientras sus ojos cedían de vergüenza.

Sus ojos se cerraron lentamente. Su boca se frunció gradualmente.

La noche se hizo más nublada. La luna se escondió cuando notó lo que se había desarrollado durante su reinado. Con el corazón roto, aulló detrás de las nubes que intentaban enmascarar los destellos blancos que emitía su grito. Fallaron en hacerlo. Sus gritos de rabia fueron involuntarios. No cayeron lágrimas de sus ojos. Habían perdido la voluntad de llorar.

En el almacén, la mayoría de la multitud de soldados yakuza ya se habían ido. Solo los guardaespaldas de Yamato lo rodeaban mientras hablaba con Ogawa en la entrada. Aster todavía estaba siendo revisado por el médico de familia, que parecía estar desconectado de todos y

completamente concentrado en su tarea. Apuntaba una luz a los ojos de Aster. Todavía parecía estar fuera de sí.

Desde la distancia, los ojos penetrantes de Tadashi lo miraron, viendo que sus hombros no soportaban peso. Caían como si no estuvieran conectados a su cuerpo. Tadashi resopló, frustrado.

—Lo siento —dijo Azumi en un tono muy bajo. Fue filtrado por su cabello colgante mientras sus ojos se clavaban en sus rodillas. Estaba sentada y tiesa—. Por mi culpa, está tan lastimado.

Tadashi captó sus palabras con oídos como los de un halcón. —Las decisiones que tomó fueron la causa de esto. No te culpes por estar involucrada. Él tendrá que aprender a controlar lo que siente a partir de ahora. —Se echó el pelo hacia atrás y suspiró—. En todo caso, esto sirvió como un llamado de atención.

Azumi permaneció en silencio.

—Ogawa me contó —dijo Tadashi.

Ella giró la cabeza hacia él, aun mirando hacia abajo como para escucharlo con más claridad.

—Sobre tu condición.

La lluvia caía de sus ojos sin hacer ruido. No dijo una palabra.

—Me dijo que has tenido esto por un tiempo. Es por eso que ya no trabajas como abogada de la familia. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Pero me dio a entender que es el único que sabe. ¿Es cierto? ¿Ogawa-san es el único que lo sabe?

—Sí —sus cuerdas vocales intentaron con todas sus fuerzas dejar ausente las palabras—. Y ahora tú.

—¿Cómo le escondiste esto a la familia? Oh. Claro. Cuando rompiste con Emiya-san.

El viento soplaba desde el exterior, alborotando sus cabellos. Trató de escapar, como una mosca atrapada en una habitación, aullando por su intento fallido.

—¿Cuándo le vas a decir? —dijo, mirando a Aster, cuyos ojos parecían estar perdidos.

Ella solo sollozó levemente.

—Ya veo, nunca lo pensaste. —Él suspiró—. ¿Cuánto tiempo te queda todavía?

—No duraré al final del año que viene.

La miró fijamente.

—Tengo miedo —dijo, aún sin poder mirarlo a los ojos.

—Lo sé. —Colocó su mano sobre su cabeza—. Pero piensa en lo asustado que también estaría él si lo tomara por sorpresa. Si te sientes de la forma en que me dijiste que te sentías de camino aquí, entonces él merece saberlo y tomar la decisión de estar contigo o no por su propia cuenta. Esto no te toca decidirlo a ti. —Acarició su cabello—. Si no le dices… yo lo haré. No puedo ocultarle esto. No lo dejaré sufrir por ignorancia.

Su cabeza se levantó como si alguien hubiera gritado su nombre. Nadie lo había hecho. Fue un impulso.

Encontró los ojos de Aster buscando los de ella.

Se encontraron.

Los bordes de sus labios se arquearon débilmente.

Como el sol, brillaba.

XII

La luz dentro de la habitación era de un blanco helado, como el invierno afuera. Un poco más blancas y la clínica se habría parecido más a una sala de aislamiento. Pero no lo era. La cama en la que estaba acostado era cómoda, las paredes que lo rodeaban eran de color arena y las cortinas eran azul celeste.

Sus ojos lucharon por permanecer cerrados. Sin embargo, el latido constante como de un martillo golpeando un clavo no se lo permitió. Los analgésicos que el médico le pidió que tomara pronto tendrían el efecto de cortar el brazo que utilizaba el martillo. Solo tenía que soportarlo un poco más.

Desde la puerta llegó un golpe suave.

—¿Cómo te sientes? —dijo Azumi mientras asomaba su cabeza—. ¿Has podido descansar?

—Mis ojos no parecen querer permanecer cerrados. Todavía me duele la cabeza.

—Me imagino, si así con las luces tan brillantes, ni yo podría descansar. —Entró a la habitación y las atenuó—. Te traje un poco de té. No vas a creerlo, pero el médico tenía un gavetero oculto lleno raíz de valeriana. Es un alivio saber que no hay nadie aquí ahora mismo.

Azumi se sentó en el borde de la cama, sus ojos brillando en los de él. —¿Mejor?

—Gracias. —Se sentó contra la cabecera de la cama y tomó la taza de té. El olor terroso invadió su nariz, conquistándola y colonizándola. Como un regalo, trajo un recuerdo. Como un caballo de Troya, estaba lleno de muchos otros.

—Oye —Azumi notó que su mente trataba de torturarlo. Lo besó en la mejilla y se acostó a su lado, apoyando la cabeza en su pecho—. El médico dice que debes quedarte en la clínica y descansar esta noche. Quiere asegurarse de que no tengas una concusión antes de irte. Eso significa que tendrás que dejarme un ladito para que yo pueda dormir.

—Puedes ir y descansar en tu casa. Estaré bien.

—No me voy a ir de tu lado.

—Bien —dijo, acariciando su espalda baja—. No quiero que te vayas.

Aster bebió de su té en silencio mientras Azumi disfrutaba de la percusión que hacía su corazón y la melodía que cantaban sus pulmones. Lo abrazó con más fuerza cada vez que recordaba de quién era el pecho en el que apoyaba la cabeza.

Aster la miró. —Azumi…

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó con Emiya-san?

Por un tiempo había estado muda. Incluso cuando se sentó de rodillas y lo miró, sus ojos no hablaban como lo hacían normalmente. Llenaba el silencio de vez en cuando. —Eres tan diferente —le decía, luego lo besaba suavemente mientras enredaba los dedos en su cabello color ámbar.

—Azumi —dijo. Se merecía una explicación.

—Está bien.

Comenzó con su historia, la misma que le había contado Emiya. No hubo cambios notables excepto el cambio de perspectiva. Pero donde se detuvo Emiya, Azumi continuó.

—Cuando terminé mi carrera y fui aceptada a la escuela de derecho, me pidió que me casara con él. Naturalmente, dije que sí. Habíamos llegado a ser tan cercanos y yo era básicamente parte de la familia. Estaba tan feliz. —Sonrió ante sus pensamientos pasados, como si estuviera revisando los fotogramas de una película.

Esa sonrisa se vertió a medida que avanzaba la película. —Todo cambió a partir de ese momento. Para él, me convertí en algo que poseía. Una cosa con la que podía jugar. Desde insultos hasta humillarme frente a mis compañeros. Una vez comenzó a golpear a un chico porque estaba bebiendo té conmigo mientras discutíamos sobre la litigación que teníamos que presentar en clase. El joven que había conocido durante años se había desvanecido.

Agarró su mano y sintió cada grieta que tenía. Abrió la de ella y la fijó a la suya—. Tus manos siempre han sido tan suaves. —Eran como los restos de tela de terciopelo.

—Me lastimaba. —Lloró—. Me abofeteaba, me golpeaba y hasta me pateó mientras estaba en el suelo. La mujer en la que había crecido desapareció en ese instante y solo quedó su sombra. Perdí mi identidad y perdí las ganas de vivir… Esto se convirtió en algo recurrente. Por eso me asusté cuando te vi golpearlo. En mi mente, en ese momento, eran iguales. —Sus sollozos se hicieron más lentos—. El día de tu debut, me cambiaste, ¿sabes? La voz que escuché a través del piano me habló y me dijo: 'Ya es suficiente'.

Aster no pudo contenerse y la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho mientras ella estallaba en lágrimas.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiera ido? —Sus palabras fueron amortiguadas por su camisa.

—Estás aquí ahora. Eso es lo que importa.

—¿Qué pasa si no estoy mañana?

—Entonces pasaría esta noche sin cerrar los ojos.

—Aster —gritó entre lágrimas.

La consoló. —Está bien. Cuando estés lista.

—Te prometo que lo estaré. —Lo besó con el sabor de sus lágrimas saladas—. Prometo que lo haré.

—Lo sé.

Trazó las heridas que cubrían el lado izquierdo de su rostro. Su ojo ya se había ennegrecido por el golpe.

Un beso y luego otro. Pero eso no sació su sed—. No puedo parar.

—No pares.

Se sentó encima de él, agarrando su cabeza con ambas manos mientras sus dedos se infiltraron en su cabello. Sentía que había hundido las manos en un lecho de pétalos de flores. Las alborotó, presionando sus labios con fuerza sobre los de él.

—Aster —su voz se volvió suave con sollozos ligeros que intentaron escapar.

Sus manos tenían conciencia propia. Y sin el permiso de Aster, comenzaron a aventurarse por su espalda como cazadores de tesoros. Encontraron riqueza; la cremallera de su vestido. Con curiosidad descendieron lentamente con él, dando paso a tierras inexploradas.

Las yemas de sus dedos estaban frías, haciéndola estremecerse con un suave gemido. Azumi permitió que su roce la dominara, presionándose hacia ellos. Ahora, sus ojos se encontraron. Sus motas amarillas actuaron como chispas saliendo de un metal y sus ojos marrones giraban como una galaxia.

—Quiero saber todo de ti —gimió Azumi.

La gravedad hizo su trabajo y tiró de los tirantes de su vestido, dejando que cayeran lentamente por sus hombros. Su pecho quedó desnudo. Sin dudarlo, Aster la besó y trazó las cicatrices descoloridas con sus labios. Creó con ellos una historia nueva. Las historias lacerantes del pasado se borraron poco a poco.

—Te lo contaré todo —dijo su voz débil.

—¿Me deseas?

—Más que nunca.

Ella le quitó la camisa, pero sus labios permanecieron en su pecho como si hubieran plantado allí sus raíces. Ella se los arrancó y lo empujó contra la cabecera de la cama.

Los analgésicos habían hecho su trabajo. Su dolor era inexistente, solo la deseaba cada vez más.

Presionó las yemas de los dedos sobre su pecho desnudo como si intentara arañarlo. Su aliento acarició su cuello, sin permitir que sus labios lo tocaran. Desesperada, desafió su respiración, presionando sus labios en su hombro y cuello, mordisqueando lentamente, controlando su deseo de drenar su fuerza vital.

Aster acarició su espalda baja, introduciendo su mano dentro de su vestido.

Su bóxer ya no estaba obstaculizándolos.

El tierno gemido de Azumi impregnó la habitación.

El fuego entre ellos creció ferozmente. Como el fuego griego, cuanta más agua usaban, más se encendía. Su sonido era el crepitar del fuego, sus movimientos eran la danza, y su pasión, el calor. No salieron cenizas de esas llamas.

Había cansancio, pero con signos de ansia.

Su suave caricia mientras lo peinaba.

Sus voces resonando con risas.

—Te amo —dijo Azumi cuando sus suaves ronquidos llenaron el fondo.

***

Vamos a encontrarnos en el parque, leyó en su teléfono.

La nieve actuó como niños, deslizándose por las chorreras, sentándose en los columpios mientras el viento, su madre, se tomaba el tiempo de empujarlos. Por sus aullidos, se dio cuenta de que los niños se estaban divirtiendo.

Aster quitó la nieve del banco en el que se habían sentado una vez y ocupó su lugar. Miró a su alrededor, pero el gato no estaba por ningún lado. Por la risa en el aire, supo que la casa dormida ya no estaba dormida. Esperó, frotándose las manos y respirando con ellas. El invierno de este año estaba excepcionalmente frío.

—¡Aster! —dijo un delicado grito.

Lo buscó. El eco del parque vacío le había causado confusión. Desde la distancia, la vio, con su uniforme de chef y todo, más un abrigo muy acogedor.

Su brillante sonrisa mientras lo saludaba comenzó a cambiar cuando se acercó. La vista de su ojo morado y los puntos cerca de su ceja hizo que ella dejara escapar un suspiro descontento.

—Oh, Aster-kun —dijo Hina, sentándose rápidamente a su lado—. No pensé que fuera tan malo.

—Está bien —dijo, sonriendo—. El doctor dijo que me quitará los puntos la semana que

viene. Justo a tiempo para la Navidad y todo.

—Déjeme ver. —Le tocó la mandíbula con el dedo índice e inclinó su cabeza para mirarla. Se acercó, estudiando su ojo ennegrecido. La sangre atascada en su esclerótica ya había comenzado a disiparse. Suavemente, le pasó la mano por los puntos de sutura, tocando las púas de un erizo de mar.

Él se estremeció cuando ella presionó ligeramente.

—Perdón —dijo en voz baja.

—Está bien. No duele.

Hina lo miró a los ojos. Luego cayeron a sus labios como si hubieran susurrado su nombre. Esos labios seguían sonriendo, como si supieran cómo hacerlo desde el momento en que se movieron por primera vez. Su sonrisa era gentil, tierna y suave, ligeramente inclinada hacia el lado izquierdo de su rostro.

Se derritió levemente, deseando saborear el aliento que podía percibir. Sus labios estaban a solo unos centímetros de distancia.

—Algo huele bien —dijo Aster, con una nariz crispada.

Sus ojos se agrandaron. *¿Podría ser yo?* pensó. *¡Oh! Por supuesto que no.*

—¡Sí! Nos traje algo de almuerzo del trabajo. ¿Quieres sushi o sashimi?

—Sushi, por favor. —Lo agarró con entusiasmo—. *Itadakimasu* —dijo, dándole las gracias por la comida.

Hina repitió.

—¿Hiciste esto? —preguntó, abriendo la caja bento.

—¡Así es! Atún, pepino y nori. Como me dijiste que te gustaban.

Su rostro se iluminó de emoción. Agarró uno de los ocho sushis y se lo llevó a la boca.

El sabor era exquisito. Cada bocado agarraba otra capa, y cada vez que su lengua sentía el atún, el pepino o el nori, sus papilas gustativas caían presas de la euforia.

—Está delicioso, Hina-chan —dijo, sonriendo tanto que cerró los ojos.

—Me alegro de que te gusten, Aster-kun. Quizás esto pueda convertirse en algo recurrente.

—Me encantaría eso —dijo, saboreando su tercer rollo de sushi—. Cuéntame, ¿cómo te va en el trabajo?

—¡Me va genial! El personal es muy agradable. Me han hecho sentir como en casa. Además, todos los consejos que me dio Tadashi realmente me ayudaron a asentarme. Estoy muy agradecida por este trabajo… Hajime-san también me ayudó mucho.

Él se sonrojó, mirándola con arroz en los dientes. —Sabía que lo harías muy bien. —Su sonrisa se cerró en sus labios—. Eso me hace feliz.

—Me alegro, Aster —dijo, mientras descansaba la cabeza en su hombro. Se sintió como una almohada.

¿Qué estoy haciendo?

—¿Alguna historia interesante? —preguntó.

—Bueno, una vez derramé sopa de miso sobre el chef de la estación y luego resbalé y caí sobre sus brazos. Después de eso, ambos llevábamos sopa de miso derramada en nuestros uniformes. —Chilló—. Era mi segundo día, Aster-kun.

Ambos rieron, abrumando la ráfaga de viento que intentó alcanzarlos en ese momento.

La risa amainó, hasta que solo se oyeron los ruidos de la casa despierta.

—Dices que estás feliz ahora. ¿Qué sientes cuando piensas en mí? ella preguntó.

¿Qué estoy diciendo?

Aster no tardó en responder. Miró hacia el cielo nevoso de la misma manera que aquella noche.

—Sonrío todo el tiempo, eso lo sé. Realmente no sé cuándo me siento feliz, pero entiendo cómo se siente en mi cuerpo, si eso tiene algún sentido. Así que sí, cada vez que te veo o pienso en ti, siento cómo debería ser estar feliz.

—Sabes —tragó saliva con una risita—. Te amo demasiado, Aster-kun.

Por un momento no hablaron. La casa también se detuvo con su sonido, y el viento había dejado de empujar los columpios. El frío estaba tibio. El sol era la luna y la nieve eran las estrellas fugaces.

El tiempo se había detenido.

—Quiero estar contigo… —Se le escapó de la boca.

—Ya veo —dijo, sonriendo y apoyando la cabeza en la cabeza que se apoyaba en su hombro —. Eso me hace feliz, Hina. Pero ahora mismo hay una mujer de la que estoy enamorado.

—Lo sé… —Cerró los ojos con fuerza, buscando el sueño donde tenía lo que quería—. Solo quería que lo supieras.

—Gracias.

—Lo dije —sonrió, con el labio inferior temblando—. Lo dije, pero sigo tan asustada.

—No lo estés —dijo en voz baja—. Siempre me tendrás.

Gracias.

—Ella realmente te ama, ¿sabes?

—Sí —suspiró—. No entiendo como, pero soy bastante afortunado de ser amado por tantos, ¿no es así?

—Lo eres.

En un mundo tan grande, el abrazo que le dio fue distinto. Hina estaba asustada, pero él siempre estaría a su alcance.

XIII

Llegó la Navidad.

El cielo lo sabía y esparció nieve sobre toda la ciudad, como un chef echando sal sobre la comida. No muy fuerte, sino delicadamente por todos lados, acariciando las ventanas de los rascacielos como las caricias de un amante.

La nieve caía sobre los árboles y sus ramas, decorándolos y haciéndose pasar como hojas. Su color blanco profundo era semejante a los tonos de las flores de sakura.

El Escondite de la Arpía disfrutaba de una gran multitud. No eran borrachones, sino bebedores alegres que vitoreaban cada vez que alguien entraba. Como cuando entró una pareja joven con ganas de ver el interior de un bar. Por sus rostros, parecía que acababan de cumplir la mayoría de edad para beber. Vino como una sorpresa cuando Kenji les ofreció bebidas de cortesía. Sus rostros se iluminaron con curiosidad por lo que para ellos era extraño y exótico.

—¡Aster! —gritó Ryo. La multitud aplaudió una vez más cuando entraron—. ¡Feliz Navidad!

Detrás de él, Aster sintió el abrazo de un enorme oso que lo levantó y lo hizo girar. El dolor ligero que sintió en la espalda se alivió instantáneamente al astillarse.

—Feliz Navidad, Ryo.

—Veo que te quitaron los puntos —dijo Ryo, agarrándole la cara sin compasión—. Tu ojo también parece estar mucho mejor.

—El golpe dejó una cicatriz bastante ruda. Te queda bien —se unió Shingo—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Shingo.

Detrás de ellos, vio a Hina arreglando su chaqueta. Sin duda alguna, estaba demasiado distraída para haber escuchado. Aster trató de buscar sus ojos. Cuando los encontró, los vio abiertos de par en par y aturdidos por su mirada tan firme.

—Feliz Navidad, Hina-chan —dijo.

Su sonrisa no podía haberse escondido ni siquiera bajo sus manos cubiertas por el suéter. —Feliz Navidad, Aster-kun.

—¿Dónde está Tadashi? —preguntó Aster—. ¿No vino con ustedes?

—Nop —dijo Ryo, ya mirando el recoveco de la barra donde se sentaría—. Tuvo que quedarse un poco más de tiempo. Hay un chef nuevo, así que se quedó para enseñarle una que otra cosa. De hecho, me recuerda mucho a él cuando era más joven; ansioso por aprender. De todos modos, dijo que vendría una vez terminara. ¿Y Hajime-san? ¿Dónde anda?

—Bueno —dijo Aster—. Me dijo que llegaría un poco tarde. Algo de que mi regalo aún no está listo.

—¡Oh! —exclamó Ryo—. ¿Eso significa lo que creo que significa?

—Vamos, Ryo —dijo Shingo, dándole una palmada en la espalda—. Ni siquiera has comenzado a beber y ya empezaste con los comentarios fuera de lugar.

—¿Qué? Eso no fue fuera de… ¡Tú! Tú eres el que tiene la mente sucia…

—¿Qué le compraste, Aster-kun? —dijo Hina, ignorando la pelea de Ryo y Shingo en el

fondo.

—Le compré dos boletos para una obra de teatro y un collar.

El collar era una fina cadena de oro blanco con un colgante delicado de ónix en forma de una nota corchea.

—¡Es tan hermoso! —dijo, con los ojos fijos en el collar—. No estés nervioso, a ella le va a encantar.

—Eso espero —dijo, con una risa inquieta—. ¿Tomamos algo?

—Sí —dijo, escondiendo las manos que se habían escapado de su suéter—. Por favor.

Mientras discutía con Shingo, Ryo escuchó la invitación, levantando la oreja hacia ella como un gato en busca de un ratón.

—A mí también me gustaría tomar un trago, Aster —dijo, acechando rápidamente la esquina libre de la barra.

Kenji tomó sus órdenes rápidamente. —Eurass-san, ¿lo de siempre? ¿*Old Fashioned*?

Aster asintió—. Y *Umeshu* para la dama.

—¿Cómo sabes qué es lo que bebo? —preguntó, desconcertada.

—Recuerdo haberte visto pedirlo el día que celebramos tu oferta de trabajo —dijo, apoyándose en el borde de la barra, la luz ensombreció la sonrisa que comenzó a curvarse en sus labios—. Nunca lo olvidaré.

—El Aster que conocí hace meses nunca diría algo así —dijo Hina sin poder aguantar su risa juguetona.

Sin que los demás se dieran cuenta, Aster se inclinó más cerca y susurró: —La Hina que conocí hace meses tampoco sería tan directa como para confesarse.

Se rieron juntos, provocando un alboroto que llamó la atención de sus amigos. A Shingo no le importaba. Su atención siempre había sido corta, y especialmente ahora que Kenji le había servido su sake.

Ryo, por otro lado, parecía muy interesado en saber la razón de sus risas tan incontrolables. Tanto así, que descuidó la bebida que Kenji le había servido, dejándolo con una mirada inexpresiva.

—¿Qué fue tan gracioso? ¿Aster acaba de decir un chiste? No puedo creer que me lo perdí.

—No lo entenderías —se rio Hina.

La multitud aplaudió una vez más. Había entrado una mujer, las luces amarillas reflejaban lo que parecía cabello plateado. Los ojos de Aster la miraron, pero el cabello no era el mismo. Era gris en el mejor de los casos. Su nariz no era tan puntiaguda, su piel no era tan alabastro, y la sonrisa que tenía una vez que vio al hombre que la estaba esperando no era tan brillante como la que podía abrumar a las mismas luces dentro del salón. Sus ojos volvieron a su bebida con decepción.

—De verdad quieres darle el regalo, ¿no es así? —preguntó Hina, notando su reacción.

—Sí, es la primera vez que pienso tanto en un regalo.

—Vendrá pronto. No te preocupes. ¿Qué tal si nos tocas algo mientras esperamos por ella y Tadashi?

—Eso no suena como una mala idea. ¡Kenji! ¿Podrías traerme un portavaso?

—Claro que sí, Eurass-san.

—Sabes que me puedes llamar Aster —dijo con una sonrisa.

Cogió el portavaso y se dirigió al piano. Las luces amarillas no eran tan turbias como antes. Brillaban en el piano como si se hubieran convertido en un foco de luz tratando de cegarlo de la

multitud. Encontró su reflejo en el piano.

Notó sus ojos llenos de vida. Sonreían, aunque su cara estuviera llena de seriedad. Dentro de ellos había deseos; sueños; ganas de vivir. Gracias a su esfuerzo y a las personas que lo rodean se sentía en plenitud.

Se sentó, colocó su bebida encima del posavasos y echó un vistazo a la barra. Sus amigos estaban sentados, descansando sus espaldas en la barra con sonrisas llenas.

Azumi y Tadashi. Tal vez no estaban allí, pero su mente los percibió fácilmente. Su mejor amigo, que nunca llegaba tarde a ningún sitio, llegaría tarde hoy. Su sonrisa aún lo alcanzaba. Y el amor que nunca vio posible, la percibía parada cerca a ellos con su postura conservada. Tenía las manos juntas frente a ella y su rostro de alabastro estaba rojo ardiente.

El bullicioso salón quedó mudo. La pareja de jóvenes rápidamente tomó sus asientos cerca de Aster mientras el muchacho le susurraba al oído a la joven. Señaló a Aster. Ella lo miró asombrada.

—Esta noche —dijo Aster. No se escuchó su voz. Se arregló la garganta—. Esta noche, quisiera tocar una nueva pieza en la que trabajé. Desde que me mudé aquí, mi vida ha cambiado drásticamente. La única forma en que puedo expresar esto es a través de las teclas de este piano, así que eso es lo que haré. Esta pieza se llama: La primavera y mi fortuna.

Tocó las primeras teclas y ya era evidente el cambio de tono. Las notas que eran lentas aceleraron rápidamente su ritmo, cambiando entre sonidos vacíos y notas enteras. Staccato, luego legato, luego staccato nuevamente. El Príncipe Sombrío se había vuelto luminoso.

La pieza era un amanecer que rompió el sombrío silencioso del invierno con radiantes amarillos y rojos. Acordes que parecían ser imposibles empujaron el sol hacia el cielo. Las teclas tocadas en notas de corchea hacían que el sol bailara con la luna. Una balada inspirada en la danza soleada del cantar a los cielos.

El destino siempre haría que el sol y la luna se encontraran, que el zapatero y el aventurero se hallaran. El destino siempre haría enfrentar al dios y a la musa. Porque el destino concede anhelos a través de rutas poco convencionales.

Pero ese mismo destino también hizo que Tadashi entrara al salón. Su rostro, angustiado. Matices de indignación, de angustia y de desesperación. Pero Tadashi fue recibido por Ogawa antes de que sus amigos o incluso antes de que Aster se dieran cuenta. Hablaron y una lágrima cayó del rostro de Tadashi. Ogawa respondió, congelado en el suelo. Ambos se enfrentaron a Aster, mientras sus ojos caían presa de la música.

La melodía se ralentizó, quedando en silencio a medida que las notas se volvían más agudas.

La pieza cesó.

Frente a él, la chica joven lloró lágrimas de felicidad mientras se apoyaba en el hombro del chico. Aster les sonrió.

La alegre multitud llenó el salón de aplausos y cánticos. Aster se enfrentó a ellos, notando las sonrisas debilitadas de sus amigos y sus aplausos sin esfuerzo. Algo andaba mal.

Su sonrisa desapareció y su mente filtró los elogios. *El rostro de Ryo nunca intentaría ocultar una sonrisa con el ceño fruncido,* pensó. *Shingo nunca tendría una mirada tan afligida. ¿Por qué Hina se cubre los ojos? Tadashi, ¿por qué lloras? Ogawa…*

Tadashi sostuvo los hombros de Aster, viendo que había comenzado a captar la indirecta cuando pisoteó hacia ellos. La respiración de Aster se volvió agitada.

—¿Qué pasó? —dijo, desesperado.

—Aster —dijo Tadashi—. Cálmate. Escúchame…

—¡Dime, Tadashi!

—Es Azumi, Aster. Hubo un accidente… —Su voz estaba sin aliento—. Las carreteras están resbaladizas por la nieve. Un coche… un coche… Aster .

Los ojos de Aster se perdieron. Se encontraban muertos.

—Pasé por casualidad cuando la ambulancia estaba allí. La llevaron al hospital…

—Tengo que irme —dijo, con los ojos llenos de lágrimas. Agarró su chaqueta antes de que lo tiraran hacia atrás.

—Aster —dijo Ogawa.

—¡Tengo que ir a verla!

La mirada de Ogawa cayó a los pies de Aster. Señalaban a la puerta con impaciencia—. Entonces déjame llevarte, hijo.

—Voy contigo —dijo Tadashi.

—Vamos todos —dijo Ryo.

***

Aster irrumpió por las puertas del hospital como un loco buscando una forma de escapar de una sala de psiquiatría. Corrió sin rumbo por las puertas de la sala de emergencias, llamando la atención de las enfermeras en el mostrador.

—¡No puedes entrar ahí! —dijeron, tratando de alcanzarlo sobre el mostrador.

—Estamos buscando a Hajime Azumi —dijo Ogawa.

—No puede entrar a esa sala —dijo la enfermera.

—¡Déjame! —Aster gritó desesperadamente, tratando de alcanzar el interior de la sala de emergencias, como si la habitación fuera palpable; como si hubiera una cuerda a la que pudiera alcanzar y tirar de sí mismo para luchar contra la enfermera gigante que lo apresó—. ¡Azumi! ¡Azumi!

El sonido de su nombre resonó a través del área abierta del hospital. La gente en el entresuelo miró el espectáculo. Las enfermeras que estaban en sus descansos miraron fijamente y los pacientes que esperaban ser atendidos observaban juiciosamente.

—¿Hajime Azumi? —dijo un médico. Durante el revuelo, se quedó escribiendo en el registro de un paciente junto al escritorio principal.

—Sí —los ojos de Aster se lanzaron hacia él.

El médico cerró el expediente del paciente, se acercó a Aster, le puso la mano en el hombro y le dijo: —Ven conmigo a un lugar más privado para que podamos hablar.

Aster asintió.

Lo llevó a un pasillo vacío con paredes que eran ventanas gigantes mostrando el estacionamiento principal. Las farolas brillaban en las afueras, contaminando su vista y reflejándose en las ventanas.

El médico se apoyó en la barandilla y miró por la ventana.

Aster esperó con impaciencia. Su pie golpeó nerviosamente el suelo.

—Recibimos una llamada de los paramédicos sobre un accidente que ocurrió en Ebisu —dijo el médico—. Una mujer en sus veintes había sido atropellada. Algunas de sus costillas parecían estar rotas y también su pierna izquierda. Nada demasiado serio. Estaba inconsciente, así que una

vez que los paramédicos confirmaron su identidad, buscamos en nuestros registros de pacientes aquí para ver si había visitado antes. Y si, ese había sido el caso. Hace unos años, le habían diagnosticado fibrosis pulmonar idiopática. Una enfermedad pulmonar progresiva que, en términos simples, endurece los pulmones hasta que no pueden expandirse para oxigenar la sangre. El suyo ya estaba bastante avanzado. Esto… complicó su recuperación.

El médico hizo una pausa como si buscara las palabras en un diccionario. —Aunque los paramédicos intentaron resucitarla, Hajime Azumi falleció antes de que la ambulancia llegara. La acogimos, pero no tenía parientes cercanos a los que pudiéramos llamar, por lo que dejaron sus pertenencias almacenadas. Ya me comuniqué con alguien para que se los trajera.

Aster escuchó a alguien gritar. Un chillido desesperado y lleno de agonía. Resonó en el pasillo como si fueran los pasillos de una iglesia. Le empezó a doler la garganta y sus pulmones se negaron a respirar. Se dio cuenta de que esos gritos tan tristes salían de él. Se derrumbó. Sus rodillas no sintieron el dolor cuando golpearon el suelo.

Azumi, dijo, pero su nombre solo permaneció en su mente. Lo que reinaba en el mundo exterior era su dolor, sus gritos y su dolor de pecho.

Hina lo abrazó por detrás.

—Aster —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—. Estamos aquí para ti.

Desde el final del pasillo llegó una enfermera con ojos atemorizados. Tenía en su mano el bolso de Azumi y en la otra, una bolsa de regalo gastada color blanco hueso y con un manuscrito de piano impreso. *Nocturna No. 20 de Chopin en Do Sostenido Menor.*

—¿Eurass Aster-san? —preguntó la enfermera con voz nerviosa.

—Es él —dijo Tadashi.

—Este regalo dice que es para él —levantó la bolsa de regalo.

—Sí —dijo Ryo, tomando la bolsa de regalo e incitando a que Shingo tomara el bolso de Azumi—. Gracias.

—Mi más sentido pésame. —La enfermera y el médico hicieron una reverencia. El doctor miró a Ogawa y le preguntó: —¿De casualidad eres Ogawa Hideo-san? ¿Puedo hablar contigo un momento?

Caminaron hacia el final del pasillo, donde aún se podían escuchar los fuertes sollozos de Aster. Él nunca notó el intercambio entre el doctor y Ogawa, pero Hina, abrazándolo, sí. Notó el comportamiento de Ogawa. Su expresión seria se hizo cada vez más pequeña hasta que la tristeza se apoderó de su cara. Su rostro, todavía sereno, tenía lágrimas errantes por todo su rostro.

Hina jadeó cuando las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos al recordar las palabras que le había dicho Azumi. *—Temo que… ya no soy solo yo en quien tengo que pensar.*

Pasaron treinta minutos y los gritos habían cesado. Aster seguía en sus rodillas, sollozando pesadamente, con Hina sobre él como una manta cálida.

Pasaron otros treinta minutos y apoyó la espalda en la barandilla mientras se sentaba en el suelo. Ahora, se hundió en el cuello de Hina, sus lágrimas la humedecieron como la lluvia de la mañana sobre la hierba recién cortada.

—Está bien, Aster-kun —susurró Hina—. Desahógate.

—Quiero ver el regalo —dijo, entre sollozos y voz ronca.

Tadashi se acercó a él, con la bolsa de regalo en mano, y la dejó a su lado. Le dio unas palmadas en la cabeza con su mirada compasiva.

Aster arrastró el regalo hacia él con sus brazos debilitados. Se fijó en la pieza que cubría la bolsa de regalo.

—No toco nocturnas, Azumi. —Trató de sonreír débilmente.

Sacó el papel de regalo y vio un libro. *El Príncipe Sombrío: La colección completa de composiciones.*

Instintivamente, se llevó la mano a la boca. Sus ojos hinchados comenzaron a inundarse de nuevo. En la primera página, Azumi dejó una nota.

Para que nunca olvides la música tan hermosa que siempre has tocado.

H.A.

Nunca lo haré, Azumi, se dijo a sí mismo.

Antes de cerrar el libro, dos pequeños papeles rectangulares cayeron de él. Confundido, los tomó.

Eran dos entradas para la misma obra de bunraku para la que había comprado taquillas llamada: Los Suicidios de Amor en Sonezaki. Los números de asiento que ella compró: A-16, A-15. Los números de asiento que él compró: A-14, A-13.

—Fuiste tú quien consiguió los asientos en el medio —se rio—. Debí haberlo imaginado.

Encontró una carta dentro de la bolsa de regalo cuando trató de guardar el libro dentro de la bolsa. Sus ojos dudaron en mirarla; sus manos, como si no estuvieran bajo su control, se negaron a abrirla.

—Tranquilo —dijo Ogawa, agachándose a su nivel—. Tomate tu tiempo. No es necesario que la leas ahora. Primero, vamos a llevarte a la casa. Yo me ocuparé del resto.

Asintió débilmente, dejándose ayudar por Ogawa.

Su teléfono vibró.

Dos mensajes.

9:43 p.m.

Feliz Navidad, Aster. Aunque estés lejos,
debes saber que siempre estás cerca de mi corazón.

Tu agente y amigo favorito,
Celine

7:15 p.m.

¡Aster-kun! Saldré de mi casa en unos minutos. ¡Tu regalo está listo! Estaré ahí pronto. ¿Me tocarás una canción esta noche, mi amor?

Su grito fue el aullido de un lobo bajo la luna llena.

***

Mi querido Aster,

Empezaré diciendo que esta es la tercera carta que ya he intentado escribir. Poner estas cosas en palabras es más difícil de lo que pensé. Viniendo de alguien que

tiene problemas para saber cuándo dejar de hablar, podría ser sorprendente. Pero los asuntos del corazón siempre serán difíciles de expresar, ¿verdad?

Bueno. Empezaré la carta ahora. Todo lo que quiero contarte. Todo lo que siento. Con suerte, puedo hacerlo bien esta vez.

—Tus ojos se encienden cada vez que hablas. —Eso me tomó por sorpresa. Por tu mirada evasiva, nunca pensé que me hubieras mirado a los ojos tan profundamente como para notar pequeños detalles como ese. Eso me hizo preguntarme ¿cuándo fue que me miraste fijamente a los ojos? No pudo haber sido cuando nos vimos por primera vez. Estaba demasiado oscuro para que te dieras cuenta. ¿Pudo haber sido cuando estaba atendiendo a tu herida? Me acerqué mucho a ti. No tenía que haberme acercado tanto, pero tu olor me estaba impulsando a ti. ¡Qué vergüenza! No sabía nada de ti. ¿Quién hubiera pensado que mi interés por ti crecería tanto después de esa noche?

Lo admitiré. Estaba muy nerviosa cuando fuimos a tomar té. Probablemente no tan nerviosa como tu lenguaje corporal indicaba que estabas, pero lo estaba. Estaba tratando de encontrar una manera de decirte que te recordaba del bar, pero las conversaciones nunca se inclinaron hacia esa dirección. Por eso usé el destino para tener una oportunidad de confesártelo. ¿Fue tonto? Creo que podría haberlo sido, pero la verdad es que creo en el destino. Creo que estábamos destinados a encontrarnos de nuevo como lo hicimos.

Me cambiaste; a mí y mi perspectiva de la vida. Por una vez, estaba emocionada de salir, explorar y ver la vida como la ve la música. Me costó mucho coraje ir a verte tocar en el salón después de ir a tomar té. Mi corazón se aceleró con solo pensarlo. Siempre me preguntaba: —¿Y si me dijo que fuera solo por cortesía? Tal vez lo incomodé al preguntarle. —Me miraba al espejo, a mí misma y a las cicatrices que presenciaste y no veía ni una pizca de razón por la que me hubieras pedido que fuera. Solo por cortesía. Pero supe que estaba equivocada cuando sentí el abrazo cálido que me diste esa noche. Lo recuerdo como si fuera ayer. Después de escuchar tu música calentar mi interior, y luego tu abrazo calentar mi exterior, deseé que esa noche hubiera sido para siempre. Dime, ¿esa canción era para mí? Escuché a Kobayashi-san decir que la habías escrito recientemente. En mis sueños, lo es.

Hay tantas cosas que quiero decirte y ahora esta página está a punto de llenarse. Tendré que usar otra. Lo siento.

Muy bien. Un papel nuevo. ¿Qué más puedo decirte? Mi mente va a un millón de pensamientos por segundo y en casi todos tú estás presente.

¿Cómo me hiciste sentir así? En toda mi vida nunca me había sentido así con una persona. Esta conexión que tengo contigo, siento que no se puede replicar. Nunca

se sintió así con Emiya, y estuvimos juntos durante mucho tiempo. Parece que el tiempo no define la fuerza de una conexión. Me lo mostraste el día de tu cumpleaños.

¿Te gustó mi yukata? Es el mismo que usé el año pasado. Me veía bonita, creo. Pero no lo creerás, todavía no había empezado a teñirme el pelo. Era simplemente negro. Qué extraño hubiera sido para ti verme sin mi cabello característico. Supongo que tan extraño como hubiera sido verte con tu cabello largo.

Me tomé un descanso de escribir la carta para ver si podía encontrar una foto impresa de mí con mi cabello natural para poder dártela con la carta. No encontré ninguna ☹

Supongo que tendré que mostrarte una foto en mi teléfono cuando te vea. Pero, hablando de fotos y teléfonos. Puede ser una foto vergonzosa, pero me gusta la foto que nos tomamos juntos. En cierto modo, simboliza todas las emociones que atravesamos ese día. Sí, noté la ansiedad que sentías cuando estábamos atrapados entre la multitud. Todo lo que quería era estar contigo, a solas, y tu reacción solo me hizo quererlo más. Esa noche fue hermosa. También se te ocurrieron algunas líneas muy románticas. No puedo creer que nunca me dijiste que me viste en el Festival de Sakura. Para que lo sepas, esta es la primera conversación que tendremos cuando te vea. Esa noche dijiste algunas cosas hermosas que sé que salieron de tu corazón. Gracias por un recuerdo tan inolvidable.

Ahora, si sigo contando cada momento que pasamos juntos, terminaría con un libro en sí mismo sobre nuestras aventuras. ¿Cómo lo llamaría? ¿'Un encuentro bienaventurado'? ¿O tal vez 'Canciones de abril'? No suenan muy bien, ¿verdad? Parece que no estoy destinada a nombrar historias. Está bien. Se lo dejaré a otra persona. Por ahora, te diré mis sentimientos hacia ti. De alguna manera, creo que estos son los mismos sentimientos que tienes por mí.

Me ayudaste a darme cuenta de lo especial que puedo ser y de que lo que me decía a mí misma no era cierto. No soy inútil, no soy una pérdida de espacio y soy más que la propiedad de alguien. Tengo mi propia opinión y perspectiva.

Por primera vez, sentí que ayudé a alguien. Sé que me necesitabas tanto como yo te necesitaba.

Alguien me necesitaba por quien soy. Soy especial. Única.

Me hiciste darme cuenta de eso, porque tú, tú mismo, eres solo eso. Especial y único en todo el sentido de la palabra.

Eres la definición de honestidad. Lo que sientes es lo que expresas. Cuando te sientes nervioso, nunca lo escondes. Cuando te sientes feliz, nunca lo escondes. E

incluso cuando la ira te arrastró hacia abajo, nunca la escondiste. Me siento en paz contigo porque sé que cada palabra que viene de ti viene de tu corazón. Tu eres mi paz. ¿Soy la tuya?

Aster, te amo. Puede resultar extraño leerlo en papel, pero no es la primera vez que te lo digo. Lamentablemente, la primera vez que te lo dije, ya estabas durmiendo sobre mi pecho. Fue esa noche en la clínica. Te veías tan pacífico. Fue la primera vez que me quedé despierta más tiempo que tú. Nunca había notado cómo sonríes mientras duermes. Te lo confieso, me robé uno o dos besos.

Te amo, Aster. Te amo tanto que me duele el corazón con solo pensarlo. Mi último acto egoísta será pedirte que pases el resto de mi vida conmigo. Podrías pensar que no suena tan egoísta, pero realmente lo es.

Por último, la promesa que tengo que cumplir. No solo quiero decirte esto, sino que estoy obligada a hacerlo. Sin embargo, es muy difícil. Más aún, porque tengo miedo de tu reacción y tu decisión después de que te lo diga. Entonces, una vez que nos encontremos hoy, y te pregunte sobre ese día en el Festival de Sakura, te diré mi última confesión. Mi último secreto. Pero tienes que prometer que no importa lo que diga, no llorarás porque si lo haces yo también lloraré. No quiero que me veas llorar más.

No sé por qué te digo esto en una carta cuando es posible que lo leas después de que te lo cuente todo. Aun así, escribirlo aquí me obliga a hacerlo. Como un contrato, ¿verdad?

Se suponía que esto era una tarjeta de Navidad, pero terminó siendo más una confesión de amor que cualquier otra cosa. De cualquier manera, estoy satisfecha con esta. Por cierto, mentí. En realidad, esta es la sexta carta que traté de escribir. Ahora se me hace tarde.

¡Feliz Navidad, Aster!

Tuya por el resto de mis días,

Hajime Azumi

PD. Te echo de menos.

Terminó de leer la carta y regresó a la realidad donde ella ya no existía. Esa realidad tenía una naturaleza onírica, o más bien, una naturaleza de pesadilla. Todo se sentía al revés. La lámpara en el centro del techo estaba erguida. Las teclas blancas del piano eran negras y las teclas negras eran blancas. El colchón estaba sobre las sábanas y la puerta estaba en la ventana.

Cuando miró sus manos, notó que temblaban.

Me estoy rompiendo.

No había nada que pudiera hacer para controlarlo.

¿Por qué? ¿Por qué ese mismo segundo? ¿Qué es este dolor en mi pecho?

—El destino —escuchó su tierna voz resonando en su mente.

—Lo sabía, Azumi —dijo—. Sabía que estabas enferma. No eres buena escondiendo cosas. —Se rio entre sus labios temblorosos—. Fue el destino, sí. Porque nací para conocerte, Azumi. Nací para tenerte en mis brazos y aprender todo lo que sé ahora. Lo sé. Lo sé porque nunca nadie me ha hecho sentir tanta felicidad ni tanto dolor. Sé que me hiciste prometerlo, pero no puedo aguantar más.

Gritó. Lloró en voz alta sin preocuparse por lo que puedan pensar los vecinos. La pared que bloqueaba la conexión entre sus emociones y sus sentimientos corporales se había roto por completo. Todo lo que quedaba eran los sentimientos que había estado guardando en su interior desde que era joven. Todo salió en un simple grito.

Él nunca se habría ido, si solo ella hubiera sido egoísta por un poco más de tiempo. Sin embargo, era consciente de que, en su mundo, su presencia ya no estaba. Su rostro no sonreiría como siempre lo hacía, su toque nunca lo acariciaría con su ternura, y su hechizo de vainilla nunca volvería a hechizarlo.

Su risa.

Su sonrisa.

Su cabello danzante.

Recordó cada aspecto de ella. En ese mismo momento, podría haberla dibujado a la perfección.

Él le dio las gracias. Gracias a ella, vivió más en los últimos meses de lo que había vivido en toda su vida. Por todo lo que hizo, le dio las gracias una vez más. Estaba vivo gracias a ella, en cuerpo y alma. Y nada de lo que pudiera decir podía expresar la gratitud que sentía. Gracias a ella, él era quien era hoy.

Él podría haberse preguntado, "¿qué estaba pasando por su mente en la ambulancia? —No había forma de saberlo. Pero deseaba que ella se hubiera imaginado llegando al salón, donde lo vería tocar la pieza que le escribió. Que sus ojos se humedecieron de la emoción, al ver como él le ponía su regalo alrededor del cuello. Deseó que ella se viera a sí misma confesando su aflicción, y luego, él aceptando cada parte de ella. Su vida, lo que quedaba, esperaba que ella hubiera vivido en ese instante de trance cada momento junto a él. Cuando más importaba, deseaba que ella viera cómo en su último aliento la mano que sostenía la suya con fuerza era la de él.

Esa noche se fue a dormir.

Esa noche soñó con una tierra fantástica. No bajo el agua ni en el cielo. Una tierra en el medio donde le hablaba.

Esa noche volvió a llorar.

El destino había llegado a su destino.

Las palabras que nunca dije

El sol ese día brillaba intensamente sobre mí. Era como si me siguiera a todos lados, siempre acariciándome la nuca con su cálido aliento. Estaba destinado a dejar una marca. Había estado ocupado toda la mañana. La verdad estaba feliz de haber vuelto a casa.

Tadashi había estado esperando toda la mañana, emocionado por lo que íbamos a hacer. Mientras yo estaba fuera, movió todos los muebles. El sofá ahora miraba hacia la ventana y el televisor cubría parte de dicha ventana. La lámpara se movió con el sofá. Ellos nunca se separaban. Como cómplices de un crimen, siempre estaban uno al lado del otro.

—¿Cómo veremos la televisión cuando el sol golpee la ventana? —Le pregunté, todavía tratando de averiguar si esta era la misma casa en la que vivía desde el momento en que me mudé a Tokio.

Ya habíamos pintado las paredes de color arena. La mesa de comedor había sido intercambiada después de que accidentalmente rompí la parte en el centro hecha de vidrio. Tadashi se culpa a sí mismo por darme un plato demasiado caliente, pero sé que fue mi culpa. Estaba un poco fuera de mis cabales, así que nunca escuché cuando me pidió que me pusiera los guantes de cocina. No hace falta decir que esta mesa nueva no tiene ningún vidrio que pudiera romperse. Era básicamente un trozo de madera que ni siquiera estaba tallado correctamente. Pero se veía bien. 'Contemporáneo' así lo describió el empleado de la tienda.

Tadashi parecía estar merodeando en su mente. Mi pregunta había sacudido su cerebro de formas que ni siquiera él podía entender. Bueno, sus ojos, al menos, se movían como los de un criminal tratando de evadir el interrogatorio de un policía. Yo sabía que su mente tenía que estar teniendo un derrame.

—Tendrá que quedarse así —dijo finalmente de manera rápida—. No encajaría de otra manera.

No encajaría de otra manera, eso era cierto. Pero, la verdad es que no importaba si no encajaba. Realmente no me molestaba. Sin embargo, Tadashi estaba demasiado emocionado. —Se verá bonito y elegante —decía.

Era cierto. Pero hoy no era realmente el día para hacer esto. Si me lastimaba la espalda, durante la noche tendría problemas. Pero no había nada que pudiera hacer contra su sonrisa. Estaba acorralado.

—Bueno, parece que ya te encargaste de todo. ¿Qué tal si lo movemos entonces?

—Moverlo, ¿dices? —me preguntó en un tono sarcástico—. ¿Sabes que se necesitaron tres hombres en forma de la compañía de mudanzas para subirlo?

Me reí de su burla sarcástica

—Vamos, chico. ¿No has estado entrenando? Ryo no te ha estado ayudando a ejercitarte solo para tener músculos que no funcionan. ¡Este es tu momento para brillar! —Miré hacia un lado en un intento de ser mezquino—. Pensé que estabas emocionado.

Se burló de nuevo. —Bien. Vamos —dijo, tratando de ocultar la sonrisa de emoción.

Ambos caminamos hacia mi habitación y miramos fijamente mi piano. Cuanto más lo mirábamos, más parecía un gran peñón, pero tenía que hacerse. Realmente podría usar el espacio extra para un escritorio más grande. Últimamente, he estado probando algunas formas de arte nuevas.

Primero pensé en tocar otro instrumento, pero solo pensar en lo enojado y decepcionado que estaría mi piano si dedicaba mi tiempo a otro instrumento me hizo descartar el pensamiento de inmediato. Entonces, pensé en dibujar. Algunas personas dicen que es agradable y ayuda cuando se sienten ansiosos. Esa gente es buena dibujando. A diferencia de mí, que ni siquiera puedo hacer que un par de labios no parezcan dos gusanos pegados en los extremos. Con eso, le di una oportunidad a la escritura.

Se sentía bien escribir sin pensar demasiado. Una vez terminado, miraba todo lo que había escrito y no estaba nada mal. Con un poco de edición, las oraciones fluían bien. Entonces decidí dedicarme a la escritura como hobby, aunque últimamente mis hobbies me estaban consumiendo más de mi tiempo.

Ryo me obligó a empezar a hacer ejercicio con él. Fue casi al mismo tiempo que Tadashi también había comenzado. Se siente bien. Tengo más energía y me canso tanto que durante la noche duermo como un bebé. También me dio la fuerza suficiente para mover el peñón en forma de piano que estaba frente a mí.

—Bueno, Aster —dijo Tadashi, ya agachándose y alcanzando la parte inferior del piano—. Ayúdame desde el otro lado.

Uno, dos, tres.

Sentí que los músculos de mi espalda baja se tensaron en el momento en que levantamos el piano. Me encontré agradeciendo a Ryo por obligarme a ir al gimnasio con él al menos cuatro veces a la semana. Él iba seis.

—Tadashi —dije con tono serio—. Por favor, asegúrate de que el piano no golpee ninguna pared. Podría tener que convertirme en un asesino si lo haces.

—Lamentablemente, no serías un buen asesino. Primero, eres demasiado honesto. Me daría cuenta de tu intención asesina a una milla de distancia. En segundo lugar, ni siquiera podrías enfrentarte a mí con los puños. Como dijo el propio Ryo, soy más fuerte que tú. Y, por último, pero no menos importante, sé que tu arma preferida sería un cuchillo y, por desgracia para ti, soy chef. Mi trabajo es ser un experto con…

El piano tambaleó hacia un lado cuando Tadashi inconscientemente se encogió de hombros, golpeando la pared del pasillo. Una de las cuerdas del interior cantó su melodía.

Tomamos el control del piano con bastante rapidez, ya que estaba desesperado por ver si la madera se había astillado donde golpeó.

Dejé escapar un suspiro de alivio cuando noté que no pasó nada.

—Creo que una pistola haría un buen trabajo en esta situación en particular. —Levanté una de mis cejas mientras mis ojos lo miraban fijamente.

Se rio nerviosamente, queriendo comerse las palabras tan arrogantes que me había dicho.

Colocamos el piano en la pared donde solía estar el televisor. Ahora sería lo primero que vería al entrar al apartamento.

De hecho, se sintió bien verlo allí. Podía imaginarme tocando mientras todos los chicos se sentaban y vitoreaban alegremente con bebidas en la mano. No podía esperar para proponérselo.

Pero ahora mismo necesitaba tocar el piano en la sala de estar por primera vez. No sabía que canción tocar. Tenía que ser una canción bonita, pero conociéndome, las piezas tristes para mí

son las más bonitas. Una pieza triste no sería apropiada para esta ocasión, así que pensé en tocar una pieza clásica, pero rápidamente rechacé la idea. Las piezas clásicas solo me recuerdan el arduo entrenamiento que hice cuando era joven. Aunque últimamente he llegado a apreciarlos más que antes.

Ahora, ¿qué puedo tocar que sea lo suficientemente alegre como para hacer de este un momento memorable? Los momentos memorables no siempre tienen que ser felices. Quiero decir, pueden ser tristes o impactantes, pero feliz era la dirección que quería tomar esta vez. Entonces, ¿qué puede ser más feliz que una canción de jazz? Y quiero decir, un buen *free jazz*. No *cool jazz* ni *big band*. Para empezar, no tenía una banda. Entonces, me decidí por nada menos que Mis Cosas Favoritas de John Coltrane.

Toque el resto de la mañana. Bebimos un poco de sake que habíamos escondido para una ocasión especial. Parecía apropiado. Fue un momento divertido.

Llegó la tarde y me dispuse. Lustré mis zapatos y arreglé mi cabello detrás de mis orejas y rápidamente salí de la casa.

—Te veré esta noche —dijo Tadashi.

Una vez más, el sol me seguía como un oficial de libertad condicional, asegurándose de que todos mis movimientos fueran legales. Juro que lo eran. Aunque parece que la gente no lo pensaba, porque todos seguían mirándome mientras pasaba junto a ellos. ¿Quizás era mi traje elegante? ¿O tal vez porque tenía flores en la mano? No lo entendía.

Di un giro brusco a la derecha y entré a un pastizal hermoso. Las puertas no eran realmente puertas. Era un torii rojo escarlata que olía a pintura fresca.

Caminé por el campo sin rumbo fijo. Digo sin rumbo fijo, pero sabía exactamente a dónde tenía que ir. Solo estaba absorbiendo el fresco olor de las flores que llenaban ese campo tan surreal. Nunca supe cuáles eran las flores que producían el aroma.

Salí de mi paseo y llegué al lugar que estaba destinado a llegar, justo frente a un montículo de piedra. En él estaba escrito 'Esq. Hajime Azumi'.

Me incliné, me arrodillé y dejé lentamente las flores frente a su tumba. Esta vez, eran girasoles.

Me estaba sintiendo nervioso. Me temblaban las manos; mi voz también. Mi corazón empezó a acelerarse como las turbinas de un avión.

Esta era la primera vez que iba a hablar con Azumi. Las veces anteriores solo le llevaba flores y verificaba que el collar que le había dado todavía estuviera allí. En realidad, no me había sentido preparado para enfrentarla.

Hoy fue diferente.

—Hola, Azumi —comencé. Tragué saliva—. Ha pasado un tiempo desde que escuchas mi voz, ¿no es así? Bueno, lamento que me haya tomado tanto tiempo, pero fue difícil levantarme después de todo. De verdad que lo fue. Pero en el fondo de mi mente, siempre tuve esa vocecita que me decía: —Puedes hacerlo, Aster-kun. —Esa voz no era nada más que tú. Te has vuelto más como mi subconsciente para mí. Y no, no me he vuelto loco, pero a veces, cuando lo necesito, escucho tu voz. Muy sutilmente, pero la escucho.

Hice una pausa y traté de encontrar las palabras para hablarle. Practiqué tantas veces frente al espejo. Sabía exactamente qué decir, pero ya, al principio, se me había acabado el guion. Entonces, decidí dejar que mi corazón hablara.

—Azumi, a veces mi pasado puede ser un poco borroso para mí. Por ejemplo, hay momentos de hace un año que ya no recuerdo. Pero, los momentos que pasé contigo, los veo como si fueran

ayer, o como si estuvieran sucediendo justo ahora. Tu recuerdo está grabado en mi mente como si solo hubieran pasado horas desde la última vez que te vi. Recuerdo aquella noche fría bajo las estrellas. Ya sabes, el día de mi cumpleaños. Tuve la suerte de haber pasado esa noche contigo. Ahora, descubro que me gustan las noches frías porque de alguna manera u otra el calor que desprendía tu cuerpo aún permanece en mí. Fue difícil entender a mis amigos, comprender mis emociones y expresarlas, y finalmente recuperarme, así que lamento que hayas tenido que esperar hasta el final de la primavera para poder escucharme. Tenía muchas ganas de mostrarte que había cambiado. Pero, hace un año, hoy fue el día en que nos vimos por primera vez. Creo que era apropiado que esta vez realmente hablara contigo.

Mis ojos reaccionaron a mis palabras, dejando salir lágrimas que cayeron en mi rostro sonriente. ¡Estaba tan feliz de estar hablando con ella!

—Recuerdo lo feliz que me hiciste, lo triste que me hiciste también. Recuerdo el dolor que me diste y también la risa que nunca pude contener. Recuerdo… recuerdo ese día. Cuando el dolor en mi pecho era peor que nunca. El insoportable dolor apretó mis pulmones hasta que no pude respirar. Ese día me diste mi última lección. Ese día mi corazón se abrió, y aunque mis gritos, lágrimas y dolor eran por ti, todo lo que había encerrado en mi me rompió las entrañas y se derramó a raudales… Gracias, Azumi.

No pude evitar darle la sonrisa más brillante que jamás le había mostrado a nadie. Mis dientes reflejaban la luz que venía del sol.

—Ahora estoy feliz. Estoy en paz con mi corazón y mi mente y aunque sé que seguirán pasando días en los que anhelo tu abrazo, estoy feliz de que el destino nos uniera. Te necesitaba, tanto como dijiste que me necesitabas. Gracias a ti, hoy haré mi primer concierto después de haberme mudado para aquí. Después de algunos meses, me comuniqué con el director que conocimos en la obra de kabuki. Estaba encantado de saber de mí y rápidamente hizo arreglos con las personas que había dicho que querían trabajar conmigo. Realmente querían hacerlo. Ya era un trato hecho incluso antes de hablar con ellos sobre mis condiciones. Una de ellas fue que no estaba firmando un contrato de exclusividad, ya que los conciertos que haría a partir de ahora solo serían exposiciones. Mi trabajo sigue siendo el pianista en el salón debajo de las vías del tren.

Hice una pausa, tomando aliento. —Por si sirve de algo, Azumi, quiero decirte algo. Te amo. Nunca llegué a decírtelo… Sí, sé que eventualmente tendré que seguir adelante, pero por ahora, estoy feliz con esto. Solo sabiendo que te amo.

Limpié las lágrimas que habían derramado mis ojos y deposité un beso que me había dado en la mano sobre la piedra fría. Me despedí y le prometí que iría a visitarla el próximo mes. Todavía no me había perdido un día. Y nunca lo haré.

Parece que el sol solo me estaba siguiendo para asegurarse de que fuera a visitar a Azumi antes de mi concierto, pero realmente no había ninguna razón para hacerlo. Si tuviera que perderme cualquiera de los dos, habría sido el concierto.

Tomó algo de tiempo y un par de viajes en tren para llegar al teatro. Era una vista fascinante. El Teatro Metropolitano de Tokio era uno de los lugares más hermosos que jamás había visto. Nunca había tocado en ese lugar. De hecho, nunca antes había tocado en un concierto en Japón. La mayoría de mis giras internacionales se realizaron en Europa.

El área abierta cuando entré era una belleza en sí misma. Los colores eran tan brillantes, los tonos de madera, los grises, los cremas. Todos acentuaron el área de la forma más majestuosa. Una vez que comencé a caminar por los pasillos, vi que los segmentos en forma de cúpula del

techo contenían hermosas obras de arte. Realmente era un teatro inimaginable.

El único problema era que la gente estaba allí para verme, lo que significa que la gente empezó a reconocerme mientras caminaba asombrado. Por suerte para mí, uno de los empleados me agarró y me llevó detrás del escenario.

Bueno, llegó el momento en que tuve que salir al escenario. Las luces brillaron intensamente en mi rostro como si fuera una estrella del pop saliendo al escenario, pero una vez que me incliné y me senté al frente del piano, la multitud se volvió mucho más clara. Me sentí como si estuviera de vuelta en el salón. Era una multitud muy grande, y por lo que noté, era bastante variada. Personas de todas las edades habían venido a verme.

Miré las filas más cercanas a mí y vi a mis amigos sentados en la primera fila. Todos vestían trajes de gala. Hina lucía un vestido hermoso y elegante con una sonrisa de oreja a oreja. Era color burdeos. A su lado, justo en el centro de la primera fila, donde se podían ver fácilmente las teclas que tocaba, había una silla vacía con una etiqueta que decía: Reservado.

Sonreí.

Volví a mirar el majestuoso piano blanco y miré sus teclas. Tragué saliva nerviosamente y apreté mis puños para cortar el temblor. Estiré los dedos y, cuando cesaron los aplausos, comencé a tocar.

Nocturna No. 20 en Do Sostenido Menor por Frédéric Chopin.

La pieza que deseaba que ella hubiera escuchado.

Fin

Epílogo: Palabras del autor

El momento en que me senté frente a la computadora y decidí escribir esta novela fue una de las experiencias más aterradoras que he tenido que enfrentar. Significaba que tenía que enfrentar muchos sentimientos y aceptarlos. Una vez que comencé a escribir lo que creía que era solo una 'práctica de descripciones' noté cómo estos personajes comenzaron a florecer en las personas en las que se convirtieron en el último borrador. Tomaron la historia que pensé que estaba escribiendo y la convirtieron en la suya. Personalmente, me gusta cómo Hina tomó el asunto en sus propias manos y cómo Ogawa me enseñó tantas lecciones de vida.

Cada personaje tiene una pequeña parte de mí. Supongo que todos ponemos un poco de nosotros mismos en nuestro trabajo. Pero después de dos años, se volvieron más que yo. Dijeron palabras como: 'Restaura la pintura'. Y otros decían palabras como: '... trabajar duro, hacer algo al respecto y poner todo mi esfuerzo en ello, hace que la vida sea un poco mejor…' Aprendí mucho de ellos.

Si estás leyendo esto, probablemente signifique que pudiste leer toda mi historia. Estoy eternamente agradecido porque tomaste de tu tiempo para darle una oportunidad a mi escritura. Espero que también le des la oportunidad a cualquier otra idea loca que tenga.